

LOS GRANDES EXPLORADORES
ESPAÑOLES



EL HIJO DEL SOL

10

S. A. INDUSTRIAS GRÁFICAS

Colegio de B'quilla para Señoritas

BIBLIOTECA

Sección

Materia

Estado

3-23

Número

972-149

SEIX & BARRAL HERMS.

*Biblioteca del Colegio
del Atlántico.*



14 Mayo de 1933-

PEDRO DE ALVARADO

Colegio de B'quilla: para Señoritas
BIBLIOTECA

Sección _____ Materia _____
Estante 3-3 Número 178

LOS GRANDES EXPLORADORES ESPAÑOLES

OBRAS PUBLICADAS

EL DESCUBRIMIENTO DEL PACÍFICO
(*Vasco Núñez de Balboa*)

LA FUENTE ENCANTADA
(*Juan Ponce de León*)

LA CONQUISTA DE MÉXICO
(*Hernán Cortés*)

EL HIJO DEL SOL
(*Pedro de Alvarado*)

EN PREPARACIÓN

EL PAÍS DEL ORO
(*Francisco Pizarro*)

LA PRIMERA VUELTA AL MUNDO
(*Juan Sebastián Elcano*)

SIETE AÑOS DE VIDA ERRANTE
(*Alvar Núñez, Cabeza de Vaca*)

& & &

900-112
A. 54.

LOS GRANDES EXPLORADORES ESPAÑOLES

Vol. IV

Pedro de Alvarado
El Hijo del Sol

NARRACIONES NOVELESCAS DE LA CONQUISTA DEL NUEVO MUNDO

por

JOSÉ ESCOFET



1928



Un caballero que espera ser Comendador

Estamos en México, en el año de 1523. Corre el mes de noviembre, con sus días embozados, lluviosos, y otros radiantes. En la elevada meseta mexicana, el tiempo cambia bruscamente de la mañana a la tarde; a la lluvia matutina, a veces torrencial, suceden con frecuencia los mediodías claros y esplendorosos o son las horas vespertinas de hermosa calma, propicia a la contemplación de los horizontes despejados, en la inmensa llanura.

Hace dos años y tres meses que fué ganada por Hernán Cortés la gran ciudad de México al emperador azteca Cuahutemoc, hoy prisionero de los conquistadores españoles (*). Se guarda, para legarlo a la posteridad, como reliquia, el pendón del vencedor. La antigua metrópoli del imperio mexicano, la gran Tenoxtitlán, es un vasto campo de ruinas, que han servido para cegar la laguna de aquella

ES PROPIEDAD

COPYRIGHT, 1928, by I. G. Seix & Barral Herms., S. A. - BARCELONA

(*) Léase *Hernán Cortés o la Conquista de México*, tomo III de "Los grandes exploradores españoles".

Venecia desaparecida para siempre. No queda en pie ni uno solo de los maravillosos palacios que hiciera levantar Moctezuma para recuerdo secular de su riqueza y poderío. El hombre, más implacable que el tiempo, cuando le ataca la fiebre demoledora, se adelantó a la acción de los siglos y lo destruyó todo. No existe ya tampoco la gigantesca pirámide del templo de los sacrificios, donde se veneraba a los dios de la guerra Vitcilopuctli, mascarón grotesco e insensible, pero que dió valor a sus fieles para emplear hasta el último aliento en la defensa de su fe y de su patria. Más de cien mil guerreros indios duermen ahora su sueño eterno bajo los escombros del templo derribado.

Dos años y tres meses son poco tiempo para olvidar una tan horrible tragedia como fueron el cerco y la conquista de la gran Tenoxtitlán. Sin embargo, hay extraordinaria animación en Tezcuco, la ciudad de las riberas del lago, también en parte destruída. En Tezcuco tiene Hernán Cortés su cuartel general y allí vive encerrado en su reserva melancólica, no en una prisión, sino en un palacio y servido por mil siervos, el príncipe vencido Cuahu-temoc. En Tezcuco se celebran mercados, que los indios llaman *tianquiztilis*, y se trabaja febrilmente en la reconstrucción de templos y viviendas. Sólo que los templos serán iglesias cristianas y las viviendas van surgiendo aquí y allá como casas españolas, de airosos arcos, alegres ven-

tanales y tejados rojizos. Sobre el recuerdo de unas costumbres bárbaras, acabadas violentamente, se extiende una vida nueva de orientación superior, más activa, más inteligente, más humana.

Es el amanecer de un día claro; apenas apunta el sol, por Oriente, sus primeros resplandores. Una campana cansina, de sonido suave, llama a los cristianos al templo. En el cielo no hay ni un manchón blanco; todo es azul, de tejas arriba, de un azul pálido, que brilla como el acero bruñido. Por las calles de la ciudad y por los espacios que los derribos dejaron despejados, van y vienen numerosos grupos de obreros. Unos arrastran grandes vigas, otros piedras enormes, sobre rodillos de madera. Muchos llevan espuestas de tierra y adobes en la cabeza, o van de un lado a otro con el zapapico al hombro, o marchan encorvados y uncidos a una larga soga. Los de carga individual corren con pasito corto y rítmico, semejando su carrera el trotecillo de un can; los de rullo y arrastres pesados se mueven con lentitud, atentos a la voz del jefe de la cuadrilla. Todos van descalzos y desnudos de pierna y pecho. Algunos llevan zaragüelles blancos, muchos faldelines de paja. Todos tienen el color oscuro y terroso y la cabeza picuda, apuntando la forma cónica.

Tezcuco es un inmenso hormiguero. Los indios nobles han reivindicado su derecho a la propiedad, que les reco-

noce el conquistador, y emplean a sus esclavos en un trabajo delirante, que apenas tiene tregua. También los españoles danse prisa en levantar sus casas, sus palacios, sus templos. Y los tamenes, hombres de carga, tienen que ir a buscar los materiales muy lejos, necesidad que ha motivado la formación, en los caminos, de largas recuas humanas.

Con el impulso dado a la reconstrucción, se hace más intenso el comercio y crece la importancia del *tianquiztli*, lugar de compraventa y granjerías. En el mercado, instalado en una gran plaza, bulle ya la gente antes de salir el sol. Allí extienden los indios sus tenderetes y venden sus aves de vistosos plumajes, sus conejos y perrillos cebados, sus frijoles, su maíz, sus habas, su pan cocido, sus hierbas medicinales, sus vinos, su miel. Antes de llegar los conquistadores, servíanse del cacao como moneda; ahora empiezan a preferir el oro, la plata y las piedras finas. Pero las transacciones más frecuentes se basan en el trueque de mercancías distintas.

Porque se vende y se compra todo en el mercado, además de las cosas buenas de comer. Se venden piedras, maderas, ladrillos, adobes, herramientas de palo, hierro y bronce, todo lo necesario para las obras de fábrica. Se pregonan mantas, telas finas, alfombras, esterillas, objetos de loza. Como en el comercio toman parte asimismo

indios y españoles, estos últimos venden espadas, rodelas, lanzas, arcabuces, vestidos, zapatos, sillas de montar y hasta caballos. Hay quien cambia su alazán por cincuenta vigas, y quien, a cambio de piedras y ladrillos, adquiere una armadura.

El vocerío es mareante; a veces recuerda el rumoreo sordo de un colmenar y otras veces la trápala de los mercaderes parece un motín próximo a manifestarse con estallido fragoroso. Se grita a todo pulmón, se ríe a carcajadas, se disputa, se canta, se blasfema.

Bajo los primeros rayos del sol, brillan los capacetes de los soldados y los arreos de acero. En los puestos de tejidos de pluma, hay relumbres de seda, luces inquietas, de matices cambiantes. El primor de aquella obra finísima destaca entre los colores más variados. También son lindas, bajo el baño luminoso de la aurora, las aves cautivas, que se ahuecan o desperezan aleteando y pidiendo la libertad con dolientes graznidos. Los pelotes amarillentos y los jubones rojos y verdes de los españoles, de mangas acuchilladas, contrastan con la triste desnudez de los indios, que tiritan de frío, encogidos bajo sus mantas de algodón.

Y de tiempo en tiempo, sube al espacio, dominando el vocerío, un toque agudo de trompeta y un desaforado pregón:

— ¡Aquí se venden jácenas de ahuehuete y sillares labrados! ¡Quién quiere bragas y camisas! ¡Vino de España a jarras y en barrica! ¡Ladrillos! ¿Quién los busca?...

* * *

Cerca del mercado, tiene su casa un caballero extremeño, teniente de Hernán Cortés y famoso por galán y por valiente, aunque le valió más fama todavía un formidable salto que le hicieron dar los indios de Cuahutemoc, en situación apurada, durante los trágicos episodios de la *noche triste*. Se llama el caballero don Pedro de Alvarado y es el oficial preferido del conquistador.

Como tal y por ser de los primeros cristianos que pisaron las tierras de Anahuac, tiene fortuna y ha podido fabricarse una casa excelente, con patio al estilo andaluz, primer piso y sobrado. La casa es grande, hecha como para un hidalgo español. Se sostiene sobre recios muros de piedra y tiene, sobre los porches de su fachada, tres amplios balcones. En el patio, hay una galería de arcos carpaneles, con artesonado de maderas finas y arriates con flores al pie de las columnas. Se llena el patio de la frescura de una alberca que hay en el centro del mismo,

y, en torno de la alberca, revolotean libremente las palomas.

Arriba, en un amplio dormitorio, de cama recia, montada sobre estrado, un hombre joven, a medio vestir, se despereza y prepara el aseo matinal de su persona. Es alto, fornido, buen mozo. No representa tener más de treinta y seis años. Lleva puestas las trusas, las medias y las zapatillas; pero, de cintura arriba, no se cubre sino con la camisa, muy abierta por el pecho y arremangados los brazos hasta encima de los codos.

Es don Pedro de Alvarado. Tiene el talante adecuado a un luchador. Bombeado el tórax, ancho el espaldar, musculosos los brazos, el atleta es lo primero que se deja ver. Además, los brazos desnudos muestran grabado el recuerdo de profundas heridas. En más de cien combates sangrientos ha intervenido el valiente oficial de Hernán Cortés. Ningún otro, ni Olid ni Sandoval, tan nombrados por sus hazañas guerreras, pudo superar jamás la intrepidez de este gallardo mozo de Badajoz.

Pero el aspecto de don Pedro de Alvarado no es tan fiero como es notable su vigor. Todo lo contrario: su persona rebosa simpatía. Rubio, de cabellos abundantes y ensortijados, de barba apuntada y graciosa, la sonrisa de sus ojos claros y de su boca fresca es la de un niño. Si este hombre ha sido cruel alguna vez, no lo parece. Pero

también son crueles los niños, que apedrean a los perros y atormentan a los pájaros cautivos, jugando con el candor de los ángeles.

Don Pedro se encamina al balcón y lo abre de par en par, dejando que la luz y el aire entren a raudales en la alcoba. También entran el llamamiento sonoro de las campanas y la greguería de la calle. Don Pedro se entretiene un rato buscando, en el fondo de un bargueño, algo que no encuentra.

Después da grandes voces:

— ¡Sila! ¡Sila! ¿Te has vuelto sorda, mujer de Barrabás? ¡Holgárame yo de verte en los infiernos! ¡Sila! ¡Sila!

Rezongando condenaciones, se acerca al aguamanil y zambulle en el agua toda la cabeza. La grata frescura le hace resoplar como un tritón. Luego se baña los brazos y el pecho y, de vez en cuando, repite:

— ¡Sila! ¡Sila! ¿Dónde estará la traidora?

Por fin, Sila acude. Es una india de color ceniciento, pero bien parecida, que viste falda y corpiño, como las mujeres de España. El pelo, negrísimo y lustroso, lo lleva partido y recogido en dos trenzas que le resbalan sobre el seno. Sila ha supuesto lo que necesita su señor y le ofrece tímidamente una toalla.

— ¡Ah! ¿Estás aquí, tormento mío? — dice don Pe-

dro, todo encogido y goteándole el agua por la nariz y la punta de los dedos.

— Es que hay lance en la calle, señor — replica con sobresalto la sierva —. Se pelean varios hombres debajo de vuestros balcones. ¿No oís cómo chocan las espadas?

Mientras don Pedro se restriega cara y pecho con el lienzo blanco que le ha dado Sila, profiere insultos contra los alborotadores de la calle, que tan de mañana han venido a importunarle con sus pendencias.

— ¡La cabeza apostaría a que son soldados de Francisco de Garay!... ¡Maldita peste!... ¡Pocos dejaron vivos los indios de Pánuco, pero mejor hubieran hecho en terminar con todos!

— Señor — advierte la sierva, todavía medrosa —. se pelean por unas piedras que mercaron en el *tianquiztli*, y han herido a un indio en la cara.

Don Pedro arroja la toalla y se asoma al balcón. En la calle hay, en efecto, algunos soldados que se acometen con las espadas desnudas, mientras un indio de carga, sentado en el suelo y con el rostro manchado de sangre, se lleva las manos a una mejilla herida y gime como un perrillo apaleado.

— De Garay son los pendencieros. ¿No lo dije? ¡Por mi fe de cristiano que van a pagar caro el alboroto!

Esto diciendo, don Pedro coge su tahalí, colgado de la cabecera de la cama, y desenvaina el acero.

— ¡Oh, señor! ¿A dónde vais? — exclama Sila, reflejado el espanto en sus ojos, ya naturalmente un poco saltones y ahora casi salidos de sus cuencas.

Pero don Pedro no presta atención ninguna a las palabras de su esclava. Ha empuñado la espada con fiero ademán y ha traspuesto la puerta como arrebatado por un ciclón. Un instante después, le ve Sila en la calle, llevando todavía la camisa abierta por el pecho y los brazos arremangados.

— ¡A ver si podéis conmigo, galloferos! — grita el capitán —. ¡Voy a señalaros las espaldas!

Acto seguido, haciendo alarde de un brío que desconcierta a los espadachines importunos, comienza a repartir entre ellos cintarazos y les sacude el envés con igual serenidad que emplearía una mujer de su casa en golpear colchones.

Los soldados que tomaban parte en la pendencia eran cinco, todos ellos de mala catadura, pero no de muchos arrestos. Sólo dos reconocieron en seguida al teniente de Hernán Cortés, y echaron a correr, llevándose en las espaldas sendos espadazos dados de plano. Un tercero rodó por el suelo, a consecuencia de un empujón, y los dos restantes, aunque se defendieron por algún tiempo,

soltando por la boca un chorro de maldiciones, fueron al fin desarmados por don Pedro, que pintó a uno un chirlo en la frente — ¡milagro fué que no le vaciara un ojo! — y a otro de poco le deja manco de un tajo.

Puestos todos en fuga, el bravo capitán corre tras ellos, dándoles voces para que se detengan, pero, en alas del miedo, los fugitivos ganarían una carrera al caballo más veloz.

Frente a los porches de la casa de Alvarado no queda más que el indio herido, a quien socorre luego un fraile que pasa al azar. Es el religioso un hombrecillo pequeñín, desmedrado y enjuto; viste el hábito de mercedario. Sila baja, llamada por el fraile, y entre los dos lavan la herida del indio, que es superficial, aunque larga desde la oreja a la boca.

Ocupados están en este piadoso menester, cuando regresa don Pedro, después de haber perseguido en vano a los pendencieros. Llega blandiendo todavía la espada y muestra la barba y el pelo en desorden.

— ¿Cómo vos aquí, padre? — dice, acudiendo a besar la mano del religioso.

— La caridad anda siempre buscando el dolor, hijo mío — contesta el mercedario dulcemente —. Muy de mañana me favorece Dios, pues ya me permite socorrer a un hermano.

* * *

El herido se ha quedado bajo los porches, todavía asistido de Sila con piadosa solicitud, mientras don Pedro y el fraile entran en la casa y suben a la alcoba, poco antes abandonada intempestivamente por el capitán.

— Si no es descortesía — dice éste, al empujar la puerta de su cámara, cediendo el honor al visitante de entrar primero —, yo acabaré de vestirme, en tanto me habla vuestra reverencia de ese negocio.

— Hijo mío, no te estorbe mi visita, que de antiguo nos conocemos y juntos hemos probado la abundancia y la miseria; por manera que no puede haber entre nosotros sino llaneza de trato y entera confianza. Vístete despacio, que sin prisa te hablaré yo, como es mi costumbre.

Se acomoda el frailecico en un recio sillón y le quedan colgando las piernas, menguadas de longitud, como corresponde a su cuerpo chiquitito y feble. Esconde las manos en las bocamangas del hábito y cierra los ojos, llenos de visiones celestes, para preguntar luego:

— Mas dime antes, hijo: ¿por qué fué la pendencia?

— Esos holgazanes que vinieron con Francisco de Garay — ¡en galeras quisiera yo verlos! — se peleaban no sé por qué, debajo de mis balcones — explica don Pedro, mientras se ajusta el jubón—. Salí a darles su merecido.

Es gente de mala vida, y aunque fueron pocos los que se salvaron de las matanzas de Pánuco, dan mucho que hacer, de tal modo que no estarían seguros sino en la horca.

— Ten más piedad, hijo, y no digas cosas que ofendan a Dios — murmura el fraile.

Y añade en seguida, pasando a otro asunto que le parece, sin duda, más importante:

— Por fin, ha decidido el general enviarte a la mar del Sur, con una hueste de trescientos españoles, y me parece que estás en vísperas de realizar la más gloriosa de tus hazañas.

El capitán se queda un momento inmóvil, estupefacto; pero debe haberle sido grata la noticia, porque le bailan los ojos de alegría. Luego se arrodilla ante el mercenario y le besa el hábito con más efusión que respeto.

— Obra de vuestra reverencia es esta merced de Hernán Cortés para mí; no podré pagarla nunca — dice.

— Levanta, Pedro, y agradece a Dios y al general el favor, si es favor y no justicia — protesta el fraile —. Irás, por Zacatula, a someter las tribus de la costa del Sur, como tanto anhelabas. Mas contéstame ahora a esta pregunta: ¿cómo andáis de relaciones tú y Cecilia Vázquez?

Don Pedro se levanta del suelo y sonrío, al parecer, otra vez halagado en su amor propio.

— ¡He prometido casarme con Cecilia! — exclama.
 — Sí; lo has prometido — reconoce el mercedario, que ahora está mirando al capitán fijamente —. Temo, sin embargo, que no cumplas tu promesa dentro de un plazo prudente. Cuantos habéis venido mozos a estas tierras, gustáis del celibato, que os permite enamorar a las indias y cambiar de mujer más que de camisa. Gran ofensa hay para la religión en vuestros devaneos y cuenta daréis a Dios de vuestros engaños a pobres indias abandonadas. Recuerda, además, hijo mío, que Cecilia Vázquez es prima hermana de Hernán Cortés y mujer en la que puede mirarse la virtud como en un espejo. Haz de prometerme que, si vuelves victorioso de tu empresa, te casarás con Cecilia.

— Más trabajo me cuesta calzarme esta bota — dice don Pedro, que, en efecto, se está calzando y hace gestos reveladores de la molestia que le produce la posición encogida, por fuerza adoptada —. Cecilia será mi esposa, porque es señora de mi voluntad y porque emparentar con Cortés me hace mucho honor.

El frailecico sonríe beatíficamente. Luego, levantándose, o mejor dicho, apeándose del sillón, se acerca al caballero extremeño y le coge por un brazo con suavidad afectuosa. El mercedario no le llega a don Pedro ni a la barbilla. Se comprende que el capitán podría levantar al

fraile con una sola mano y como si fuese una pluma. El diálogo continúa, mientras Alvarado va de un lado a otro para ponerse ora el pellote, ora el tahalí, ora la espada de doble juego de gavilanes, que antes dejó desnuda sobre la cama.

— Ya es tiempo de que pienses en lo venidero, hijo mío — observa el fraile —. Mi afán de siempre ha sido verte rico y honrado; pero aunque has ganado mucho, también llevas mucho perdido en el juego y en empresas desgraciadas. Quiero darte a entender que pierdes en la paz cuanto ganas en la guerra. Una buena esposa podrá curarte de malos hábitos, enseñándote a ser más guardador y menos inquieto.

— Temo, padre, que eso no suceda hasta que peine canas — replica don Pedro, riéndose, pero sin malicia —. Yo no sirvo para otros trabajos que no sean los de correr tras los indios rebeldes. Cada cual es como Dios le ha hecho, y a mí me hizo soldado.

— También los soldados se casan y sientan la cabeza.

— Así será, pues lo dice vuestra reverencia.

— ¿Es que tú no lo crees?

— Yo creo que sirvo sólo para dos cosas: una para hacer la guerra, otra para obedecerlos.

— Y para casarte con Cecilia Vázquez, ¿no sirves?

— Por mi fe de cristiano, repito que la virtuosa Cecilia será el mejor premio que me otorgue el Cielo, si mi valor en los combates merece recompensa.

El fraile da otro suave apretón al brazo del caballero, como si de este modo quisiera despedirse, y se encamina hacia la puerta lentamente. Ya en el dintel, se vuelve y tiende su mano al capitán, que acude presuroso a besarla.

— ¡Quiera Dios que las correrías por la costa del Sur te den fama y fortuna! — dice el mercedario —. Véante, al fin, mis ojos Comendador de veras, después de haberlo sido por burla de tus enemigos.

Alvarado frunce el ceño y tiene que morderse los labios para no soltar una imprecación rotunda.

— Tendré una encomienda cuando me lo proponga — afirma con la mayor seguridad —. No me la darán en recuerdo de que mi tío perteneció al hábito de Santiago, pero la ganaré yo con mi espada.

— Hernán Cortés y yo te ayudaremos a conseguirla — termina el frailecico —. Mucho se debe fiar en el propio esfuerzo, pero sin caer en el exceso, que es presunción lastimosa. ¡Que Dios quede contigo, hijo mío!

— ¡El os acompañe, padre!

El mercedario se dirige con su pasito silencioso a la escalera y desciende al patio. Allí acuden a besarle la

mano la diligente Sila y el indio herido, que tiene ya vendada la cara.

Entretanto, don Pedro, solo en su alcoba, ha podido soltar al aire unas palabras que había detenido hasta entonces no sin dificultad y como si detuviera a un pájaro por la cola, teniendo ésta cogida con los dientes.

— ¡Rayo de Dios! — ruge, dando un formidable puñetazo a la pared —. ¿Que no seré Comendador? ¡Lo sería aunque tuviera que bajar a ganarlo a los mismísimos infiernos!

II

Dos viejos camaradas

Habían pasado unos días desde la mañana que le fué notificada a don Pedro de Alvarado, por el mercedario fray Bartolomé de Olmedo, la buena nueva de su designación para explorar las costas del Sur.

En una choza de Tezcuco, que habitaba una india vieja y bruja, famosa por su conocimiento de todas las propiedades de las plantas y porque así sabía curar al enfermo como mandar al sano al otro mundo, se dieron cita, cierta noche, dos personajes cuya intervención en los futuros acontecimientos será notable.

Coualt se llamaba la india, nombre que los mexicanos daban también a la serpiente, y era su casa un antro misterioso al que no llegaba ser humano sin recelo o temor. Situada en las afueras de la ciudad, entre la espesura de un bosquecillo de ocozotles olorosos, la miserable barracilla de Coualt no era grata ni a los españoles ni a las gentes del país. Pocos la visitaban, en los casos de gran

tribulación o dolencia. Coualt no tenía otra familia, al decir de los que estuvieron en su choza, que un gato negro, emparentado con el demonio, que echaba chispas por los ojos, y unos cuantos buitres, por otro nombre zopilotes, que — decía la gente supersticiosa — comían despojos humanos en compañía de la vieja hechicera.

Sin embargo, a la casa de Coualt llegaron, sin experimentar emoción ninguna, Treviño y Usagre, dos viejos camaradas de larga historia en la exploración azarosa de las Indias vírgenes.

Treviño era un carpintero de naos, muy entendido en su oficio y, a la vez, soldado valiente. Hombre ya maduro, perdíase su cara entre el espeso matorral de unas barbas negras, que apenas dejaban ver la nariz y los ojos, éstos del color del ámbar, sombreados por el dosel de unas cejas desarrolladas como mostachos. Por todas partes le sobraba pelo a Treviño; era todo él una explosión superabundante de crines hirsutas, que le asomaban hasta por las vías nasales y auditivas. Su mano peluda parecía una zarpa y la pelambreira de su cabezota flotaba en el aire como la melena de un león. Sin duda a causa de esa vellosa exuberancia que envolvía toda su persona, Treviño tenía la obsesión de los pelos y adornaba su conversación con estas interjecciones características: "¡Pelos de Barrabás! ¡Por vida del peludo de mi tío!" De lo cual podía

deducirse que el mismo exceso alcanzaba a notables familiares suyos.

No era un mal hombre, contrariamente a lo que hacía sospechar su facha. Porque la facha del carpintero, con su bosque de crines y con su cuerpo chaparro y jiboso, no invitaba a la simpatía ni a la confianza. Iba siempre mal vestido, cuentan que por haber sido de natural dadivoso, y le reventaba el raído jubón por todas las costuras. Le salían los dedos de los pies por la punta de los zapatos, que fueron nuevos allá por los tiempos en que se casaron los Reyes Católicos, y cubría su cabeza un capacete cuya forma cambió más de cien veces con los porrazos recibidos en los combates. Seguramente para que se conociera a primera vista su doble personalidad de guerrero y artesano, Treviño llevaba siempre espada y, además, un martillo colgado del cinturón, a guisa de puñal. Y era fama que, en las batallas, siempre le fué el martillo más útil que la tizona; pues mejor aseguraba el martillazo que la estocada, con todo y ser el martillo de más corto alcance.

Muy distinto personaje era Usagre, el fraternal amigo de Treviño. Alto y fino como un mástil de navío, cimbreábase su cuerpo, cuya esbeltez hubieran podido envidiar hasta las palmas reales. No obstante, pruebas abundantes tenía dadas de su resistencia y su

vigor manejando los cañones, pues al cuidado de la artillería le llevaron sus aptitudes. Un sople de aire le doblaba la figura, como si fuera una caña; pero él solito, con su cañón pedrero, cargando y descargando pelotas, hubiera hecho frente al ejército de Cuahutemoc.

Usagre era lampiño, para no parecerse en nada a su amigote, y, además, siendo éste un hablador empecatado, aquél tenía muy pocas palabras, tan pocas que llevóle su exagerada sobriedad verbal a entenderse con la gente, casi siempre, con sólo monosílabos. Con Treviño solía mostrarse más comunicativo, dando así prueba fehaciente de la profunda amistad consagrada al peludo carpintero.

Cuando llegaron los camaradas a la choza de Coualt, la bruja estaba dando de comer a los buitres. Estos graznaban, impacientes, alargando el cuello hacia un cazo que tenía la vieja sobre sus rodillas.

— ¡Hola! — gritó Treviño, al entrar —. Vieja del infierno, ¿ya estás con tus gallipavos en el regazo? Comida por ellos te vean mis ojos, si tienes los pecados que los indios dicen.

Coualt levantó la cabeza con cierto sobresalto, al oír la voz del español, y los zopilotes, asustados, fueron a esconderse en un rincón, entre la paja que servía

de lecho a la bruja. Esta era una feble mujeruca con más costras que escamas tiene un pez y piezas de acero la loriga de un antiguo justador. Un ser más repugnante hubiera sido imposible hallarlo en el inmenso catálogo de las miserias humanas. Era Coualt, además de muy vieja y muy fea, desorejada y manca de la mano siniestra. Decía la fama que las orejas se las comió una enfermedad y la mano se la hizo cortar el emperador Moctezuma para que no pudiese, en adelante, preparar venenos y sí tan sólo bebidas saludables; pues existía muy arraigada una creencia según la cual trabajaba la bruja con la mano derecha cuando era para bien y con la zurda cuando maquinaba el daño de algún inocente.

Levantóse Coualt del suelo, donde estaba sentada, y se acercó, renqueando y ayudándose de un palo, a sus visitantes. Treviño y Usagre retrocedieron, porque la proximidad de aquella mujer no podía serles de ningún modo agradable. Envuelto su cuerpo, atezado y sarmentoso, con una manta de algodón, desde las axilas hasta media pierna; llena la cara de costurones y desgñados los cuatro mechones de sus cabellos blancos; aplastadas las narices y alterado el nivel de los ojos, uno más alto que otro, Coualt imponía con su fealdad. De sus perdidas gracias, si alguna tuvo en su juventud, sólo le quedaba la blancura

y solidez de sus dientes, completos, iguales y sanos. Pero tenía la boca hocicuda y abiertos los labios en forma de trompeta.

— Sentaos, mis señores amigos — dijo a los dos españoles, señalándoles un tronco de ocozotle, que podía muy bien servir de banco —. El buen Dios os envía a mi casa.

* * *

La barraca, hecha de adobes y techada con hierba seca, era negra, estrecha y miserable. Olía muy mal y aparecía alumbrada por un poco de fuego encendido en un rincón. Sentado junto al fuego, había el gato, que miraba a los visitantes fijamente, pero sin echar chispas por los ojos todavía.

— Este es *Don Juan* — dijo Treviño a su amigote, señalando al felino —. La vieja le llama *Tochtli*, pero le sienta mejor el nombre de *Don Juan*. ¡Pelos de Barrabás, es todo un mozo!

Debió comprender el gato este piropo, porque arqueó el lomo, parece ser que con cierta satisfacción, y abrió luego la boca como si fuera a dar las gracias. No las dió, sin embargo, y aquel movimiento iniciado hubo de resolverse en un bostezo. Sentóse luego otra vez y siguió mirando a

los extraños personajes que habían ido a importunar el solaz doméstico de aquella santa familia. También miraban, desde el fondo de su rincón, pero con disimulo, los buitres asustados.

— Dime, bruja — preguntó Treviño, sentándose en el tronco de ocozotle —. ¿A dónde piensas que irá tu ánima cuando mueras?

— Si no la quiere vuestro buen Dios, se la entrego desde ahora a Ometochtli, que es, en los cielos, quien protege a las criaturas que, como yo, sólo una falta han cometido: la de emborracharse todos los días.

Y añadió la vieja:

— Los muertos nuestros van a morar a nueve sitios distintos, según lo merezcan por lo que hayan hecho en vida. Vitcilopuctli acoge a los soldados; Hazolteutl, a quienes tuvieron muchas mujeres; Haloc, a los que se ahogan, y así hay nueve lugares, en el mundo de las tinieblas, para nueve modos diferentes de haber vivido o acabado.

— ¡Por vida del peludo de mi tío! ¡El diablo te lleve, que tú no puedes ir sino al infierno! — hubo de replicar Treviño, soltando una risotada —. ¿No te parece, Usagre?

El preguntado dió su conformidad con un movimiento de cabeza hecho en sentido vertical, pero no despegó los labios.

— Si el infierno es lugar de padecimiento, como tengo entendido — dijo la vieja —, poco se diferenciará de este mundo, donde tanto abunda el dolor. Las gentes de mi raza, cuando nace un niño, ya le saludan diciendo: “¡Oh, criatura! ¡Ah, chiquito! Venido eres al mundo a padecer. Sufrirás callando, si sabes vivir como los buenos”. Luego se le pintan con cal viva las rodillas y se añade: “Vivo estás, pero no te librarás de la muerte y polvo te has de volver como esta cal, que antes fué piedra”.

— Téngolo por muy bien dicho, pues así es la triste y eterna verdad — reconoció el carpintero —. ¿No estás conforme, amigo?

Usagre volvió a mover la cabeza, asintiendo a las palabras de su camarada sin el más leve asomo de vacilación.

— ¿Y no tienes, bruja de mis pecados — volvió a preguntar Treviño —, ningún licor prodigioso que alargue la vida siquiera por unos años? A ver qué nos ofrece tu sabiduría.

— No existe poder humano que haga vivir a las criaturas más tiempo que el permitido por Dios — contestó Coualt —. Yo creo en vuestro Dios misericordioso. No me pidas imposibles, amigo.

— Pero, al menos, sabrás adivinar el porvenir de las

personas — hubo de insistir Treviño —. Fama tienes de hechicera y muchas cosas de brujería sabes. Cuatro veces me has salvado de la muerte con tus brebajes, devolviéndome a mi cuerpo la salud y el vigor perdidos. Recuerda: una vez fué a causa de unas calenturas, otra por haberme caído desde la torre de un templo, la tercera y la cuarta a consecuencia de las heridas que me abrieron en la cabeza y en el pecho los indios de Cuahutemoc con sus lanzas envenenadas.

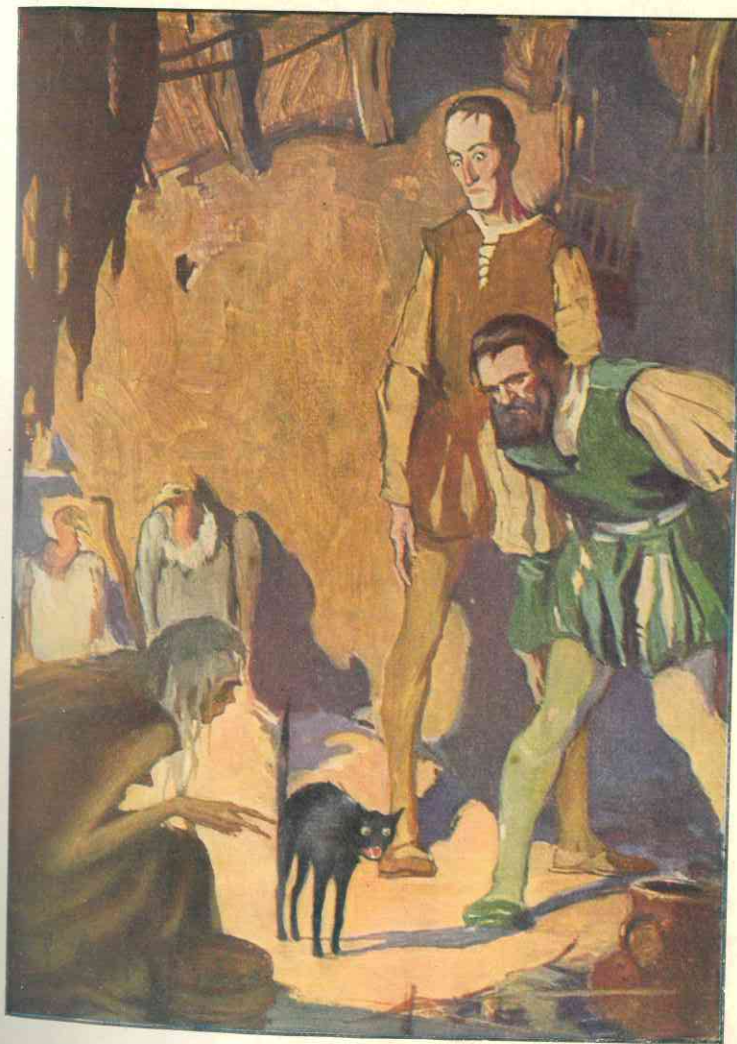
— No soy, pues, tan mala mujer como decías.

— Para mí no lo has sido, viejecita mía. Pero nadie te quitará el ser bruja, y como tal debo tratarte. No te ofendas si te mando a los infiernos, que eso es un decir y nada rebaja de la estimación en que te tengo. ¡Pelos de Barrabás, bien sabes que soy tu amigo y defensor! A no ser por mí, ya habría ardido tu cuerpo ruin como arden los sarmientos secos.

— Bien está; un favor con otro favor se paga — observó Coualt, mientras acariciaba al gato, que le había saltado sobre las rodillas —. Y ahora, ¿qué me quieres?

Treviño, antes de contestar, se estuvo unos momentos rascándose las barbas, como si necesitara sacar las palabras de entre aquella maraña de pelo. Después dijo:

— Mira, Coualtlita: éste y yo queremos ir a probar fortuna en los países ribereños de la mar del Sur. Allá se



Fué entonces cuando los ojos del felino parecieron echar chispas.

marcha Pedro de Alvarado con una buena hueste. Como la aventura es recia y dejamos aquí el bienestar, quisiéramos saber de tu boca si tendremos suerte o es mejor que nos estemos quedos, junto al señor don Hernán Cortés, que Dios guarde. ¿No digo bien, Usagre?

El preguntado, por excepción, despegó esta vez los labios y dejó oír su voz, fina y larga como su cuerpo.

— ¡Ooooh! ¡Sííí...!

Parecía que le sacaban por la boca una cinta sonora, cortada a la medida de su talla.

— Dime, *Tochtli* — preguntó la bruja al gato —: ¿se puede contestar a estos caballeros?

Fué entonces cuando los ojos del felino parecieron echar chispas. *Tochtli* se apeó del regazo de su dueña y empezó a dar vueltas, girando lentamente en dos palmos de terreno, con la cola y el lomo levantados. La vieja le hablaba ahora el lenguaje de los indios, y Usagre y Treviño no entendían palabra. Maulló el gato, graznaron los buitres en su rincón y continuó Coualt su letanía azteca. Parecían todos, bruja, zopilotes y minino, sostener un transcendental debate sobre el porvenir de la proyectada expedición al mar del Sur. Finalmente, debieron ponerse de acuerdo, pues callaron *Tochtli* y los pajarracos, mientras la vieja exponía las conclusiones de esta guisa:

— Grande es el valor de Pedro de Alvarado como

el mar hacia donde le lleva su glorioso destino. Seguidle; ganaréis fama y obtendréis provecho. Tierras ricas son las de aquellas costas, pero no se llega a ellas sin arrostrar innumerables peligros. El hambre será vuestra compañera, la muerte espiará vuestras andanzas; mas el capitán que ha de mandaros puede vencer al hambre y asustar a la muerte. Oro tienen aquellas regiones para colmar vuestra ambición; también da la tierra abundantes y sazonados frutos. Allí no llegaron nunca extranjeros ni llegarían jamás si no les precedieran las espadas españolas, dondequiera irresistibles. No vaciléis, amigos; ante vuestra fe y vuestro valor, se abrirían hasta las montañas para haceros paso. Marchad tras el caballo de Alvarado, que os llevará a la victoria. Os lo dice la vieja Coualt, que lo sabe.

Pasó algún tiempo durante el cual no se percibió otro rumor, en el chamizo de la vieja hechicera, que el producido por los troncos que ardían en el hogar. El gato y los zopilotes, cumplida su misión misteriosa, habíanse entregado al sueño. Sobre todo *Don Juan*, como llamaba Treviño al felino, parecía sumido en profundo sopor, junto al fuego, con la cabeza metida entre las patas.

Treviño fué el primero en romper el silencio.

— Toma; bebe esta gloria de mi país — dijo a Coualt.

Y le alargó un frasco de vino que se había sacado de la faltriguera.

La bruja tomó el frasco, radiándole en los ojos la alegría. Pero, antes de beber, derramó en el suelo, con cierta solemnidad, un poco del contenido.

— ¿Qué haces? — preguntó el carpintero, alarmado —. ¿No sabes que tengo en más aprecio ese licor que mi propia sangre?

— Antes que yo está el Gran Espíritu — explicó Coualt —. No llegará a mi boca esta delicia sin antes haberla ofrendado al que podría castigar terriblemente mi avidez. Los indios no tomamos alimento alguno sin un previo ofrecimiento del mismo al Señor, que dispone de la vida y de la muerte. Si es pan, lanzamos al aire unas migas; si vino, derramamos un poco en el suelo. Jamás me atrevería yo ni siquiera a oler una rosa faltando a la devoción de arrancar un pétalo a la flor para ofrecérselo a quien manda en mi alma.

— ¡Lucifer cargue contigo, pecadora vieja, que esas son prácticas de herejes y gentiles! El Dios cristiano no admite tales acatamientos supersticiosos — hubo de protestar el peludo carpintero de naos.

— El Dios cristiano es infinitamente bueno — replicó Coualt — y perdona nuestra ignorancia en gracia a la intención. Déjame ahora que beba.

El trago fué largo, muy largo, y el frasco quedó vacío.

— ¡Que de salud sirva! — dijo Treviño, arrojando a un rincón el frasco que le devolviera la vieja, al ver que de su contenido no quedaba ni gota —. ¡Bien lo has apurado, traidora!

En esto, el estirado Usagre, saliéndose otra vez de su actitud expectante y reservada, pronunció estas palabras:

— ¡Yo digo que vale todo el vino de la botella lo que nos ha dicho! Iremos con Alvarado y obtendremos oro.

— Sí; ánimos me ha dado Coualt para probar fortuna nuevamente. Pienso que no se equivoca en su profecía y que nos ayudará la suerte. ¡Pelos de Barrabás!... Te prometo, amigo, que, esta vez, sabré guardar lo que gane.

Usagre sonrió, levantóse de su asiento, estiró las piernas y los brazos y dijo después con aire que revelaba su incredulidad:

— ¡Ya te lo dirán los naipes!

— No juguéis, no juguéis, hijos míos — recomendó ahora la vieja —. Feo vicio es el juego y también gran locura. Los españoles sois todos jugadores, por lo cual os castiga el Cielo, con tanta frecuencia como justo rigor.

Más os valdría ser avaros del bien que ganasteis con hartos sacrificios y con peligro de muerte. A muy valientes castellanos he visto perder en un día todo el oro acumulado en diez años y volverse pobres y enfermos a su patria. Oid la más cierta de mis profecías, la que no falla nunca, la única incontestable: más o menos tarde, todos los jugadores se arruinarán y morirán en situación todavía más miserable que la mía. Os lo dice la vieja Coualt: no juguéis si es vuestro afán ser ricos y vivir dichosos.

— Eso ya me lo decía mi madre, y no era bruja — recordó Treviño, soltando el chorro de su risa estrepitosa—. ¡Ja, ja, ja!... Creo que tienes razón, pero el oficio obliga. Si nos jugamos la vida todos los días, en lucha con las fieras, con los elementos de la naturaleza y con los hombres de tu raza, ¿por qué no hemos de jugar lo que se pierde sin peligro para la salud? ¡Pelos de Barrabás, es un gusto!

Habían hablado ya bastante Usagre y Treviño con la vieja Coualt. Se despidieron, dándole unas fruslerías de quincalla, y volvieron, cogidos del brazo, al campamento. Treviño decía:

— Coualt no se equivoca nunca; cogemos oro.

III

La huerta de Hernán Cortés

Hernán Cortés era hombre a quien no espantaba abarcar mucho espacio, porque sentíase de continuo espoleado por su insaciable ambición de gloria. Un vulgar ambicioso de bienes materiales habría tenido más que suficiente con haberse hecho dueño de México y de otras cien ciudades que el hidalguelo de Medellín consiguió someter a la Corona de España. Pero Cortés había nacido no para vivir como un aventurero afortunado, vegetando entre paredes de oro levantadas con el producto de sus rapacerías; llevaba dentro de sí esa fuerza avasalladora que forman la voluntad y el genio resumidos en un hombre, llamado ahora Hernán Cortés, como antes se llamó Julio César o Alejandro.

El conquistador español veía ensancharse siempre más las tierras de Anahuac según se metía más en ellas, y habríase estado conquistando tierras cien años si los hubiese vivido. Le interesaba mucho menos el resultado práctico de sus empresas que la satisfacción de acometerlas y

culminarlas. No concebía la conquista como un negocio, sino como un designio providencial, casi como un mandato del Cielo. Debió entender que, poniéndole Dios ante los ojos la vastedad inconmensurable de un continente nuevo, le invitaba a descubrirlo y a someterlo, considerándole a él capacitado para llevar a término feliz empresa tan superior a las posibilidades de una criatura humana. Sólo la muerte podría detener aquella fiebre devoradora de espacio y aquella incesante superación del esfuerzo individual.

Pero, aparte su genio y su voluntad de titán, empujaban a Cortés dos fuerzas formidables, sin las cuales le habrían faltado alientos para recorrer miles y miles de leguas y desafiar toda clase de peligros. La fuerza principal era su fe en la ayuda de Dios, y esa fe la tenían igualmente todos sus compañeros, los heroicos exploradores que le siguieron a todas partes; la otra fuerza venía de España, o mejor dicho: del nombre de España, invocado siempre fervorosamente en los trances de gran tribulación y después de las victorias. Hernán Cortés sentíase con ánimo para todo no sólo por sí mismo, sino también por ser cristiano y español. Creía que era su España la patria de los hombres más fuertes, más inteligentes y más valerosos del mundo; servía a un emperador cuyo poder no podía calcularse. Por manera, que el fervor religioso y el ideal de la

patria habrían sostenido al héroe si por acaso flaqueara un momento su voluntad. En esto encontraríamos el secreto de sus inconcebibles hazañas.

Mientras duraban las obras de reconstrucción, mientras se edificaba una nueva Tenoxtitlán sobre las ruinas de la gran ciudad lacustre que fué sede de los emperadores aztecas, Hernán Cortés observó que a sus soldados les sentaba mal la ociosidad. Jugaban, conspiraban, reñían, metíanse en desgraciados amoríos con las indias, adquirían hábitos deplorables. El hombre de guerra sirve sólo para la guerra; la falta de ocupación en empresas de peligro, les apoltrona, les desmoraliza, les perturba. El conquistador, con todo y tener un ejército tan menguado, estimó que le estorbaban en México lo menos trescientos españoles. Fuera estos hombres, los artesanos europeos y los tamenes indios trabajarían mejor y más tranquilos.

Hernán Cortés tenía abundantes noticias de la costa de Tehuantepec, que, un año antes, recorrió el piloto Andrés Niño, buscando un estrecho que comunicara los dos océanos. Para los españoles no podía encontrarse cosa mejor que el nunca hallado estrecho, y al general extremeño le aguijoneaba este afán más que ninguna otra ambición. Los primeros hombres enviados por Cortés al mar del Sur fueron cuatro españoles cuyo objetivo era explorar no la tierra, sino los ánimos de la gente que la habita-

ba. Estuvieron aquellos hombres en Tehuantepec y Zacatula y realizaron a maravilla su misión diplomática. El caudillo cristiano entró en relaciones con el señor de Tehuantepec, a quien envió un rico presente, y el cacique hubo de corresponder al regalo con promesas de amistad; pero, al mismo tiempo, pidió ayuda contra otro cacique enemigo suyo.

Siempre andaban a la greña los señores indios por un quitame allá esas pajas y porque a los salvajes les gusta la guerra con preferencia a otros entretenimientos más loables. Favoreció Cortés al cacique de Tehuantepec contra el de Tutepec, y ello dió ocasión a Pedro de Alvarado, capitán de doscientos españoles, con cuarenta de a caballo y dos tirillos de campo, a mostrar una vez más sus excepcionales condiciones para el mando de una hueste. Alvarado ganó a los indios algunas pequeñas batallas, estableció colonias en Tehuantepec, Tutepec y otras tierras costeñas y se volvió a México con un rico botín de oro y perlas. Además, dió a su general excelentes informes sobre la fertilidad y riqueza del istmo, induciéndole a establecer un astillero en Zacatula y a construir en él algunos bergantines para recorrer la costa. Cortés envió a Zacatula cuarenta carpinteros y abundante material de áncoras, maromas de amarre, jarcias y aparejos. Para estar al cuidado de la empresa, comisionó a Cristóbal de Olid; mas

éste hubo de enredarse en una guerra con los indios de Colima y vióse en la dura necesidad de deshacer el camino andado, a consecuencia de sucesivos y sangrientos descalabros que sólo pueden achacarse a su imprudencia.

Todo esto ocurría un año antes de haberse acordado la expedición definitiva a la costa del Pacífico; es decir: son anteriores estos sucesos a la campaña que había de emprender Pedro de Alvarado, fiando el éxito a su personal iniciativa.

Consecuencia de la derrota de Cristóbal de Olid en Colima, fué una guerra en esta provincia, que dirigió muy bien Gonzalo de Sandoval, uno de los conquistadores de Nueva España que, después del caudillo extremeño, más justa y resonante fama de valientes lograron con sus hechos.

Péro se debe aquí pasar por alto la guerra de Colima, que no se relaciona sino incidentalmente con las expediciones a Tehuantepec. Colima se encuentra a poca distancia de México, mientras que para bajar al istmo, situado entre el golfo de Campeche y el que da nombre a dicha lengua de tierra, significaba aventurarse en una exploración muy prolongada y difícil. Y ya se ha hecho advertir que a Hernán Cortés interesábale sobre todo el hallazgo de un estrecho por el cual pudieran pasar los barcos de un mar a otro mar. De modo que pensó el conquistador

adelantar los astilleros de Zacatula, por un lado, y enviar, por otro, una expedición al largo de Tehuantepec para descubrir nuevas tierras, que sabía eran ricas en minas. No se perdería de esta suerte el tiempo; pues, si no se encontraba el estrecho, en cambio no era temerario prometerse un botín compensador del esfuerzo realizado.

El plan de la nueva campaña lo discutió Cortés con fray Bartolomé de Olmedo, hombre de toda su confianza por el hábito que vestía y por la virtud y el talento que le reconocieron siempre los españoles de México. Tal vez pensó el extremeño en Sandoval antes que en Alvarado, al buscar un capitán de reconocida solvencia militar; pero el fraile mercedario era un gran amigo de don Pedro y convenció a Cortés de que debía ser el rubio oficial de Badajoz quien mandara las tropas. Aparte la intrepidez de Alvarado, no inferior a la de Sandoval, tenía aquél sobre éste la ventaja de haber estado ya en Tehuantepec; conocía el país y era amigo de los caciques que gobernaban aquellas tierras.

Cuando Alvarado fué a ver al general, al ser requerido para misión tan importante, tenía ya el presentimiento de su buena fortuna. "¡Tendré una encomienda cuan-

do me lo proponga!" — había dicho a fray Bartolomé de Olmedo.

Pensaba obtener nada menos que el hábito de Santiago.

Recién llegado de España, todavía muy mozo, le llamaban en Cuba *el Comendador*, a causa de un sayo y capa que llevaba en su hatillo de aventurero. Comendador de Santiago era un pariente suyo de Badajoz, y el muchacho mostrábase orgulloso de aquel antecedente de familia, que podía darle cierto lustre entre los burdos colonos. Pero éstos tomaron a burla la pretensión de Pedro, y el chico necesitó repetidas veces ensayar la fuerza de sus puños en la cara de algún atrevido que le faltara al respeto. Y aunque después se acreditó de valiente y fué un oficial distinguido, primero de Juan de Grijalva y más tarde de Hernán Cortés, aún le recordaban los amigos, en ratos de buen humor y holganza, su sayo, su capa y su apodo de los tiempos juveniles. Ello hizo desear ardientemente a Pedro de Alvarado ser Comendador de veras, y ahora veía una ocasión de acrecentar su fama hasta que resonara en España y le valiera la encomienda. Por esto había fruncido el entrecejo cuando fray Bartolomé aludió a la más grande ambición de su azarosa vida.

Halló don Pedro a Hernán Cortés en la huerta de su casa, ocupado en plantar moreras para gusanos de

seda. Los cuidados de la guerra no distraían al caudillo de las providencias del colonizador. Había éste mandado traer de Cuba, Santo Domingo y otras islas ya colonizadas, semillas y esquejes cuyo cultivo deseaba ensayar en México, y era en su propia huerta donde hacía las primeras pruebas.

Cortés trataba a don Pedro con familiaridad, aparte el ser hombre de natural sencillo; por manera, que en la entrevista de los dos bravos capitanes no se observaron ceremonias ociosas.

— ¡Bien venido! — limitóse a decir el conquistador de México al apuesto oficial —. Esperaba vuestra visita.

Luego dió algunas órdenes a los indios encargados de la plantación de moreras, al efecto de que no se interrumpiera el trabajo, y se llevó a don Pedro, cogido del brazo, hacia un rincón de la huerta.

Estaba muy avanzado el otoño y aparecían alfombrados de hojas secas los arriates. La huerta de Hernán Cortés no era todavía el hermoso jardín de su palacio, entonces en construcción, como otros muchos edificios de la ciudad que iba levantándose, poco a poco, sobre las ruinas de la que fué fastuosa residencia de los emperadores aztecas. Cortés vivía en una casa antigua de Tezcuco, acondicionada a los usos y comodidades de los españoles, y en su huerta había ya plantados naranjos, limoneros, perales,

manzanos, granados, ciruelos, árboles extraños al país, así como otros más corpulentos y prósperos que naturalmente se daban en aquella tierra.

Se detuvieron Cortés y Alvarado junto a un seto de bejucales, a orillas de una alberca. Allí había amontonado el viento las hojas secas, probablemente a causa de un remolino. El conquistador apartó con el pie las hojas caídas que cubrían un tosco banco de piedra y se sentó en él, invitando a su visitante a que hiciera lo mismo. Se excusó Alvarado y permaneció de pie, respetuosamente. La verdad es que su mismo estado de excitación, que en vano pretendía disimular, no le hubiera permitido sentarse y escuchar con paciencia.

— Decidme antes que otras palabras salgan de vuestros labios, si es verdad que pensáis darme el mando de la exploración por Tehuantepec.

Esto suplicó don Pedro mientras entretenía su nerviosidad sacudiéndose las hojas secas que se le habían enredado en las espuelas.

Hernán Cortés hubo de sonreír.

— Fray Bartolomé de Olmedo no puede haberos mentido — dijo con acento de amistosa reconvención —. ¡Qué gran amigo vuestro es fray Bartolomé! A fe que lo siento, pues quiere acompañaros, y me veré privado de sus sabios consejos. Estamos escasos en estas tierras de los

santos varones que pueden sembrar la semilla del cielo. No son menos necesarios que los soldados; han de hacer ellos, entre los indios, labor más duradera y provechosa que nosotros. Tengo pedido al emperador que nos mande obispos, clérigos y frailes, para que vengan a predicar a los salvajes la santa doctrina de Cristo. No van las carabelas tan aprisa como conviene a la salvación de muchas almas, y pesaroso me siento de su demora. ¿Sabéis que el mismo encargo tengo hecho a fray Francisco de los Angeles, general de los franciscos, que pertenece al linaje de los Quiñones y es hombre de gran poder en la Iglesia? También escribí a fray García de Loaisa, general de los dominicos, y a todos los religiosos que vengan prometo diezmos y honores. Ya sé que el emperador no complacerá mis deseos sin antes pedir licencia al Papa; pero entretanto pasa el tiempo y los frailes no vienen. Yo quería que fuera con vos el clérigo que vino con don Francisco de Garay, persona de mucha virtud y acostumbrada a nuestros duros trabajos; pero dice fray Bartolomé que ha de ser él quien os acompañe. No puedo negarme, pues le debo buena parte de lo que soy. Vais a dejarme sin el mejor de mis consejeros.

Demostraba el Gobernador hallarse profundamente contrariado. Fray Bartolomé había permanecido siempre a su lado desde que desembarcó en la costa de Yucatán,

compartiendo con él todas las penalidades de la larga y dura campaña hasta señorear en las tierras de Anahuac. Era el mercedario para Hernán Cortés el mejor amigo y a su inteligente colaboración debía muchas victorias. ¿Cómo substituirle en su ausencia, si otro hombre no había en México que pudiera comparársele?

— No habréis de creer que es empeño mío llevarme al mercedario — dijo Alvarado, que ni en esta ocasión ni en otra ninguna hubiera contrariado por su gusto los deseos de Hernán Cortés —. Yo tengo gran amor a fray Bartolomé y pienso que me será muy conveniente su compañía; mas si a vos os place, que se quede.

— Podría ser así si ello dependiera de nuestra voluntad y no de la suya. Horas enteras le estuve rogando sin conseguir que cambiara de parecer. A tercios nos ganan los hombres de misa a los de guerra, como hay Dios. Lleváoslo enhorabuena y atended siempre a lo que os diga, que será por vuestro bien.

Hizo aquí una pausa el caudillo y preguntó luego, dando a la conversación un nuevo giro:

— ¿Qué capitanes son los de vuestra confianza?

— Tendría una satisfacción en llevarme a don Pedro de Portocarrero y a don Juan de Chávez.

— ¡Buenos capitanes por mi fe! ¿Y vuestros hermanos?

— Si no necesitáis de sus servicios...

— Los estimo y me serían de mucho provecho; pero comprendo la atracción de la familia. Debo respetar ese derecho del parentesco. También me han pedido licencia para acompañaros Usagre, el artillero, y Treviño, el carpintero de naos.

— Los acepto con gusto, porque son dos bravos, aunque les agrada el mosto más de lo que conviene a la disciplina. Pero, ¿es que me daréis cañones?

Hernán Cortés sonrió, viendo cómo le salía a don Pedro el gozo a la cara.

— Treinta y cinco tiros tengo de bronce y setenta de hierro colado. No son muchos para los que necesita nuestra seguridad. Sabéis a qué precio me los vendieron en las almonedas de don Juan Ponce de León y de don Pánfilo de Narváez. Cinco piezas se labraron aquí, pero si de oro fueran no me costarían más caras. Bien recordaréis que troqué la plata por estaño en igualdad de peso y que no queda plato ni vasija para fundir. Mas quiero que vayáis bien preparado: tendréis cañones.

Levantóse Hernán Cortés, después que hubo pronunciado estas palabras, y añadió:

— Deseo que volváis con rico botín y mucha gloria, que para todos hay campo en estas grandísimas tierras que descubrió Colón. Dadme acá los brazos, que quiero

estrecharos entre los míos como viejo amigo y camarada.

Los dos hombres se abrazaron con efusión, borradas las distancias y jerarquías. Además de la amistad, les unía el vínculo de la gloria, que habían hasta entonces compartido.

Y el Gobernador continuó:

— Sed prudente. Conozco vuestros arrebatos de valor temerario, y me place por esto que vaya en vuestra compañía fray Bartolomé, hombre de saber y cautela, que no dejará de aconsejaros lo que más puede convenir al buen remate de la empresa. Sed avaro de la sangre de vuestros soldados y tratad a los indios con rigor cuando lo merezcan, pero con dulzura cuando se muestren sumisos y no cometan actos de los que ofenden a Dios y a todo buen cristiano. Honrad a los caciques, pero sin descender a rastrerías impropias de un caballero español, dando en todo momento la muestra edificante de vuestra propia estimación y del vigor moral y físico de la casta. No seáis codicioso del oro, que no siempre es un bien, como nos tiene enseñado la experiencia. No permitáis que los soldados malgasten su valor en aventuras necias y menos que se entreguen al juego, causa muchas veces de pendencias entre hermanos. Haced llegar siempre la imagen santa de la cruz allí donde alcancen vuestros pendones victoriosos,

y en los trances de peligro no desesperéis nunca de la protección del cielo. Poned moderación al administrar justicia y al repartir mercedes. No tengáis favoritos y mostrad a todos dura la mano y blando el corazón. ¡Que Dios os ilumine y proteja!

Así terminó el diálogo del héroe ya cubierto de gloria y del aspirante al simbólico laurel. Se arrastraban las hojas secas, barridas por el viento, con blando rumor; cantaba el agua que partía de la alberca, sorbida por los regatos, y el sol de la mañana otoñal deshacía sobre el paisaje dorado sus haces de luz. El vuelo de una bandada de palomas trazó sobre el azul del cielo el incierto camino por donde van los sueños.

IV

La partida

Estaba ya cerca la Navidad cuando se dispuso don Pedro de Alvarado a emprender la marcha. Se hizo con una fuerza no despreciable, aunque sin duda desproporcionada con la empresa en la cual iba a aventurarse; pero esto era lo corriente en las andanzas heroicas de los españoles por las tierras vírgenes del Nuevo Mundo.

Había reunido don Pedro, con la venia y ayuda del Gobernador, hasta trescientos infantes españoles y ciento treinta y cinco jinetes, comprendidos los capitanes. Entre los soldados de a pie, se contaban ciento veinte escopeteros y ballesteros. Usagre, el larguirucho y silencioso Usagre, entendido en el funcionamiento de la artillería, tenía a su cuidado cuatro cañones, que llevarían en hombros los indios de carga. El carpintero y calafate Treviño, olvidado de sus trabajos en la costa por las aventuras de tierra adentro, tendría bajo su vigilancia el cargamento de pólvora.

Destinados a la expedición irían asimismo doscientos indios tlaxcaltecas y cholultecas, pertenecientes a dos tribus de las más aguerridas, y cien mexicanos para la vanguardia. Además, se procuró Alvarado buenos intérpretes, indios que hablaran el español y las lenguas bárbaras del país. Provisiones reunió todas las que podía llevarse.

Como capitanes distinguidos, sus inmediatos, designó a don Pedro de Portocarrero, oficial valiente y práctico en la guerra contra los indios, que no tenía otro defecto que el de perder la cabeza apenas veía una mujer guapa, y don Juan de Chávez, también arrojado y muy diestro en las armas, más joven que Portocarrero y, no obstante, menos dado a los amoríos y devaneos. Se distinguía don Juan de Chávez por su astucia, siendo más rudo soldado que su compañero, a quien su fatal inclinación al eterno femenino había repulido y almibarado sin restarle intrepidez.

Capitanes eran también los hermanos de Alvarado, don Jorge, don Diego, don Gómez y don Enrique; pero no les señaló don Pedro como sus segundos, tal vez por no dar que hablar a los soldados, que tenían por oficiales de más mérito a Portocarrero y Chávez. Otro capitán, don Miguel de Astete, se agregó asimismo a la hueste expedicionaria.

El itinerario era rodear el macizo del Popocatepetl,

coronado por nieves eternas, y aproximarse al Pacífico por Zacatula, bajando luego a Oaxaca hasta el pie de Sierra Madre. No todas estas tierras estaban exploradas, pero en algunos puntos había ya establecidas incipientes colonias, como en Zacatula y valle de Oaxaca. Llegaría Alvarado a Tehuantepec, donde se estrecha la tierra como si ambos océanos se buscaran para juntarse, y se correría por la costa del Sur hasta Quezaltenango y Guatemala.

Este itinerario se describe con facilidad; pero en 1523, año en el que da principio la exploración de Alvarado, con su marcha hacia el istmo colocado entre los golfos de Tehuantepec y Campeche, se tenían muy escasas noticias de aquellos países que constituyen la entrada, por el Norte, de la que hoy llamamos América Central. Los españoles habrían de recorrer miles de leguas guiados más por el instinto que por sus oscuros conocimientos geográficos. Atravesarían ríos, valles y montañas sólo conocidos de sus salvajes habitantes, y tendrían que dar muchos rodeos, volviendo sobre sus pasos cuando un obstáculo natural o la oposición de las tribus rebeldes les cortara brusca o trágicamente la marcha. Casi es absurdo hablar de itinerario, ya que los exploradores españoles lo tenían tan incierto. Se dejarían llevar por los guías indígenas, no siempre perfectos conocedores del terreno y con

frecuencia desleales: lo mismo podían caer en un funesto error y en la traición solapada.

Sin embargo, los que habían venido de España a descubrir y conquistar las tierras inmensas del Nuevo Mundo que legaron a la civilización los Reyes Católicos Isabel y Fernando, sabían de sobra que una marcha militar por la llamada Tierra Firme no era un viaje de recreo: iban a jugarse la vida por la fortuna y la gloria, y poco se preocupaban ni por los peligros sospechados ni por su desconocimiento de los pueblos que esperaban someter.

* * *

Durante los días que precedieron a la partida, últimos de noviembre y primeros de diciembre de 1523, hubo en México el inusitado movimiento que motivaban los preparativos y alistamiento de hombres de guerra. La colonia española empezaba a ser próspera con la arribada frecuente de europeos hasta entonces establecidos en las islas del mar Caribe. Otros venían directamente de España, donde ya eran famosas las conquistas de Hernán Cortés.

Este, como anteriormente se ha dicho, demostraba igual actividad en los trabajos pacíficos que en sus empeños bélicos. Puso especial cuidado, apenas rindieron las

armas los indios partidarios de Cuahutemoc, en atraerse a los colonos de otras tierras, a quienes deslumbraba la fama de las riquezas del imperio abatido por el capitán extremeño. Quiso Cortés que fueran a México muchos caballeros españoles con sus esposas, con sus hermanas o con sus hijas, y aún envió a España cantidades enormes de oro para tentar a las doncellas que no encontraran marido en su patria.

La presencia de la mujer cristiana en la colonia constituiría un poderoso motivo de atracción y progreso. Verdad es que muchos soldados castellanos se casaban con mujeres indias, sobre todo si pertenecían a familias linajudas, o sea emparentadas con los caciques. Por cierto que eso de los matrimonios acarreó serias preocupaciones al conquistador y a su consejero fray Bartolomé de Olmedo, escandalizados ambos al ver que los caciques estaban casados a la vez con cien o más mujeres. Aquella costumbre no podía tolerarla la religión de los conquistadores. Cundiría el mal ejemplo entre los soldados enamoradizos, y en vez de ser los españoles quienes introdujeran sus usos y sus leyes en el país, podían ellos mismos sucumbir a la influencia de las costumbres salvajes.

Resolvió Hernán Cortés que los príncipes y grandes señores aztecas escogieran a una favorita entre todas sus esposas y se casaran con ella cristianamente. Igual obli-

gación impuso a sus compatriotas, porque muchos habían dado ya en la comodidad de buscar mancebas entre las mozas de color tostado que no tenían mal palmito. No fué posible evitar, sin embargo, que se faltara con frecuencia a esta prudente disposición, y pensaba Cortés que con la llegada de virtuosas damas españolas se remediarían la licencia y la inmoralidad.

Al mismo tiempo la mujer cristiana contribuiría con su presencia a suavizar las asperezas de una sociedad formada casi exclusivamente por rudos aventureros; se elevaría el nivel del trato social y tomarían estado muchos capitanes, cuya libertad de solteros les permitía llevar una vida mal avenida con la honestidad y la disciplina. ¿Por qué pensó, si no, el Gobernador en casar a don Pedro de Alvarado con su prima Cecilia Vázquez?

Caballero castellano hubo que llevó a México hasta siete hijas, como el Comendador Leonel de Cervantes, y todas se casaron como Dios manda con hidalgos que habían recuperado en Indias su fortuna.

Para dar el ejemplo, Hernán Cortés había hecho venir de Cuba a su esposa doña Catalina Suárez, rodeándola de lujo y esplendor; casi se formó una corte en torno suyo. Doña Catalina siempre fué muy aficionada a las galas, de suerte que no podía inventar su marido cosa que más la complaciera.

Conviene enterar al lector de estos pormenores para que se haga cargo del estado de ánimo de la colonia en vísperas de la partida de Alvarado. Muchos de los expedicionarios dejaban deudos en México; algunos estaban casados desde hacía poco tiempo y veíanse en el trance doloroso de separarse de su compañera acaso para no volverla a ver; otros, en fin, tenían hijos, y era acaso pensando en su porvenir que iban a probar fortuna, a costa quizás de perderlo todo en el camino. Mas todos estaban avezados a la guerra y a tener la vida y la fama pendientes del azar. El duro aprendizaje de sus aventuras les había hecho recia la voluntad, y era, por otra parte, inquebrantable su fe en la ayuda de Dios, que no podía faltar a quienes se consideraban sus más fieles servidores.

— ¿Qué será de la dama a quien tenéis robado el corazón? — preguntaba el capitán Vázquez a Portocarrero, su camarada, cuyo semblante se ensombrecía con la tristeza de las despedidas.

— No sé a cuál de mis amadas aludís — contestó el enamorado, acentuando su actitud melancólica.

— ¿Tan afortunado sois que os quieren todas las mujeres? — insistió preguntando con malicia Juan de Vázquez.

— Me quieren todas las que yo quiero.

— ¿Y queréis a muchas?

— Permitidme que no satisfaga vuestra curiosidad. Puedo deciros, no obstante, que ni yo mismo lo sé. Ayer era una rubia la que mandaba en mi alma; hoy es una morena; mañana será quizás una india casi negra. Quiero refrenar los ímpetus antojadizos de mi corazón, y no puedo. ¡Son ellas tan hermosas!...

El capitán Vázquez movió la cabeza con gesto de hombre que no ha entendido bien, y dijo:

— Bien enamorado estabais de la india Quitché, y era fea hasta meter miedo al hombre de más temple.

— ¿Queréis callaros? Quitché era un ángel bajado del Paraíso. Pero no todos los hombres son capaces de apreciar en todo su mérito los encantos de los ángeles.

— Sobre todo cuando se parecen a los demonios, como Quitché. Creo que exageráis vuestro entusiasmo de galanteador. ¡Pero decidme, voto al diablo, quién es la que ha de llorar con más desconsuelo vuestra partida!

— Seguramente la que esté más enamorada — dijo Portocarrero, retorciéndose los mostachos y mirando de reojo, actitud propia de galanes vanidosos.

— ¡Id enhoramala, que estáis más ufano con vuestras conquistas que un gallo en el gallinero! ¡Mucho será que no saquéis un disgusto de vuestra famosa suerte!

Dijo esto Juan de Vázquez y se fué, haciendo sonar las espuelas con su paso recio de valiente capitán.

* * *

En la casa de don Pedro de Alvarado, dos escuderos se ocupaban en limpiar las armas de su señor. Estaban bajo los arcos del patio, junto a los arriates de plantas amustiadas por el frío. Sila, la sierva del caballero, vigilaba el trabajo de los criados con mirada melancólica.

— ¿No vienes tú con nosotros? — interrogó a la india uno de los mozos.

— Ir quisiera — hubo de contestar Sila, un poco conmovida —. He de cuidar la casa, y no puedo.

— Ya vendrás cuando se haya acabado la guerra. Ahora nos estorbarían las mujeres.

— Mira — dijo el otro criado, mostrando el coselete de la armadura que estaba limpiando —. Buenas abolladuras tienen estos hierros a pesar de ser tan duros. Muchos golpes han resistido y recias macanas habrán quebrado; pero hay aquí seguras señales de la fuerza con que fueron dados los macanazos. ¡Si no fueran más duros los huesos del capitán!...

— ¿Le has visto tú pelear a pie y a caballo? — preguntó el escudero que antes había hablado —. Es un león. Veinte indios mexicanos no podían con él. ¡Qué brazo el suyo! Armado con la espada, siega las cabezas como el

labrador las espigas con la hoz. Don Pedro es fuerte como el acero y ligero como una pluma. Dicen que en la batalla de la *noche triste* saltó por encima de un canal, ancho de quince varas, sin más apoyo que el de su lanza.

— Eso dicen; pero es la verdad que aquella brecha de la calzada de Tlaelopan la pasó en las ancas del caballo de Martín de Gamboa, que, si no, allí acaba su vida. Más de dos mil indios le perseguían y estaba la noche obscura como el infierno. De aquella noche conservo yo una cicatriz que me coge la mitad del pecho.

— ¿Y tú viste cómo Martín de Gamboa pasaba a don Pedro? ¿Cómo pudiste verlo estando la noche tan negra? El capitán saltó la zanja como yo digo.

— Nadie le vió saltar.

— ¡Necio! ¡Tampoco le vió nadie subirse a las ancas del caballo de Martín de Gamboa! ¿Quién podía verlo? Todos corríais para salvar el pellejo, calzada adelante, y buen cuidado teníais en no volver la cabeza.

El escudero así reprendido por su camarada se encogió de hombros. Echábase de ver que no le seducía la idea de enredarse en una discusión sobre el mérito de las hazañas de su señor. Aplicado a la tarea de quitarle el orín al coselete, siguió frotando con renovadas fuerzas hasta sacar brillo.

El otro criado, que había estado limpiando una espada enorme, levantóse del suelo, blandió el arma tajante con ademán de gladiador y dijo a Sila, viendo a la india retroceder asustada:

— ¿Me tienes miedo, verdad? ¡Pues en lo más recio de las batallas deberías verme! No soy de los que se quedan cortos repartiendo mandobles. En Pánuco, ensarté a seis indios de una estocada, después de haber dejado a otros seis descabezados.

— ¡Ya serían menos de los que dices! — hubo de advertir su compañero sin levantar los ojos de su faena.

— ¡Repito que doce entre todos, ni uno menos!

— ¿Eran ellos mancos? ¿Ninguno alcanzó a tocarte?

— ¡Es que no les dejaba acercar, vive Cristo! Además, ¿para qué tiene uno la rodela? Cubierto el cuerpo por el escudo y ligero el brazo de dar los golpes, sabía moverme de modo que nunca pudiera pillarme descuidado el enemigo. Aquí, doy un salto atrás; allí, avanzo con ímpetu arrollador; más lejos, me inclino de este lado y luego del otro; ahora me hago un ovillo; después me zafo de una garra, y en seguida ¡zis!... ¡zas!... ¡catapún!... ¡pim!... ¡pom!

Y esto diciendo iba el escudero repartiendo tajos en la atmósfera con tal brío que a punto estuvo de partir por

la mitad al propio don Pedro de Alvarado, que entraba en aquel momento.

— ¡Andate con tiento, tú, garduña, que yo soy hombre de paz y estoy en mi casa! — gritó el capitán —. ¿Es que te peleas con la sombra?

El escudero contuvo su acometida demoledora.

— Le estaba diciendo a éste cómo peleamos en los combates de Pánuco.

— ¡Mal Pánuco te dé Satanás, pues nunca estuviste en semejantes trances, que yo sepa! Anda, tunante; deja que éste siga limpiando las armas y avíame tú el caballo, que voy a montarlo luego que acabe de comer.

Y añadió don Pedro, dirigiéndose a Sila:

— ¡Cuántas mentiras te habrán metido esos en la cabeza, pobre moza! Tú crees que todos los españoles somos valientes, y algunos hay que corren delante del peligro como las liebres. Mientras me sirves la comida he de explicarte por qué alardean los cobardes de valor a todas horas, aunque nunca cuando hace falta. Mas no te entretengas ahora, que el hambre no tiene paciencia, y traigo un hambre de lobo. Mañana ya no podrás servirme: con el alba, anunciará el clarín la hora de partir.

Sila no dijo nada. Miró a su señor con los ojos muy abiertos, cerró luego los párpados y una lágrima se columpió por un instante en sus largas pestañas. Volvió la

cabeza para disimular su turbación y con paso rápido y silencioso se encaminó a la cocina.

Vióla alejarse el capitán, sin duda cautivado por su mansedumbre, y dijo al escudero que limpiaba las armas:

— Buena es como el agua fresca para el caminante sediento, y a fe que me duele dejarla, porque me sirve bien. Si me ayuda la suerte y vuelvo rico, quiero enviarla a España para que aprenda a ser una señora.

— Antes preferiría que la tuvierais siempre a vuestro lado. Tened por seguro que se pasará llorando todo el tiempo que dure vuestra ausencia.

— ¡Pues para largo va, vive el cielo! ¿Sabes tú adónde vamos? Los caminos de estas tierras no parecen tener fin y el afán de andar y ver cosas nuevas no se acaba en nosotros. Acaso no vuelva Sila a servirme la comida ya nunca más. Esto me causa dolor, pero no puede ser de otro modo. ¡Dios dispondrá!

Como si repentinamente le hubiese dado el hambre un violento aviso, don Pedro echó a correr escaleras arriba, curado ya de toda idea melancólica y relamiéndose por un cierto tufillo de condimento que sorprendió a su olfato agradablemente.



En una casa flamante, rica y espaciosa, que bien merece los honores de ser llamada palacio, se celebra una fiesta. Es una de las casas construídas con más lujo y esmero entre las que ya levantan su silueta española sobre las ruinas de la ciudad bárbara.

En el amplio comedor muéstrase una vasta mesa en la que arden cuatro grandes candelabros de plata. Su aspecto descubre a primera vista que acaba de haber banquete entre personas de rango. Todavía no han sido levantados los manteles, aunque ya se ausentaron del comedor los comensales. Los criados van retirando los platos y las fuentes, todavía con restos de viandas. Algún doméstico goloso del rico caldo de las bodegas, apura las heces de las copas vacías; algún otro hinca el diente en una fruta de pulpa jugosa o se relame de gusto ante un hueso descarnado. Las indias de servicio apartan las sillas de la mesa y las arringleran al largo de los muros enjalbegados, de donde cuelgan pinturas de santos y un Cristo de regular tamaño.

En el patio de la casa hay rebullicio de gente. Hablan damas y caballeros, formando varios grupos, y relucen los collares, los brocados y las hebillas de los vestidos a la luz vacilante de los hachones. Los caballeros son los capitanes que van a partir hacia el Sur del país, en busca de nuevo campo para sus proezas. Allí están don Pedro

de Alvarado y sus hermanos: Jorge, Diego, Gómez y Enrique; Pedro de Portocarrero, Juan de Vázquez, Miguel de Astete. Allí están también Hernán Cortés y el fraile mercedario fray Bartolomé de Olmedo.

Aunque es noche cerrada, faltan muchas horas todavía para el amanecer, y los caballeros que lo deseen podrán dormir su sueño acostumbrado antes de ponerse en marcha. Se sigue en la colonia la costumbre tradicional de los campesinos, que se acuestan después de la oración y se levantan con las primeras luces. Por consiguiente, no se prolongará la fiesta, que ha sido una sencilla cená de despedida. Se están ya despidiendo los caballeros de las damas, y alguna de estas últimas ha tenido que llevar a sus ojos, inundados de lágrimas, su fino pañuelo blanco con escúdos bordados en las esquinas.

Una señora de talle esbelto y noble continente, en cuyos grandes ojos negros quedaron prendidos algunos rayos del ardiente sol de España, ha procurado deslizarse sin ser vista hasta llegar a una puerta, que empuja con suavidad, y tras ella desaparece sin hacer el menor ruido. Sube, siempre recatada, por una escalera de amplios peldaños, y avanza, arriba, por un corredor en cuyas paredes se ven colgadas espadas, dagas y ballestas, y por fin, se adentra en un breve recinto, sumido en la penumbra, donde hay un pequeño altar.



— ¡Virgen mía, protégedle!...

Es el oratorio. En el altar arden dos cirios y una lámpara votiva ante la imagen de la Virgen.

La dama dirige a la Virgen una mirada en la que va ofrecido entero su corazón. Seguramente nunca se mostraron más abrasados y al mismo tiempo tan dulces sus bellos ojos castellanos. Las manos de la dama, finas y trémulas como las alas de un ave herida, arreglan las flores, ya desmayadas, de los búcaros y despabilan los cirios, que gotean sus lágrimas de cera amarilla. Luego se postra, en actitud contrita, y parece abismarse en su conciencia, para luego, rezada una larga oración, elevar otra vez los ojos implorantes a la imagen santa de la Madre de Dios.

— Virgen mía, protegedle — dice —. Hacedlo por el amor que ha encendido él en mi pecho, si este amor no es un pecado. Mas si lo fuera, enviadme a mí la muerte y conservad a mi señor y dueño la vida, para que vuelva victorioso de su empresa. El no tiene la culpa de que le quiera. Protegedle, señora.

La dama humilla la cabeza, como avergonzada de lo que acaba de pedir a la Virgen, y estalla en sollozos.

Es una pobre mujer enamorada y quizás no correspondida. Es doña Cecilia Vázquez, prima hermana de Hernán Cortés.

V

Oaxaca y Tehuantepec

Era el amanecer del día 13 de diciembre de 1523 cuando se puso en marcha la hueste de Alvarado, y al salir el sol ya las tropas estaban distantes de México más de una legua. El camino se presentaba fácil en la primera etapa: la meseta mexicana es llana y dilatada y los indios que la habitaban se habían sometido. No era de temer que se presentaran complicaciones hasta llegar a Tehuantepec, sobre todo si los expedicionarios trazaban una curva hacia la derecha, acercándose a la costa del Pacífico, como así era su propósito.

— A partir de Oaxaca — dijo fray Bartolomé de Olmedo, que cabalgaba en una mula junto al caballo del jefe de la expedición —, se habrá de caminar con tiento, porque ya en adelante no encontraremos amigos. Pero tardaremos algunos días en llegar.

— ¿Creéis vos, padre, que todos los caciques están contra nosotros? — preguntó Alvarado, sin demostrar por ello la menor inquietud.

— Estas eran las noticias del Gobernador: los indios de Uatatlán, Chiapas, Soconusco y Guatemala, que al principio enviaron presentes y pidieron amistad, ahora quieren guerra. La verdad es que ni siquiera nos conocen; otra cosa será después que hayan sentido el peso de nuestras armas y se les haya revelado la existencia de un Dios justo y todopoderoso.

— Dicen que Guatemala es país rico en oro.

— No lo sé, hijo, ni debe importarnos sobre las demás cosas el precioso metal que a tantos hermanos nuestros deslumbra. Conquistemos nuevas tierras para el emperador y almas para el cielo. El oro es riqueza muy codiciada en este bajo mundo, pero nada vale en el otro.

Alvarado sonrió. No estaba muy conforme con el desinterés del mercedario, mas no quiso contradecirle. Al fin y al cabo, fray Bartolomé vestía un hábito que le obligaba a despreciar los bienes de la tierra.

No obstante estar en el mes de diciembre, picaban los rayos del sol y comenzaban a sudar los soldados, cuanto más los indios de carga, que venían a retaguardia. Los indios llevaban sus fardes en la espalda, pero sostenían la mayor parte del peso con la cabeza, merced a una cinta que les cruzaba la frente. Eran de poca estatura y de compleción débil, pero podían resistir largas jornadas llevando un trotecillo cochinerero, su modo acostumbrado de hacer

camino. No parecía molestarles el calor, aunque sudaban como machos.

En cambio, los soldados, con los hierros que llevaban encima, hubieran preferido una temperatura más fresca. Se lamentaban del clima benigno y variable del país.

— ¡No hace más calor en España en el mes de mayo! — decía uno.

— ¡Pues cuida de no pasarte del sol a la sombra si no quieres que te tome la calentura! — hubo de advertir otro —. No he conocido un aire más fino y traicionero. Te quedas a descansar a la sombra de un árbol y en pocas horas vas a verle los cuernos a Lucifer.

— ¡Vaya unos hombres! — rezongó un tercero —. Si no hubieran de venir otras fatigas que este sol que nos da de soslayo, nuestra marcha sería un paseo. Todavía no asamos y ya pringamos. ¿Qué diréis cuando llevemos algunas semanas de camino y nos falten pan y vino para reconfortar nuestros cuerpos molidos y nuestros buches enjutos? Os pasa que, como acabáis de dejar la vida rica del poblado, donde el hombre de armas se vuelve holgazán y vicioso, ahora os sorprende y amedrenta el trabajo. ¡Ya volveréis con las hambres y los golpes a las buenas costumbres!

El paisaje era una bella planicie cruzada a trechos por canalejos de agua sosegada y limpia. Al borde de los

canales se veían algunas plantaciones de cultivo rudimentario, dedicado exclusivamente a la yuca y el maíz. También abundaban los árboles frutales, como el guanábano, el anón, la guayaba, el cocotero y el plátano. Palmas y xaguas, había asimismo diseminadas por la vasta llanada. Pero no llegaban a formar ninguna espesura: el camino dejaba siempre abierto y despejado el horizonte.

Cruzaron las tropas dos o tres poblados importantes donde convivían con los indios los colonos españoles.

Eran pueblos que prosperaron en la proximidad de la gran Tenoxtitlán, sede de los emperadores aztecas, y todavía se veían restos de la laguna cegada por los españoles cuando destruyeron la ciudad.

El camino se hizo más ameno al acercarse a la falda del Popocatepetl, la ingente montaña coronada de nieve, en cuyas entrañas ardía el fuego de un volcán.

Los españoles tropezaron con algunos colonos compatriotas que fueron a saludarles a su paso por donde tenían éstos sus establecimientos agrícolas. Alvarado les compró maíz y pan cazabe en gran cantidad, frutas y mantas tejidas por los indios. Fué por consejo de fray Bartolomé, que temía, por los soldados, que se acabaran las provisiones. El era frugal en sus comidas: con un par de galletas, alguna fruta y el agua clara que da Dios, tenía alimento sobrado.

— Vendrán días de escasez — dijo a don Pedro de Alvarado —, y hay que estar prevenido. Mientras el hombre tiene pan, aguanta los reveses de la fortuna; cuando le falta que comer, se agota.

— He aquí una gran verdad que no osaría nadie discutir, padre — aprobó el capitán en son de broma.

— No lo tomes con malicia, hijo — insistió el religioso con su acostumbrada mansedumbre —. Las verdades más claras y conocidas son las más olvidadas por los hombres de poca precaución. Más de una vez les ha ocurrido a los capitanes que por olvidarse de que las guerras se hacen con el pan y las armas, no con las armas solamente, perdieron en un día lo que ganaron en un año.

— Así es, en efecto — aprobó don Pedro —, y como dicen que yo soy algo atolondrado y olvidadizo, mucho he de estimar que me recordéis siempre lo que convenga. Vuestra prudencia y buena memoria pueden acudir en mi auxilio, cosa que me place y me permite ir confiado.

Continuó la marcha sin tropiezo alguno. Hacían noche las tropas donde les cogían las puestas de sol, a veces en un poblado y a veces a campo raso, sin que les causara contrariedad dormir sobre la fresca hierba. Y al cabo de largas y fatigosas jornadas, llegaron a la entrada del istmo de Tehuantepec, lugar donde suponían fundadamente que iban a comenzar los obstáculos y peligros.

* * *

No sabían ni Pedro de Alvarado ni fray Bartolomé de Olmedo la tierra que pisaban al penetrar en Oaxaca. De haberlo sabido, es muy posible que se quedaran allí, sin ganas de pasar más adelante, porque ninguna otra tierra encontrarían más rica en mineral, ni más hermosa por su vegetación ni más amena por sus valles y montañas. No sabían los españoles que la mayor parte de los tesoros hallados en los palacios de Moctezuma eran de origen oaxaqueño, y que si el oro y la plata abundaban en las minas del centro del país, en sus costas había asimismo en gran cantidad conchas perlíferas y corales.

Es fácil imaginarse lo que haría un niño aficionado a los libros si le encerraran en una gran biblioteca. Sin orientación, sin disciplina escolar, sin los consejos discretos de un guía, revolvería volúmenes y volúmenes, leería sólo algunas páginas al azar y no obtendría ningún provecho hasta pasado mucho tiempo. ¿Cómo descubrir los libros más sabios o los más divertidos en medio de tantos armarios atestados de papel impreso? Podría acontecer muy bien que el niño cogiera casualmente el volumen más apropiado a su edad y a sus inclinaciones; pero, curioso

por ver otros muchos libros, lo abandonaría poco después de haberlo abierto.

En situación semejante se encontraban los exploradores del Nuevo Mundo. Tenían demasiada prisa por verlo todo. Las tierras abiertas a su curiosidad eran inmensas; los españoles no sabían detenerse en ninguna. Andaban errantes y atraíales el más allá con fuerza irresistible. Mientras no conocieran los confines de aquellas tierras maravillosas, habrían de correr siempre, agujoneados por los descubrimientos que iban haciendo; pasarían junto a la fortuna sin verla y nunca estarían plenamente satisfechos de su suerte.

La región de Oaxaca había sido ya visitada por españoles distintas veces, y la ciudad que lleva este nombre, fundada por los indios, la conquistó Diego de Ordaz, oficial de Hernán Cortés, dos años antes de haber emprendido Alvarado su expedición al istmo. Es la región oaxaqueña el núcleo orográfico más importante de las tierras de Anahuac. Los españoles expedicionarios mostrábase sorprendidos por sus grandes sierras, por sus profundos valles, por sus dilatadas llanuras, por sus lagunas y ríos, y sobre todo, por su vegetación exuberante, propia de todos los climas.

Allí estaba Sierra Madre como cerrando a Pedro de Alvarado el paso, atravesada de Oeste a Este. Ya se ha

dicho que las tropas de don Pedro venían por la costa del Pacífico, circunstancia que les permitió bordear las altas montañas, pues en las orillas de ambos mares el terreno es llano: la sierra, aunque muy escarpada, no alcanza a tener gigantescas simas hasta en las proximidades del Zempoaltepetl, la cumbre culminante, a la cual debía haber subido Alvarado para dominar desde allí los dos mares y los puntos más elevados de las tierras que llevaban descubiertas los españoles en el continente.

Fray Bartolomé de Olmedo, que hubo de procurarse, antes de salir de México, cuantos informes geográficos eran posibles en aquel tiempo y en aquellas circunstancias, sabía que el terreno del istmo, propiamente dicho, no era montañoso; por manera que si podían pasarse a él sin dejar la línea de la costa por donde avanzaban, las dificultades de la marcha no serían muchas.

Hasta para mayor comodidad, no se les presentó la obligación de vadear grandes ríos. Cuatro hay en Oaxaca muy importantes: el Coatzacoalcos, el Papaloapan, el Verde y el Tehuantepec; pero, debido a lo accidentado del terreno, estos ríos, de caudal imponente en algunos puntos, se dividen y fraccionan en riachuelos innumerables, hecho que contribuye no poco a la fertilidad de los valles y de los llanos costeros. Igualmente hallaron los expedicionarios un clima agradable, pues si bien los vera-

nos son bochornosos y temibles en el litoral del Pacífico y en Tehuantepec, fray Bartolomé tuvo la precaución de acometer la empresa en invierno, resultando así que se encontraron con un mes de enero templado como las primaveras de Europa.

Los españoles, sin internarse mucho, llegaron a recrearse con los bellos paisajes de la falda de los montes. No vieron los bosques de maderas preciosas — caoba, ébano y palo de rosa — que se escondían en el interior del país; pero contemplaron, entusiasmados, la abundante vegetación tropical de las riberas. Eran tierras aquellas hermosas y hospitalarias, donde el alimento se ofrecía al viajero naturalmente, como en un paraíso, y donde el agua corría abundante, llevando la vida a los campos y la dulzura al corazón de los hombres.

Todo había salido hasta entonces a pedir de boca. La empresa se iniciaba bajo los mejores auspicios, pues la fatiga de la marcha no rindió a los soldados, y, aparte algún indio de carga al cual se hubo de dejar en el camino por haberse puesto enfermo, los demás hombres iban todos rebosando salud y llenos de esperanzas.

Pasaron a Tehuantepec sin dificultad y encontraron propicios a sus habitantes, que les recibieron bien, como todos los indios con quienes se habían tropezado en anteriores poblados. En los pueblos grandes, se detenían los

españoles dos o tres días para descansar y aprovisionarse de víveres. Los indios no regateaban sus auxilios, más admirados que temerosos de aquel aparato de guerra con que se rodeaban los hombres blancos. Pedro de Alvarado, por ser el jefe, atraía especialmente su atención y era objeto de agasajos extraordinarios. Le presentaban los lenguas como el Tonatiuh (*Hijo del Sol*), nombre que le habían dado las gentes de México, y es la verdad que por su apuesta figura, su barba y sus cabellos rubios, su continente bizarro y sus armas resplandecientes, era para impresionar a los sencillos vecinos de Oaxaca y Tehuantepec, como si realmente encarnara la representación humana del rey de los astros.

A Pedro de Alvarado, que, como su consejero y padre espiritual fray Bartolomé, iba observando las costumbres de los naturales del país, le sorprendió agradablemente no encontrar señales de antropofagia y sí, en cambio, evidentes muestras de adelanto, dentro de lo que podía esperarse entre hombres primitivos, completamente ajenos a los progresos del Viejo Mundo. Hernán Cortés le había encargado que diera buen trato a los indios, procurando atraérselos a su amistad, para que les enseñaran el de Olmedo y un clérigo agregado a la expedición, la doctrina de Cristo. Pero al mismo tiempo también le recomendó el conquistador de México que no permitiera el caniba-

lismo y que castigara con mano dura los sacrificios humanos. En sus correrías por Tierra Firme, habían encontrado los españoles indios que se comían a sus hermanos, y hasta vieron cómo se engordaba a los esclavos en las cárceles y en unas grandes redes donde también les tenían prisioneros, para después devorarlos como si hubiesen sido bestias de carne exquisita.

Los indios de Oaxaca y Tehuantepec vivían todos de su rudimentaria agricultura y de la pesca los más próximos al mar. Pescaban con redes y labraban la tierra con instrumentos de madera y hueso fabricados por ellos mismos. Había también, como en México, muy buenos tejedores de algodón y sostenían comercio con los pueblos vecinos, sirviéndoles de moneda el cacao. Cultivaban con preferencia el maíz, el plátano, el algodón, el cacao y el maguey. De esta última planta, parecida a la pita de España, extraían el pulque, licor blanco y gelatinoso, que les servía para emborracharse.

Eran muy hábiles alfareros. Hacían con barro platos y vasijas muy finas, que pintaban después con colores vivos, capaces de resistir a la acción del tiempo. Vestíanse con mantas de algodón y sólo se ponían plumas para ir a la guerra.

Alvarado y sus acompañantes se instalaron en las casas de los indios, bastante espaciosas, hechas de adobes,

pero techadas con paja o hierba seca. Muebles no había. Observábase una gran sobriedad en los útiles domésticos: dormían los indios en el santo suelo, sobre sus petates, y se lavaban el cuerpo en el mar o en la clara linfa de los ríos.

Estaban ya los españoles muy avezados a estas costumbres, que eran las mismas, con sólo diferencias de matiz, de todas las tierras por donde se extendió el dominio del emperador Moctezuma. De modo que todo les parecía bien, hasta la cocina indígena, que, como es de suponer, no llamaba la atención ni abría el apetito por sus exquisiteces. Pero como los españoles tenían buen diente y la marcha aviva el hambre, nunca dejaron de hacer honor a las cocineras indias y hasta bebían pulque, dicho se está que observando en ello la debida moderación y sin caer nunca en los excesos que hacen perder la cabeza.

Y los indios parecían muy satisfechos de poder obsequiar a los magníficos viajeros, revestidos de brillantes corazas, que se decían enviados del príncipe más poderoso del mundo para revelar a las gentes del país cosas maravillosas que jamás habían visto ni en sueños.

Lo bueno, sin embargo, dura poco.

A medida que iban los españoles avanzando, vieron a los indios ponerse taciturnos y acabó por apagarse completamente la sonrisa afable con que solían acoger a los forasteros. ¿A qué podía obedecer el cambio? En Tehuantepec y Soconusco, pueblos grandes, Pedro de Alvarado había sido agasajado como verdadero *Hijo del Sol*. Los naturales del país escucharon con atención las explicaciones de los lenguas y entregaron al capitán de la hueste ricos presentes de oro como testimonio de adhesión a Hernán Cortés, vencedor de los aztecas. Dijeron no tener inconveniente alguno en reconocer la soberanía del príncipe que gobernaba a los hombres blancos desde España y aceptaron sin discutirla la doctrina que, rudimentariamente, les predicaban fray Bartolomé de Olmedo y su ayudante el clérigo.

Pero, hallándose camino de Zapotitlán, y al disponerse a pasar un río de considerable anchura, sobre el cual había, de orilla a orilla, grandes troncos de árboles tendidos a modo de puente, presentáronse de improviso algunos miles de indios tocados con penachos de plumas y armados con lanzas y flechas.

Vino corriendo un soldado de la vanguardia para advertir al capitán que estaban apostados en la orilla opuesta algunos escuadrones de guerreros, y Alvarado, adelan-

tando su caballo, fué a cerciorarse por sí mismo de la actitud hostil de aquella gente.

— Esos quieren guerra — dijo, al ver a los indios y al silbar cerca de su cabeza dos saetas disparadas desde unos espesos bejucales —. Que nadie avance un paso más hasta que se haya parlamentado con los capitanes enemigos.

Dió a continuación las oportunas órdenes para que se dividiera la hueste en tres secciones que mandarían, respectivamente, él, Portocarrero y su hermano Jorge. A retaguardia quedaría, custodiando a los indios de carga, Juan de Vázquez, con un pelotón de soldados veteranos. También quedaron a retaguardia los dos religiosos que formaban en la expedición. Alvarado, que hubo de reservarse para sí los jinetes, ocupó el centro del ataque.

En la maniobra no gastaron los españoles sino escasos minutos. El terreno era una quebrada peligrosa y no había otro modo de pasar el río más que vadeándolo, porque el puente, demasiado estrecho, sólo hubiera servido para ofrecer un blanco seguro a los flecheros del otro lado.

Caía la tarde y era de urgente necesidad despejar la situación sin pérdida de tiempo. Los indios, amparados en la espesura de los montes vecinos, podían tirar a mansalva y mantenerse en sus posiciones varios días.

Los lenguas enviados a parlamentar tuvieron que re-

troceder ante la rociada de flechas que les cayó encima. Uno volvió herido. Por dos veces más intentó Alvarado resolver el conflicto por medio de la persuasión, y como le mataran un indio tlaxcalteca la tercera vez, se agotó su escasa paciencia. Lanzó su caballo a través de la corriente y tras él se fueron los demás jinetes, desnudas las espadas. Dispararon los escopeteros que mandaba Portocarrero y se vieron rodar por un talud hasta una docena de indios enemigos, alcanzados por el plomo.

— ¡Cierra España! — gritaba el jefe de los castellanos, saltando a la orilla opuesta y cayendo sobre la turba de salvajes que pretendían derribarle de la silla.

El choque fué terrible. Todos los caballistas habían seguido a su capitán y macheteaban a los indios sin conseguir alejarlos. Algunos, heridos de muerte, caían en el río, y la corriente les arrastraba en su agonía; otros eran atropellados, pisoteados, machacados por los caballos, que imprimían la huella sangrienta de sus herraduras en los cuerpos desnudos de las víctimas.

Se peleaba entre gritos y en medio de una confusión espantosa; pero lentamente, muy lentamente, Alvarado y sus jinetes iban ganando terreno y podían evolucionar con más desembarazo. Los soldados mandados por Jorge, pudieron, dando un rodeo, tomar por asalto una altura desde donde el enemigo arrojaba una lluvia de piedras,

grandes como balas de cañón, mientras Portocarrero y sus arcabuceros ametrallaban a los indígenas desde un lugar relativamente ventajoso.

Al fin, pareció que el enemigo cedía en su furia; mas, al poco rato, cuando ya se iniciaba la desbandada, reaccionó y atacó de nuevo con ímpetu formidable.

Ya más de la mitad de los españoles habían pasado el río; pero quedaban a la otra orilla los indios de carga, que a su vez se vieron atacados por los guerreros de Zapotitlán. Se corría el riesgo de perder la provisión de pólvora y de pan cazabe. Juan de Vázquez, con sus veteranos, defendió la carga bravamente, y Usagre el artillero, al frente de los tlaxcaltecas, indios adictos, hubo de realizar una brillante serie de contraataques que contribuyeron no poco a vencer la obstinación de los contrarios.

También desempeñó importante papel en este trance difícil el carpintero Treviño, quien rompió algunos cráneos a martillazos y pasó luego el río llevando en hombros al fraile mercedario fray Bartolomé de Olmedo.

Después de un tercer ataque de los naturales del país y cuando era ya noche cerrada, lograron los españoles hacerse dueños de la situación y huyeron los guerreros indios dejando muchos muertos en ambas riberas.

Fueron bastantes los soldados de Alvarado que sacaron graves heridas de la refriega. Murieron algunos indios

tlaxcaltecas y mexicanos y hubo que rematar a un caballo por ser imposible su curación.

Encendieron los españoles grandes hogueras y dedicaron la noche a curar a los maltrechos. No se quejaban, no obstante, de su suerte, porque ya tenían previsto que iban a encontrar resistencia en muchas partes.

Al día siguiente, los indios de Zapotitlán enviaron mensajeros de paz, con presentes de oro, frutas y flores para el capitán de la hueste cristiana.

No querían más guerra.

VI

Los primeros choques

Se habían detenido los españoles en uno de los poblados más próximos al lugar donde salieron a cerrarles el paso los guerreros indios. Era el llamado Zapotitlán y tenía casas suficientes y relativamente cómodas. Pedro de Alvarado entendió que no debía seguir adelante sin procurarse informes que sin duda le darían los prisioneros y los enviados por los pueblos comarcanos en demanda de paz.

Se discutió el asunto de sobremesa entre el jefe de la expedición, el fraile mercedario y los oficiales, una tarde lluviosa que invitaba a estarse bajo techado. Los hombres de tropa entendidos en el arte culinario habían preparado a sus capitanes un verdadero banquete. Había en el lugar excelente caza y pan tierno. Los españoles comieron aquel día muy bien.

Sentados en torno de una mesa, improvisada por Treviño con pilares de piedra y grandes losas, que se cubrieron con una manta de las que tejían los indios, pues no se

disponía de más finos manteles, don Pedro, sus hermanos, fray Bartolomé, Vázquez, Portocarrero y Astete, después de haberse dado un buen yantar, maduraban el plan de su empresa, confrontando antecedentes con los datos adquiridos sobre la marcha.

La estancia escogida para comedor era una vasta sala donde habrían cabido holgadamente más de cincuenta personas. Sin duda para hacer honor a los extranjeros, los indios habían recubierto las paredes con lienzos de colores muy vivos, con los cuales se daba a la sala una cierta apariencia de lujo. Las sillas eran troncos de árboles preparados por Treviño, y sobre ellos había otras mantas de matices brillantes. Es de advertir, pues viene de paso, que las gentes del país extraían aquellas colorainas del jiquilite y la cochinilla, por manera que eran tan hábiles tintoreros como excelentes tejedores.

De pie, arrimados a la pared y custodiados por cuatro españoles que empuñaban sendas lanzas, había dos prisioneros a quienes el lengua iba interrogando bajo la dirección de Alvarado. Con frecuencia se dejaba el interrogatorio para pasar a la discusión y al estudio de los informes que se iban recogiendo.

Uno de los prisioneros dijo:

— Yo soy quiché y pertenezco al ejército de Tecum-Umán, que es el más valiente caudillo del país. Estába-

mos en guerra con nuestros vecinos los cakchiqueles, y éstos fueron quienes pidieron socorro a vuestro Hernán Cortés, el gran *teule* (hombre blanco) que venció a los poderosos aztecas. Nosotros defendíamos nuestra libertad, al cerrar el paso, porque sabemos que allí donde se afirma vuestra planta os quedáis por señores y dueños.

El lengua tradujo fielmente estas palabras.

— Bien está — dijo Alvarado —; pero también debéis saber que nosotros no perdemos jamás una batalla. Ya lo iréis comprobando con la experiencia. ¿Os han dicho que nuestro emperador Carlos V aventaja a todos los demás príncipes por su poder y grandeza?

El prisionero, después que le fueron traducidas las palabras del capitán castellano, permaneció silencioso y cabizbajo.

— Observa, hijo mío, que hay alguien todavía más poderoso que el emperador don Carlos — hubo de advertir fray Bartolomé de Olmedo, llevado de su piedad —, y ese gran Señor que reina en la tierra y en el cielo es el Dios de los cristianos. Nada perderéis con nuestro trato y amistad, porque podemos enseñaros las verdades eternas cuyo conocimiento hacen al hombre bueno y le permiten aspirar a una vida mejor que la que hallamos en este valle de lágrimas. No veáis en nosotros solamente a los guerreros que se acompañan siempre de la victoria. Sali-

mos victoriosos de los combates porque somos cristianos; Dios nos ayuda. También os ayudará a vosotros si aprendéis y practicáis su doctrina, que es la única verdadera y santa.

— Dejemos para luego las exhortaciones, reverendo padre — interrumpió Alvarado —, y pongamos en claro eso de los quichés y los cakchiqueles. Creo entender que se trata de dos tribus enemigas.

— Bien claro lo ha dicho el prisionero — hizo advertir Juan de Vázquez, que no perdía ni una letra de la conversación.

Jorge de Alvarado manifestó que, según sus noticias, además de los cakchiqueles y quichés, había otras razas indias organizadas como naciones, las cuales tenían todas su reyezuelo. Sobre este punto fueron interrogados los cautivos.

— Sí, hay distintos reinos — declaró el prisionero que hasta entonces había permanecido silencioso —; pero los quichés formamos el pueblo más fuerte y más rico, y por esto podemos mandar sobre los demás pueblos. Los cakchiqueles, los zutuhiles, los pipiles, los rabinales y otros reinos están sometidos a nuestro príncipe Oxib-Queh, quien les cobra tributo. A veces se rebelan y nos dan guerra, pero siempre resultan vencedoras nuestras armas.

— Esto es lo mismo que ocurría en México en vida

de Moctezuma — recordó Portocarrero —. Pero Guatemala no es país tan extenso como el que señoreaban los aztecas, y nos será fácil someterlo.

Tras de largas y minuciosas preguntas hechas a los prisioneros, vino a sacarse en limpio que los quichés dominaban un territorio comprendido entre la costa del Pacífico y las tierras altas del centro, en una extensión aproximada de 200 leguas. Esto según los cálculos de fray Bartolomé de Olmedo, que era el español que más entendía de matemáticas.

No se averiguaron entonces, porque los españoles no podían entretenerse en la rebusca de antecedentes raciales ni estaban preparados para ello, pero el autor de esta narración puede intercalar aquí algunos datos que interesa conozcan los lectores. Los quichés descendían de los mayas, primeros pobladores de Guatemala, que después se mezclaron con las tribus nahuas. Sobrevinieron varias invasiones, pero la raza quiché se conservó como la más pura y logró dominar a sus vecinas. Como quiera que los reyes quichés que se fueron sucediendo, antes de la llegada de los españoles, repartían sus dominios entre sus hijos, sucedió a veces que se hicieron la guerra dos príncipes hermanos, como también acontecía en el Viejo Mundo. Los reinos que durante siglos sostuvieron más sangrientas batallas contra los quichés fueron los zutuhiles y los cakchi-

queles. Las otras tribus, menos prolíficas y también menos guerreras, no alcanzaron nunca a tener igual preponderancia.

Algo de todo esto dedujo Alvarado de las declaraciones de los cautivos. Sabía lo principal, o sea la existencia de diferentes razas enemigas, y pensó desde luego servirse para su provecho de aquellas disensiones y rivalidades entre los reyezuelos guatemaltecos. Discípulo de Hernán Cortés, no podía olvidar la política que dió al conquistador de México maravillosos resultados.

Forzados los cautivos a seguir declarando, dijeron que las diferencias entre cakchiqueles y quichés continuaban y que los príncipes respectivos de estos dos reinos, Sinacán y Oxib-Queh, eran enemigos mortales.

* * *

La conversación había durado algunas horas; los españoles empezaban a sentirse fatigados. Mandó don Pedro que se retiraran los prisioneros y comenzó él a pasearse por la sala, adoptando la actitud del hombre que reflexiona. Los oficiales, también de pie, formaron un grupo aparte. Sólo el frailecico permaneció sentado, colgándole las piernas, sobre su tronco de árbol.

— Por lo que han dicho los cautivos y por lo que han averiguado nuestros soldados recorriendo los poblados, sabemos que la raza quiché será nuestra peor enemiga — resumió Alvarado, en voz alta, sin dejar de pasearse —. Su capital es Uatlán, plaza fuerte y ciudad grande, que me propongo conquistar con la ayuda de Dios. En seguida que se ponga el tiempo bueno, saldremos a buscar ese príncipe Oxib-Queh, que habrá de someterse a nuestros pendones o perderá la vida.

— Dicen que tiene en armas a más de doscientos mil soldados — manifestó uno de los hermanos del caudillo.

— Aunque tuviera el doble, no iba yo a desistir de atacarle — protestó don Pedro con energía —. Nunca tengo en cuenta el número de los enemigos para entrar en batalla. Atacaría a Oxib-Queh aunque sus soldados fueran un millón.

No había acabado de pronunciar estas palabras, cuando se oyeron voces de alarma, seguidas de un gran estrépito, como el producido por un combate.

— ¡Traición! ¡Traición! — gritaban los soldados, fuera de la casa, y continuó el ruido característico de una lucha en la cual interviene mucha gente.

— ¡Rayos del cielo! — rugió Juan de Vázquez —. ¡Mucho será que no hayan dado muerte a los centinelas!

Y desnudando la tizona, salió disparado y seguido por los otros oficiales, que llevaban también las espadas desnudas.

Alvarado se mantuvo imperturbable.

— Es una emboscada — dijo —; pero bastará muy poco tiempo para alejar a los indios. De todos modos me propongo ahorcar a una docena para que vayan escarmentando los caciques.

— No extremes el rigor, hijo, que Dios castiga a los crueles. Los pobres indios defienden la libertad de su patria.

— Pero nosotros hemos venido para someterles — porfió el capitán, ante la reprobación que dirigía el fraile contra su terrible propósito.

Y salió a ver qué sucedía en la calle, mientras el fray Bartolomé, descendiendo de su incómodo asiento, hincaba las rodillas en el suelo y pedía a Dios misericordia.

Al hallarse don Pedro a cielo descubierto, dirigió los ojos hacia el lugar donde supuso que estarían batiéndose sus hombres. No vió nada, porque le cegaban la lluvia y el viento. Guiado por el ruido y la chillería de los combatientes, avanzó unos cincuenta pasos, hasta que vino a su encuentro Portocarrero, el cual no podía sostenerse en pie, dijo que a causa de un hachazo en la rodilla.

— ¿Son muchos? — preguntó Alvarado.

— Algunos miles, ¡que el infierno se trague! — contestó el oficial —. Me han dado aquí un golpe tan fuerte que no puedo moverme. ¡Mal nublado!... A ver, hacedme el favor de sostenerme un instante: voy a ver si sujetándome un pañuelo en la rodilla, me duele menos... ¡Mala tempestad!...

El capitán de la hueste española dejó a Portocarrero sentado en el suelo y echó a correr hacia el punto donde se daba la batalla. Por fortuna, los indios no habían podido rodear el pueblo; luchaban amontonados frente a la entrada del caserío, como si fuera su intento forzarla en forma de cuña. Había, sin embargo, una verdadera nube de salvajes.

Los españoles hacían esfuerzos desesperados por contener a la multitud de enemigos. Estos se dejaban matar con valor estoico. Miguel de Astete, Juan de Vázquez y los cuatro hermanos de Alvarado formaban en la vanguardia de los defensores del pueblo y peleaban con la fiereza de verdaderos leones, pero veíanse forzados a retroceder poco a poco bajo la presión de aquella enorme masa de soldados que se les venía encima.

— ¡Los caballos! ¡Dónde están los caballos! — gritó don Pedro.

Momentos después, cabalgaba en su alazán, y seguido de otros veinte jinetes, tomó un flanco de su tropa e ini-

ció un movimiento envolvente para coger al enemigo por la espalda.

La lluvia seguía cayendo a raudales, lanzada por ráfagas violentas contra ambos ejércitos. Los españoles se batían sirviéndose únicamente de las espadas, pues era la situación muy apremiante para acudir a los arcabuces y ballestas, de muy lenta preparación. Algunos, por haberseles roto el acero, servíanse de las hachas de piedra y de las jabalinas de los indios que caían muertos; Treviño, el peludo calafate, según era su costumbre, empleaba el martillo, y Usagre el artillero, iba enristrando enemigos con una lanza que parecía el palo mayor de un navío: era la lanza que correspondía a la descomunal estatura del alanceador.

Cuando Pedro de Alvarado y sus jinetes, merced a una carrera loca de los bravos corceles, lograron situarse a la espalda del ejército indio, su eficacia se dejó sentir en seguida. Sorprendido por aquel ataque inesperado a retaguardia y espantados de la fiereza de los caballos, los quichés cedieron terreno y comenzaron a deshacer el bloque formidable que hasta entonces habían formado.

¡Terrible momento para ellos! Los españoles no perdían ocasión de ensañarse con su adversario, apenas éste daba las primeras muestras de ser presa del pánico. Cuando se vió vacilar a los indios, desconcertados por la car-

ga de la caballería, redoblaron su furia los cristianos y se cansaron de hendir cabezas y de tirar estocadas mortales. De no haber ya en el suelo más de mil quichés, entre muertos y heridos, hecho que impedía a los hombres blancos moverse con holgura, habría continuado implacable la matanza, bajo una lluvia torrencial que encenegaba el campo de batalla y hacía resbalar a los soldados. Los muertos y los agonizantes eran pisoteados, enterrados en el fodo, que les penetraba por el boquete de las heridas hasta las entrañas.

Al fin los indios huyeron a la desbandada, siendo un buen trecho perseguidos por Alvarado y sus jinetes, hasta que, dándose cuenta estos últimos de que sus caballos se hundían en el barrizal, creyeron prudente volverse al pueblo. Cerraba ya la noche cuando entraron en Zapotitlán, donde había tantos cadáveres que bien pudo compararse a un cementerio.

* * *

Otra vez se reunieron los jefes de la expedición en la misma sala donde habían comido aquel mediodía opíparamente y donde interrogaron a los prisioneros y trazaron planes para el futuro. A no ser porque el aspecto de

los hombres era muy distinto al que tenían tres horas antes, hubiérase dicho que nada había ocurrido de anormal. Y sin embargo, a pocos pasos de allí, acababan de morir o se estaban muriendo algunos centenares de hermanos en el amor de Dios.

Así hubo de advertirlo fray Bartolomé, quien solía adoptar en estos casos una actitud desolada.

— Mañana diréis vos una misa por el alma de todos los quichés que acaban de hacer su último viaje — dijo Pedro de Alvarado —. Son herejes y deben haber muerto en pecado mortal. Creo que a pesar de vuestra misa, amigo mío, hará el diablo una buena cosecha. ¡Que en el infierno me esperen los quichés por muchos años!

— ¡Lástima ha sido que no los matarais a todos! — exclamó Portocarrero, llevándose ambas manos a su maltrecha rodilla —. ¡Quiera Dios que no me hayan dejado cojo los malditos!

No era el galán Portocarrero el único oficial contusionado. Dos hermanos del jefe, don Gómez y don Enrique, renqueaban también. Miguel de Astete llevaba una mano magullada metida en el pecho, por una abertura del jubón, y Juan de Vázquez descalabrado, se había atado un lienzo amarillo en la cabeza y parecía un turco. Todos estaban sucios de lodo y de sangre y se revelaba la fatiga en la palidez de sus rostros.

Alvarado pidió agua a sus escuderos para lavarse las manos y la cara. Después que se hubo refrescado y aseado, para lo cual necesitó que le trajeran varias jofainas rebosantes, volvió a resplandecer la expresión juvenil y simpática de sus ojos y de su sonrisa.

— Mañana emprenderemos la marcha sobre Quezaltenango — dijo —. No debemos permitir que el enemigo descanse y se reponga. ¿Tenemos nosotros muchos heridos?

— Más de cincuenta cristianos — contó Portocarrero —, y lo menos cien indios de Tlaxcala y México. Veinticinco o treinta quedaron tendidos para no levantarse ya más y otros muchos no podrán seguirnos porque han recibido grave daño.

— ¿Los españoles heridos podrán andar? — interrogó de nuevo Alvarado.

— Pienso que todos o casi todos.

— Pues recomiendo que pongan la ropa a secar junto al fuego y que descansen — continuó el capitán —. Hay que tener a todos los hombres preparados. Han comenzado las jornadas duras y debe sacarse el pecho al peligro. Si alguno de los soldados blancos no pudiera seguirnos, le dejaríamos aquí con una escolta. ¡Seguro estoy, vive Dios, de que no querrá quedarse ninguno!

Y luego, dirigiéndose a los oficiales, añadió:

— Id también vosotros a descansar. La lluvia ha cesado y me dice el corazón que mañana tendremos buen tiempo. Pero aunque cayesen rayos, iríamos a Quezaltenango.

Pedro de Alvarado cenó aquella noche frugalmente, en compañía de fray Bartolomé, y antes de acostarse quiso dar una vuelta por el pueblo para ver cómo estaba su tropa.

La noche era muy húmeda. El capitán se envolvió en su capa, calado el capuz. En el pueblo reinaba profundo silencio. Había encendidas algunas hogueras cerca de las cuales estaban tendidas prendas de vestir, puestas a secar: capotes, jubones, calzas, medias y camisas. Aparecían sostenidas por las picas y lanzas, colocadas éstas en forma de trípodés, que se comunicaban por otras lanzas en posición horizontal.

La tropa se había refugiado en las viviendas de los indios y eran escasos los soldados que rondaban en torno de las hogueras, vigilando el improvisado y vasto tendadero.

No invitaban las circunstancias al paseo nocturno. Además de ser el tiempo desapacible, no se habían borrado las huellas del combate, por manera que no hubieran encontrado los ojos en qué recrearse. Por doquiera se veían cadáveres y más cadáveres, caídos unos de bruces,

otros boca arriba y todos manteniendo las posiciones violentas y absurdas del momento terrible en que escapó la vida de aquellos cuerpos yertos.

Alvarado vió un par de soldados españoles que, iluminándose con una linterna, iban buscando brazaletes y arracadas de oro, adornos que solían ostentar los guerreros indios. La codicia era en aquellos dos hombres más fuerte que la repugnancia: removían ávidamente, minuciosamente, los despojos humanos que el barro había medio enterrado.

El capitán habló unos instantes con el jefe de una ronda que se le cruzó en el camino, y cuando ya iba a retirarse a su refugio, le llamó la atención un bulto sospechoso que se deslizaba sigilosamente por la sombra de los paredones.

— Un indio espía no es — se dijo don Pedro —. Más bien parece un castellano. ¿Adónde irá con tanta cautela?

Decidió seguirle, recatándose él también para no ser visto por el que iba delante, que continuó andando con toda precaución hasta llegar a una casa solitaria, la más distanciada de las otras.

El hombre sospechoso tenía buena planta y marchaba metido en su capuz, como Alvarado; parecía cojear un poco de la pierna izquierda.

— ¡Español es, vive Cristo! — pensó el capitán —.
¡Hola! — gritó luego —. ¿Quién va?

El desconocido se volvió rápidamente.

— ¿Y a mí quién me importuna? — dijo con evidente mal humor.

— ¡Esperad! — ordenó Alvarado aproximándose y a tiempo que se levantaba el embozo.

— ¡Capitán! — exclamó el otro —. ¡Os suponía acostado!

— Como yo a vos — dijo don Pedro —. ¿Qué demonios venís a buscar aquí a estas horas y estando herido?

Portocarrero, que tal era el hombre descubierto en sus correrías de noctámbulo, permaneció silencioso.

— ¡Por Dios y por los santos decidme qué buscáis! — insistió el capitán con voz de mando.

— Venid — dijo Portocarrero, cogiendo a don Pedro por un brazo. Y sin añadir palabra, condujo a su jefe a la entrada de la casa solitaria. No había puerta, sino una manta colgada a modo de cortina. Apartó Portocarrero la cortina discretamente por un lado y miró al interior.

— Mirad vos ahora, y comprenderéis — dijo luego al capitán.

Este vió una breve estancia iluminada por la llama del

hogar y una india sentada junto al fuego, en actitud pensativa. Era una morena hermosa, de largas trenzas negras como el ébano. Y debía estar soñando con un fantástico novio español que viniera a buscarla.

Alvarado dejó caer la cortina, y sin decir nada a Portocarrero, que le miraba anhelante, se alejó de allí con paso rápido al propio tiempo que hacía grandes esfuerzos por contener la risa.

VII

Camino de sangre

La marcha sobre Quezaltenango hubo de hacerse por terreno muy agrio y difícil. Sabía Alvarado por los guías las dificultades que se presentarían si marchaban por la sierra; prefirió, sin embargo, este camino, que era el más corto.

A media mañana, partieron todos los españoles de Zapotitlán, llevando de vanguardia a la caballería; pero pronto cambió el parecer del jefe ante las frecuentes quebradas y cuestas pedregosas que les salían al paso. Los caballos más bien resultaban un estorbo que un auxilio; resbalaban a cada momento y se resistían a seguir adelante cuando había que meterlos por la espesa arboleda o era el camino demasiado pendiente. Tuvieron que desmontarse los jinetes y llevar ellos mismos de la brida a las cabalgaduras.

Entonces dispuso Alvarado que ocuparan el frente los ballesteros y piqueros, seguidos del fardaje y quedando en último lugar los corceles. Pero como no era él hombre

para ir detrás de todos, confió su caballo a los escuderos y se juntó a la vanguardia.

Por momentos se hacía la marcha más penosa entre las xaguas y cacahuatales de las laderas y los barrancos que cortaban bruscamente el camino. La tropa tenía que dar grandes rodeos, para bordear un abismo o para escalar una altura. Afortunadamente había mejorado el tiempo y brillaba espléndido el sol sobre un cielo intensamente azul y limpio de nubes. El terreno, por efecto de las recientes lluvias, era resbaladizo, y en el fondo de los barrancos rugían pavorosas las torrenteras.

Obra de unas dos leguas de Zapotitlán fueron encontrados tres indios que tenían todas las trazas de espías. Les interrogaron los lenguas y no supieron contestar todo lo concretamente que convenía a su propia seguridad. Dijeron no estar enterados de los choques sangrientos que habían tenido los españoles con los indios, cosa increíble, y explicaron su presencia en aquellos parajes diciendo que habían salido de su pueblo a buscar miel.

Alvarado no quiso ser riguroso. Regaló a los indios unos collarines de vidrio y les invitó a que fueran a decirles a los caciques de la comarca que él iba de paz, como representante del rey de España, y que nada perderían los hijos del país con hacerse amigos de los castellanos.

Otros mensajes innumerables del mismo tenor había enviado don Pedro desde su entrada en aquel territorio sin que hasta el presente dieran el resultado apetecido.

Los indios se fueron, al parecer contentos por el regalo; pero, media legua más adelante, encontraron los españoles los cadáveres de una mujer y un perro puestos como de propósito sobre una roca y en lugar muy visible.

Era una mala señal. La mujer y el perro habían sido sacrificados cruelmente, y, según explicaron los indios mexicanos, aquel salvaje sacrificio significaba un desafío lanzado a los españoles por los caciques guatemaltecos.

Alvarado reflexionó. Había que subir a un puerto muy alto y abundaban por allí los ríos de peña tajada, que se pasan con dificultad, sobre todo llevando caballos y fardaje. Además, se venía encima la noche. Creyó el jefe de la expedición que sería lo prudente esperar allí a que amaneciera el nuevo día, dejando una buena guardia al acecho en previsión de una sorpresa.

Asentóse, pues, el campamento y se descansó de aquella primera jornada. No fué interrumpido el sueño de los fatigados exploradores, y al día siguiente continuaron la marcha peñas arriba hasta tropezar con un castillejo hecho con grandes troncos de árboles, defensa muy usada por los indios. Pero éstos habían abandonado el fuerte, que no tenía ni un solo defensor.

No era menos de legua y media la distancia que fué necesario recorrer para alcanzar el puerto, y sorprendió a los exploradores que no hubiese aprovechado el enemigo la difícil subida para batirles. Ni Alvarado ni el fraile su consejero, podían tener gran confianza en los efectos del mensaje de paz confiado a los tres indios que hallaron un trecho más abajo. Iban, pues, recelosos y, además, sedientos, cuando, de improviso, al pasar una barrancada, echáronse sobre ellos tres o cuatro mil hombres que parecían como brotados de la tierra.

¡Milagro fué que no acabaran allí todos los cristianos de la hueste, pues los quichés habían sabido escoger el momento más oportuno para atacarles! Estaban ya bajando por el lado opuesto de la sierra. Los indios esperaban agazapados entre los brezos; cada arbusto era un nidal de soldados en acecho. Emplear los caballos para desbandarles en una impetuosa carga, hubiera sido locura intentarlo; pues caballos y caballeros, a consecuencia del pronunciado declive, podían rodar montaña abajo hasta Dios sabe dónde.

No hubo más remedio que sostener el ataque a pie firme y formando un largo frente para proteger los caballos y el fardaje. Se emplearon de preferencia las espadas, embrazando cada soldado su rodela para cubrirse de los golpes del contrario. El capitán y sus oficiales se multi-

plicaban, acudiendo a los sitios de más peligro y el fraile mercedario excitaba el ímpetu de todos con sus invocaciones a la Providencia divina.

También pelearon con valor indómito los indios mexicanos y tlaxcaltecas que iban de refuerzo. Pero éstos usaban sus armas y sus métodos primitivos, resintiéndose por ello más pronto de la acometida del enemigo, que les igualaba en armamento y modo de batirse. Así podía ocurrir con frecuencia que murieran muchos indios auxiliares sin haber caído ni un solo español, con todo y ocupar siempre los españoles la vanguardia.

* * *

La insistencia, la fiera tenacidad de los atacantes pareció, finalmente, que cedía un poco. Alvarado ordenó entonces a los suyos que empujaran más fuerte. Y en efecto, habiéndose redoblado el ahinco combativo de los cristianos, que dispararon en este momento los arcabuces, los indios fueron retrocediendo y espaciando sus filas hasta acabar por declararse en franca huida.

— ¡Alabado sea Dios! — exclamó fray Bartolomé de Olmedo, al propio tiempo que elevaba los brazos al cielo en ademán piadoso,

— ¡No se precipite tanto su reverencia! — dijo Miguel de Astete, que estaba a su lado y observaba el camino por donde huía el enemigo —. Esto no ha sido más que una escaramuza o el primer aguacero de la gran tempestad que se avecina. Allá en el llano, veo a muchos hombres con plumas en la cabeza. O yo no sé contar o pasan de dos xiquipiles.

Los indios quichés llamaban *xiquipil* al ejército formado por ocho mil guerreros.

Se avisó en seguida al capitán de la hueste cristiana, quien, por su parte, también había hecho el mismo pavoroso descubrimiento.

— ¡Menos mal si nos esperan en el llano! — dijo —. Allí podrían correr y revolverse los caballos, que tanto miedo dan a esa gente; pero, antes que bajar nosotros, tenemos que buscar agua: a todos nos abrasa la sed.

— ¡Que se busque una fuente! ¡Que se busque una fuente! — gritaron los más impacientes o los más atormentados por la necesidad.

Después de la caminata peñas arriba, seguida de un combate desesperado, los españoles no podían ya pasarse sin agua. Era asimismo indispensable abreviar a los caballos.

Se pusieron a buscar la fuente los indios concedores del terreno, y quiso la buena fortuna de Alvarado que la

encontraran pronto en un vasto y ameno valle, al cual bajaron todos los expedicionarios con la ansiedad del que espera librarse de un tormento. Pero estaban en sus glorias, saciando su sed hombres y brutos, cuando se repitió el ataque de los quichés, ahora más numerosos y porfiados que nunca.

— ¡Que monten todos los caballeros! — ordenó el capitán, poniendo él el primero pie en el estribo —. Vamos a pasarles corriendo, lanza en ristre. No se puede hacer más que atropellar y alancear, porque son muchos. Vamos a pasarles en veloz carrera, a ver si se dividen; y si no bastara, que emplee Usagre los cañones.

Con admirable concierto se organizaron los infantes para resistir el choque, mientras los caballeros, formando un solo grupo arrollador, delante del cual iba muy avanzado el capitán, se lanzó como una tromba contra la muralla ululante que oponían los indios.

Y la pasaron. Las lanzas se clavaron cien, doscientas, mil veces en la carne palpitante de aquella multitud enardecida; los caballos saltaban y se revolían como demonios sobre los indios desconcertados, y los caballeros, con sus férreas armaduras, eran insensibles a los golpes y jabalinas que les tiraba el enemigo, que si retrocedía unos pasos, reaccionaba un instante después y echaba a correr tras los caballos, hiriéndoles en la grupa.

La carga se repitió, en dirección contraria, en tanto los peones se abrían paso a cuchilladas y los ballesteros no daban paz a los arcos. Pero los indios venían ahora decididos a vencer o morir, y por más esfuerzos que hacían los españoles no lograban quitárselos de encima. Entre redobles de tambor y rugidos de trompas guerreras, los ataques y contraataques iban sucediéndose sin tregua, ya flojos, ya tenaces, ora por un lado, ora de frente, pero incesantes, con traza de prolongarse por mucho tiempo.

Sonó un terrible estampido: Usagre había disparado el primer falconete. Minutos después, se produjeron otras tres detonaciones formidables, que superaron el fragor de la batalla. Vinieron estos tiros de cañón muy oportunamente, porque Alvarado y sus jinetes estaban en difícil trance, por haberse enracimado los indios en los caballos, unos cogidos de las patas, otros de las crines del cuello y de la cola, con tal ahinco que los caballeros comenzaban a correr inminente riesgo de ser lanzados de la silla.

Por fortuna los cañonazos surtieron su efecto. Los indios se espantaron de las bocas de fuego tanto como al principio se habían espantado de los caballos. Usagre, visto el resultado satisfactorio de los primeros tiros, hizo cargar de nuevo los falconetes y continuó bombardeando.

Ya los jinetes volvían a moverse con desembarazo, logrando, a fuerza de encabritar los caballos, disolver la

nube de adversarios. Los hombres de a pié se batían con el arrojo y la destreza de siempre, haciendo estragos en las filas enemigas, y los arcabuceros tiraban a placer y sobre seguro.

Uno de los jefes quichés había sido atravesado de parte a parte por una lanza y cerca de dos mil guerreros empenachados yacían en el suelo, muertos unos y mal heridos otros. Sobre todo la muerte del cacique debió impresionar a los indios, que no tardaron en volver la espalda.

Alvarado no quiso perseguirles. Sus hombres estaban muy fatigados, y algunos no podían moverse a causa de los golpes recibidos. Tres caballos se hallaban asimismo en lamentable estado.

— Volvamos a las fuentes — dijo el capitán, haciéndose cargo de la situación —, y mañana será otro día.

— ¡Buen escarmiento llevan! — observó Portocarrero, que, por cierto, acababa de mostrarse como un gran batallador, peleando con admirable sangre fría.

— No echemos las campanas al vuelo — terció Juan de Vázquez, el oficial más experimentado —. Los indios volverán. Son muchos, y he visto cómo se batían sus jefes. Más valientes no los hay en las tierras de Anahuac.

Fray Bartolomé de Olmedo, que, mientras duró el combate, estuvo siempre animando a los soldados, prome-

tiéndoles la ayuda del Todopoderoso, hubo de opinar, como Alvarado, que se imponía una tregua, esto es: el descanso en las fuentes. También abundó en el parecer de Vázquez respecto a la tenacidad del enemigo. Esperaba que no terminarían aquí los choques sangrientos.

* * *

Sabían los españoles que entre todos los poblados indios del vasto territorio que se proponían someter, destacaban por su importancia Quezaltenango, Utlán y Guatemala. Si don Pedro de Alvarado se fijó con preferencia en la primera de estas tres ciudades, fué por considerarla la menos distante, de tal modo que no le separaba más de una legua a partir de las fuentes donde había establecido su real.

Bien informado por sus guías, excelentes auxiliares, y habiendo averiguado que Quezaltenango estaba desierto, por haber huído sus habitantes, no perdió Alvarado más tiempo en vacilaciones: trasladóse a dicho lugar con sus fuerzas y allí se aposentó cómodamente, pues encontraron casas suficientes para estar todos bajo techado.

El país, como ya se ha dicho, era montañoso y rico;

abundaban las tierras trabajadas, detalle digno de tenerse en cuenta para estimar el grado de adelanto alcanzado por los indígenas. Pero en Quezaltenango no habían dejado sus habitantes fugitivos cosa que pudiera aprovechar a los invasores, aparte las casas desnudas. Por otra parte, ya los españoles habían agotado o estaban a punto de agotar sus provisiones de boca. Heridos casi un tercio de los soldados, fatigados todos ellos y deseoso su capitán de hacer las paces con los señores de la comarca, pensaban los castellanos que estarían en Quezaltenango bastantes días si lograban encontrar en los alrededores de la ciudad el necesario sustento.

Sucedió, pues, que mientras se curaban los enfermos, iban los sanos rancheando por la comarca, cogiendo frutas y otras cosas de comer dondequiera las encontraban. Cuando los indios querían venderles los alimentos, los españoles los pagaban dando en cambio collares de vidrio y oropeles; mas si aquéllos se resistían a vender, no quedaba otro procedimiento que el de la violencia. La necesidad obliga a los hombres más ecuánimes (que, naturalmente, no deben ser buscados entre aventureros) a faltar a sus principios antes que perecer de inanición.

Tal vez irritaran a los indios aquellas correrías y pillajes impuestos por la necesidad o acaso los caciques no habían escarmentado lo suficiente con sus derrotas ante-

riores. El hecho es que los españoles, como ya habían previsto Juan de Vázquez y fray Bartolomé de Olmedo, viéronse nuevamente en peligro, a causa de otro vigoroso ataque preparado por los señores de Utlán.

Si éstos hubieran sido diestros y astutos en la preparación de sus ofensivas como se mostraban bravos en los combates, habría podido ocurrir muy bien que las hazañas de don Pedro de Alvarado y de sus valientes compañeros terminaran obscura y trágicamente entre los riscos, precipicios y montañas de aquel país, tan a propósito para resistir a más fuertes invasiones que la muy menguada de unos centenares de hombres blancos. Puede decirse, sin embargo, que la fuerza bruta, representada por una inmensa superioridad numérica, era en todo momento vencida por la inteligencia de los soldados de España.

Se les ocurrió a los cabecillas de Utlán concentrar sus huestes, que se acercaban a quince mil hombres, en un llano amplísimo, cuando mejor mil veces hubiera sido coronar los picos estratégicos y encerrar a los españoles en las fragosidades de la sierra, para allí acabarlas de un golpe. Por si esto lo pensaran los generales indios, Alvarado no les dió tiempo para intentarlo siquiera. Salió a buscarles al llano donde habían reunido su ejército, y allí les batió otra vez con sólo su gente de a caballo.

Estas extrañas derrotas de los salvajes se explican por

su desconocimiento absoluto del arte de hacer la guerra y por el pánico que los caballos, animales desconocidos en el país, sembraban en las filas de los indios.

Aquel día, Alvarado y sus jinetes, revestidos de hierro, se pasaron algunas horas alanceando a la turba enemiga, como habían hecho otras veces, pero en este caso con más ventaja y mejor resultado; porque, pensando los caciques sorprenderles, fueron ellos los sorprendidos y desbaratados. Perecieron en el combate algunos miles de soldados de Utlán, y muchos de sus capitanes fueron asimismo atravesados por las lanzas y espadas castellanas. Tan fácil les fué a los españoles la victoria que persiguieron al enemigo en un trecho de unas dos leguas y media, y como la gente que había quedado en Quezaltenango vió tan favorable la partida, salió también a matar indios, y hasta los mismos hijos del país, prisioneros de Alvarado, sin duda por halagar a su señor o por añejas rencillas comarcales, atacaron fieramente a sus compatriotas y se encarnizaron con los vencidos.

Con todo, la situación de los españoles no era agradable, porque, según iban adentrándose en aquella provincia y ganando nuevas batallas, más negro veían el porvenir. La hostilidad furiosa de los indígenas comenzaba a desesperarles. Les costaba cada día más penosos esfuerzos obtener lo necesario para subsistir. El clima era

también cruel: hacía un frío intenso. Y por último, apenas habían visto el oro, pues contadas veces les obsequiaron los habitantes de aquellas latitudes con preseas del rico metal amarillo.

Para la mayoría de los soldados y aventureros empleados en explorar y conquistar distintas regiones de Indias, lo más importante era alcanzar oro, o lo que es equivalente: hacer fortuna. Se entiende que los capitanes codiciaban al mismo tiempo la gloria y la estimación del emperador; pero la soldadesca, gente de estrechos horizontes espirituales en casi todos los tiempos, pero especialmente cuando se batía sólo por la esperanza del botín, no tenía más que un anhelo predominante: encontrar oro, adquirir riqueza. Los soldados no podían esperar que el emperador se fijara en ellos — ¡estaba tan distante Carlos V! — y les redimiera de su condición de villanos; pero se contentarían con volver a España cargados de oro o con adquirir tierras en Indias, a cambio de oro, para labrarlas con el esfuerzo de los indios esclavos.

Los caciques de Utlán enviaron, al fin, algunos presentes de oro y pidieron la paz. Alvarado se apresuró, por supuesto, a brindarles su amistad y a honrarles como convenía a señores de tan alto rango que contaban los siervos a miles. Pero el capitán castellano se guardó muy bien de conceder absoluto crédito a los caciques, que ya

distintas veces habían demostrado no hacer mucho honor a sus juramentos.

En efecto, los españoles fueron invitados a entrar en Utlán, que era la ciudad fuerte de la provincia. Alvarado aceptó la invitación y trasladó a Utlán sus fuerzas; mas iba recelando una emboscada, y sus sospechas crecieron sensiblemente al entrar en la ciudad y ver que allí no había mujeres, ni viejos ni gente menuda, sino casas vacías y silos también vacíos de grano.

Pensó el capitán español que los indios se habían llevado a sus familias porque no les placía convivir con extranjeros, y que para estar éstos solos, ya estaban bien en Quezaltenango. Además, Utlán, ciudad construída en lo alto de un cerro y rodeada de precipicios, le pareció algo así como una ratonera. No se podía entrar en ella nada más que por dos puertas, una mirando al Este y otra al Oeste. A la primera se llegaba por una escalinata de más de treinta escalones, todos muy altos, y a la segunda por un ancho viaducto construído con grandes bloques de piedra; pero el cual estaba cortado de tal modo que hacía imposible, por este lado, el acceso a la ciudad y la salida de la misma.

Se adivinaba pronto la intención de los caciques de Utlán. Querían encerrar a los españoles en el estrecho recinto de la ciudad, que era de calles angostas y retorci-

das, para después sitiarles por hambre o incendiar el caserío. De modo que Alvarado no paró en Utlán sino por muy breve tiempo, el necesario para comprobar que el viaducto estaba cortado y sin puente y que coronaban las alturas circundantes miles de indios armados hasta los dientes.

Los españoles habían ido a Utlán acompañados de los señores de aquel dominio, quienes pidieron licencia para retirarse apenas tuvieron aposentados a sus huéspedes. Alvarado les dejó marchar para que no sospecharan, pero se fué luego tras ellos con toda su gente de a caballo, les alcanzó en el llano y les prendió. Hacían los señores indios protestas de inocencia, juraban y volvían a jurar que su intención no fué malévola y que se sometían al rey de España; pero ninguno de los españoles les hizo caso. Los caballos se dejaron fuera de la ciudad, porque en el caso de ataque no habrían podido salir; se tendió un puente sobre la brecha abierta en el viaducto y se montaron cuantas guardias fueron necesarias para que Alvarado y sus hombres pudieran dormir tranquilos.

— A Dios gracias, ahora estamos seguros — decía el capitán al fraile mercedario, después de haber tomado estas medidas —. Si los indios levantados en armas me hacen la guerra, podré vengarme en sus jefes, que tengo en mi poder. ¿Qué os parecería, padre, si los quemá-

ramos vivos como hace la Santa Inquisición con los herejes?

— Tú no harás eso, hijo, que sería exagerar el castigo con ensañamiento inhumano — protestó el fraile —. Ya es bastante desgracia dejarse detrás un camino de sangre que vamos abriendo con las espadas.

— Pues herejes son — porfiaba don Pedro — y puede ocurrir que los queme, si me apuran mucho. ¿No querían ellos quemarnos a nosotros? Pues quien a hierro mata...

— ¡Que Dios te tenga de su mano! — exclamó fray Bartolomé, elevando los ojos al cielo, lleno de los manchones rojos del crepúsculo.



VIII

La mano de hierro

Hacia ya algunos meses que estaban los españoles en Utlán y empezaba la primavera a remozar los campos. Los árboles se vestían el ropaje ligero de las primeras hojas; los prados eran como una alfombra fantástica tejida por obreros brujos, llena de florecillas amarillas, azules y rojas, destacando sobre un verde tierno que llevaba la alegría a los ojos y al corazón; el ruiseñor cantaba su melodiosa romanza en el fondo de las hondonadas umbrías.

Ya no había guerra en Utlán. Sometidas las tribus comarcanas al yugo de los soldados de España, después de una lucha larga y tenaz, lo mismo los españoles que los indios se dedicaban a labores pacíficas: a labrar los campos, a recorrer la sierra buscando minas y levantando mapas rudimentarios del país, a reconstruir el viaducto por donde se bajaba del empinado pueblo a la tierra llana.

La expedición seguiría su avance por la costa del Sur. No iba a terminar allí la epopeya de los conquistadores, que, por cierto, sentíanse espoleados por las espe-

ranzas más halagüeñas. Les habían dicho los indios de Utlán que en la ciudad de Guatemala encontrarían cosas maravillosas y, más adelante, un brazo de mar por el cual se comunicaban los dos océanos. De mucho tiempo atrás habían supuesto los castellanos que existía un estrecho a través del continente, y era una de sus más bellas ilusiones encontrarlo, para de este modo poder señorear en ambos mares con sus carabelas y facilitar la comunicación entre las colonias establecidas en las riberas del Atlántico y las que ahora comenzaban a formarse en las playas del Pacífico.

En el territorio de Utlán, cruzado en todas direcciones por los exploradores, para saquear y destruir los poblados mientras duró la guerra y ahora para conocer más al detalle sus fuentes de riqueza, no habían encontrado oro; pero sí una tierra fértil y abundantes minas de alumbre, caparrosa y azufre. El hallazgo de este último metaloide les fué de gran utilidad para fabricarse la pólvora que necesitaban para falconetes y arcabuces. Si hubieran encontrado hierro para hacer herraduras, sin las cuales de poco podían servirles los caballos, lo habrían preferido al oro, con todo y haber éste encendido en su alma una llama perenne de codicia.

Don Pedro de Alvarado estaba escribiendo a Hernán Cortés una detallada relación de todo lo encontrado en

Utlán y también de todo lo que llevaban hecho los expedicionarios desde su salida de México. Sabía don Pedro que algunas de las providencias o resoluciones tomadas por él no serían del agrado de su superior; por ejemplo: la prisión y muerte de los señores de Utlán, a quienes había sometido a un consejo de guerra.

Pero Alvarado era uno de esos hombres que van derechos a su fin por el camino más corto. Para ganar un castillo, entendía que lo mejor era asaltarlo, sin poner cuidado en el peligro de subir la rampa a pecho descubierto; para librarse de enemigos poderosos, era su parecer que debía suprimirlos de raíz, enviándolos al otro mundo. Temerario en los combates, más de una vez le llevó el valor exagerado a cometer verdaderas imprudencias; sencillo y rectilíneo en la concepción de su política, caía fácilmente en los castigos máximos por entender que de este modo se aseguraba la eficacia de su ejemplaridad. No era cruel hasta el punto de gozarse en el daño ajeno, pero jamás puso medida en la dureza de su mano, y allí donde ésta caía dejaba huella imborrable. Había venido a Utlán a someterlo de grado o por fuerza, y puesto en el trance de emplear la fuerza, no la usaba por grados: la ponía toda en cada golpe. Y no creía faltar por ello a las leyes de Dios; antes bien pensó servir la causa de Cristo limpiando el mundo de herejes. La simplicidad de su carác-

ter, las duras costumbres de su tiempo y los hábitos de su profesión militar le inducían fatalmente al rigor extremado cuando hallábase en el trance de administrar justicia.

¡Triste destino el de los desdichados príncipes Oxib-Queh y Beleheb-Tzy, los señores de Uatlán! En vano hizo esfuerzos desesperados por salvarlos fray Bartolomé de Olmedo, quien no podía consentir que sus compatriotas mataran, si no era en legítima defensa. Esta vez no fueron tenidos en cuenta los consejos del religioso, ni sus amonestaciones, ni sus amenazas, ni aun sus reiteradas y conmovedoras súplicas.

Oxib-Queh y Beleheb-Tzy habían confesado su traición. Pensaron exterminar a los españoles, llevándoles con engaño a Uatlán, para después prender fuego a la ciudad, a fin de que fueran devorados por las llamas los aborrecidos extranjeros. Venganza tan horrible la concibieron después de haber visto morir en un combate al valiente general del ejército indio Tecum-Umán, atravesado por una lanza española. Los príncipes quichés, aunque de naturaleza salvaje, defendían la libertad de su patria, al fin y al cabo, y cuantos medios emplearan contra la invasión estaban justificados por la guerra y por ser ellos hombres primitivos, desconocedores de toda ley moral.

Pero Alvarado, viéndose sólo con un puñado de hombres en un país cuya extensión ignoraba y cuyos habitan-

tes, hostiles al extranjero, podía sumar millones, creyó que era con el rigor, y no por medio de la persuasión, como lograría salvarse y dominar aquellos territorios. Acaso estaba en lo cierto al pensar así; pero el ensañamiento con los vencidos, aunque obedezca a necesidades imperiosas, es siempre rechazado por los corazones nobles.

Por esto se esforzó fray Bartolomé de Olmedo por salvar a los reyezuelos Oxib-Queh y Beleheb-Tzy. So pretexto de convertirles a la religión cristiana, consiguió aplazar por unos días su ejecución, hasta que, finalmente, viendo Alvarado que el fraile no quería sino ganar tiempo y clemencia para los condenados, apresuró el desenlace de aquella tragedia. Los efectos inmediatos de la muerte de los señores de Uatlán fueron como los había previsto don Pedro: los indios rebeldes se entregaron y todo el territorio de los quichés fué sometido al señorío de España.

* * *

Relación de estos tristes sucesos era la carta que estaba escribiendo ahora don Pedro al conquistador de México, quien tanto le había recomendado la mesura en los castigos y el buscar el éxito de la empresa por vías del buen trato dado a los indios.

Era el día 11 de abril de 1523. Estaba el sol ya,

muy alto, lo cual quiere decir que se aproximaba el mediodía. Alvarado había buscado la sombra de un ahuehete milenario, árbol de los más hermosos y corpulentos del país, cuyo tronco no abarcarían ocho hombres cogidos de las manos. Hacía calor. El capitán de los castellanos había quitado el jubón, quedándose en mangas de camisa para estar más fresco. Escribía sobre una tosca mesa de campaña y tenía todas las trazas de un colono ocupado en hacer sus cuentas. La pluma de ave, entre sus dedos, trazaba una letra grande, clara y de rasgos enérgicos. De vez en cuando, acercábase al capitán un soldado, que esperaba respetuosamente, a seis pasos de distancia, el momento oportuno de cambiar unas palabras con don Pedro. Cuando éste levantaba la cabeza, permanecía un momento acariciándose la barba rubia, con el aspecto concentrado de la persona que sigue con atención el curso de su pensamiento. Después advertía la presencia del soldado, dábale una orden y volvía a la escritura:

“De esta tierra hago saber a vuestra merced que es templada y sana, y muy poblada de pueblos ricos, y esta ciudad es bien obrada y fuerte a maravilla, y tiene muy grandes dominios y mucha gente sujeta a ella; la cual, como todos los pueblos comarcanos, dejó al servicio de la Corona real de su majestad...”

Don Pedro continuaba escribiendo, mientras a su al-

rededor permanecía todo en calma, menos los insectos, que pasaban formando escuadrones alados y haciendo sonar sus trompetillas.

Estaba tendido el campamento español al pie de las murallas de Uatlán, en un valle angosto, pero exuberante, cruzado por dos riachuelos saltarines, que corrían entre cañaverales y mimbreras. Las casas de la ciudad, que más parecía fortaleza, eran habitadas también por españoles y por indios adictos; pero algunos capitanes preferían estar abajo, en el valle, cerca de sus caballos, y montar sus tiendas de campaña a las sombras de los gigantescos ahuehetes y de los dulces hobos.

De este modo, con sus tiendas, sus haces de lanzas, su ropa tendida, sus banderas flameantes y el bullicio de la soldadesca, el valle tenía un animado aspecto de fiesta, sobre todo ahora, cuando se preparaban los expedicionarios a continuar su marcha a la ciudad de Guatemala, diez leguas distante de allí.

Se acercó al lugar donde el capitán estaba escribiendo un hombre de elevada talla, casi un gigante, pero esbelto y sombrío como un ciprés. Era Usagre, el artillero. Llevaba en una mano un arcabuz y la otra la mantenía a la altura del pecho, como sosteniendo un puñado de munición.

Cuando don Pedro, dándose cuenta de que tenía

ante sí aquel raro ejemplar de explorador, levantó la cabeza, Usagre se aproximó a la mesa para dejar en ella lo que llevaba en la mano derecha, que era una muestra de pólvora. No dijo ni una palabra, por ser hombre que no las tenía sino limitadísimas; y Alvarado, conocedor de aquella extraordinaria pobreza verbal, examinó la pólvora también en silencio.

Al fin, después de haber mirado y remirado el compuesto explosivo, reflejóse la satisfacción en su semblante, al tiempo que decía:

— ¡Parece buena, vive Dios! Habráste ganado, mi buen Usagre, la estimación de toda la hueste. ¿Has hecho la prueba?

El artillero, sin despegar los labios, levantó el arcabuz que llevaba en la otra mano y lo disparó al aire. La fuerte detonación produjo un abundante batir de alas: las copas de los árboles fueron abandonadas precipitadamente por sus moradores. Asimismo, los indios que había en el campamento volvieron la cabeza, asustados, y algunos hasta cayeron de rodillas. En lo alto de la gran escalinata que conducía al poblado, cuyo caserío, formando piña y rodeado de fuertes murallas, era como la corona del cerro que le servía de base, asomáronse muchos hombres para ver a qué obedecía aquel trueno intempestivo en medio de un día tan claro y hermoso.

— ¡Buena mano y magnífica pólvora! — aprobó don Pedro, acercándose a Usagre y dándole una bondadosa palmada en el hombro —. No se acabaría el azufre de esta sierra ni que estuviéramos gastándolo mil años. Salitre y carbón tampoco pueden faltarnos, por manera que pólvora tendremos siempre de sobra. ¡Dios nos ayuda, compañero!

Se habían acercado algunos oficiales, atraídos por el disparo del arcabuz, y todos felicitaron a Usagre efusivamente.

— ¡Volvemos a tener suerte, eh? — dijo Alvarado —. El hallazgo del azufre nos será de mucha utilidad, como la llegada de esos cuatro mil indios de Guatemala, que han venido a ponerse bajo nuestros pendones. La empresa va por buen camino.

Debe advertirse que don Pedro había enviado mensajeros a los señores de la ciudad de Guatemala, pidiéndoles ayuda para someter a los indios de Utlán, sus enemigos. El mensaje hubo de dar resultados excelentes, pues los caciques guatemaltecos, que deseaban la ruina de los quichés, enviaron cuatro mil guerreros. Estos significaban, para la pequeña legión castellana, un refuerzo precioso.

— Todos estos felices sucesos quedan explicados en la relación que escribo al Gobernador de México — si-

guió diciendo Alvarado —, como también le digo que nuestro esfuerzo merece recompensa y le ruego pida a su majestad un premio para cada uno de nosotros, que ganado y muy ganado lo tenemos todos.

— Os habéis adelantado a nuestros deseos — observó Juan de Vázquez.

— Hacéis y pedís lo que es de justicia — hubo de aclarar Miguel de Astete.

— El noble y grande Hernán Cortés no descuidará el cumplimiento de vuestra discreta recomendación — opinó Portocarrero, mientras se retorció sus largos y enhiestos bigotes de conquistador.

Don Pedro despidió a los oficiales, que se fueron con el estirado Usagre. Le faltaba poco al capitán para terminar su carta. Sentóse otra vez ante la mesa y escribió:

“También tenga vuestra merced cuidado de hacer saber a su majestad cómo le servimos con nuestras personas y haciendas, a nuestra costa; lo uno para descargo de la conciencia de vuestra merced y lo otro para que su majestad nos haga mercedes. Nuestro Señor guarde el muy magnífico estado de vuestra merced por largo tiempo, como deseo.”

Iba ya a poner la firma, pero se detuvo; reflexionó unos instantes y añadió a la carta un nuevo párrafo:

“Y según llevo el viaje largo, pienso me faltará el

herraje: si para este verano que viene, vuestra merced me pudiera proveer de herraje, será gran bien, y su majestad será muy servido en ello; que agora vale entre nosotros ciento y noventa pesos la docena, y así la mercamos y pagamos. Beso las manos de vuestra merced.”

Con estas breves palabras se explica cómo los exploradores españoles sentían a veces la escasez de las cosas más necesarias y cómo las pagaban con sus propios ahorros, por manera que armas, vestidos, caballos y cuanto fuera para uso personal, habían de costearlo los mismos oficiales y soldados: el capitán corría con los gastos de la empresa por lo que se refiere a los alimentos y navíos, si la expedición era por mar; resultando así que la Corona y el gobierno de España no ponían nada, pero cobraban la quinta parte de los beneficios.

¿Qué menos podían hacer los expedicionarios que pedir honores y encomiendas cuando el éxito coronaba sus esfuerzos y sacrificios? Nunca las mercedes de un soberano se otorgaron con más justicia (cuando se otorgaban), porque nunca se hizo más ni se arriesgó tanto por merecerlas: la hacienda y la vida se las jugaban los intrépidos exploradores de Indias a cara o cruz.

* * *

Firmó don Pedro la carta y se la dió a leer a fray Bartolomé, que en aquellos momentos venía al encuentro del capitán, deslizándose con paso silencioso y tranquilo por la orilla de un regato. Sentóse el fraile en un pedrusco, para leer con más atención el largo documento, y allí le dejó Alvarado leyendo, después de haberle dicho:

— Llevará el mensaje a México uno de los nuestros, Argueta, con una escolta de mexicanos. Quiero que partan mañana al salir el sol.

Dicho esto, se separó del mercedario y descendió a lo más hondo del valle, donde se desarrollaba una escena cruel y emocionante, sólo tolerable en aquellos tiempos de costumbres recias y ásperas, cuando el hombre tenía embotada todavía la mejor parte de su sensibilidad.

Se estaba herrando y vendiendo los indios esclavos en pública almoneda, para convertir en oro el llamado quinto real, o sea la quinta parte de aquel rebaño humano, que correspondía al emperador. Habría sido muy engorroso tener que enviar a España todos los esclavos pertenecientes a la Corona por derecho real en la conquista. Por esta razón, eran vendidos a los mismos conquistadores, cuando éstos querían comprarlos, y el tesorero de su majestad, que se contaba en todas las expediciones, era el encargado de guardar el dinero equivalente.

Cuando llegó don Pedro al sitio donde se efectuaba el inhumano comercio, Portocarrero había comprado quince esclavos; Astete, diez; Vázquez, veintidós; don Diego, don Gómez, don Jorge y don Enrique de Alvarado, veinte cada uno.

El tesorero Baltasar de Mendoza iba anotando en un recio pergamino las cantidades ofrecidas por los compradores: cincuenta pesos, veintisiete, cuarenta y cinco, ciento diez y ocho, doscientos treinta, trescientos. Don Pedro ofreció dos mil quinientos pesos por todos los esclavos que no se había podido vender.

Los infelices indios permanecían agrupados, o mejor diríase hacinados, tristes y silenciosos, en espera de que los reclamara su dueño. Eran los indios hechos prisioneros durante los combates. Miraban con horror los restos de una gran hoguera encendida a pocos pasos y en cuyo ardiente brasero iban calentándose los hierros que dejarían impresa en sus espaldas una señal infamante de servidumbre. Cuando el hierro candente era aplicado en sus carnes, los desdichados indios daban alaridos y pedían la muerte. El dolor físico les asustaba mucho más que la humillación del estigma que les sometía al más odioso de los yugos.

Baltasar de Mendoza, caballero bien portado y ya maduro, de un perfil de ave de presa y una barba rala y

gris, que respondía admirablemente a su carácter oficial de alcahalero, se acercó a don Pedro para mostrarle la cantidad resultante de sus cuentas.

— No se ha perdido el día para la Corona — dijo, sonriendo con sonrisa de conejo, al mismo tiempo que se hurgaba las narices con la pluma.

Uno de los indios vendidos dió un chillido que penetraba en el corazón como una flecha. Acababan de aplicarle el hierro al rojo sobre la carne palpitante.

Los españoles, acostumbrados a las operaciones de herraje, permanecían indiferentes. Baltasar de Mendoza ni siquiera volvió la cabeza.

— El mejor botín lo obtendremos de Guatemala — continuó diciendo —, y el emperador tendrá mucho que agradecerlos. Espero que la recompensa igualará al servicio.

Los indios a quienes se aplicaba la marca de fuego seguían doliéndose al tormento con gritos desgarradores. Algunos se sometían sin protesta, pero otros forcejeaban con sus verdugos, y, una vez herrados, arrojábanse al suelo y se revolcaban sobre el polvo. Acudían entonces los españoles para aplicarles un lenitivo a la quemadura.

La escena no impresionaba a los castellanos porque la esclavitud y sus horribles prácticas entraban en las costumbres de su tiempo. Además, eran soldados. La causa

originaria de la esclavitud fué la guerra. Desde las edades más remotas, era principio generalmente admitido que al enemigo, después de vencerle, se le podía quitar la vida. Andando el tiempo, esta cruel tradición se hizo menos sangrienta, con ventaja para el vencedor, quien dejó de matar a los adversarios vencidos para emplearlos en su servicio y sacarles provecho. Quien puede lo más, puede también lo menos. Menos duro que arrancar la vida al prójimo infortunado, era ponerle una marca y condenarle a servidumbre para el resto de sus días. Los conquistadores del Nuevo Mundo habían visto, por otra parte, que la esclavitud estaba más extendida entre los habitantes de las tierras por ellos descubiertas que no en la vieja Europa.

Con todo, ya se ha dicho al principio de este capítulo que don Pedro de Alvarado tenía la mano de hierro, lo mismo cuando se calzaba el guantelete de la armadura que después de quitárselo. Ha de entenderse por estas palabras que eran dondequiera temidos sus rigores.

Cuando volvió al lado de fray Bartolomé, éste había ya leído la relación escrita por el capitán y destinada a Hernán Cortés. Se la devolvió el fraile, levantándose de la piedra donde hubo de permanecer sentado hasta aquel momento.

— Me pesa en el ánimo que hayas tenido que escri-

bir también cómo fueron sentenciados y ejecutados los príncipes de Utlán — dijo el religioso —. No agrada la noticia al Gobernador.

Alvarado sentía ya un poco de fastidio ante las reprimendas del misionero, y contestó con alguna aspereza:

— Pues él también fué riguroso cuando le convino, y no hago yo nada más que seguir su ejemplo. ¿Cree vuestra reverencia que se somete a los pueblos salvajes predicando el amor a Dios y la fraternidad entre los hombres? Pues haga la prueba cuando vengan los ejércitos indios a provocarnos. Nosotros esperaremos ver a nuestro fray Bartolomé atravesado por las saetas, como la imagen de San Sebastián, y después contestaremos con nuestras espadas.

— No te burles, hijo; haz por que no te ciegue nunca el furor de la venganza. Dios nos está mirando a todos, y El sabe quién de nosotros dos le sirve mejor.

— Vos le servís mejor sin duda, padre; pero yo no me quedo corto en el servicio matando herejes y traidores. Ha de haber de todo en este mundo, frailes y guerreros. No tengo yo la culpa de no haber servido para fraile. En mi mano, la cruz sería un arma para darle al enemigo en la cabeza.

El fraile se persignó y dijo:

— Dura tienes la mano, don Pedro; no la dejes caer con tanta fuerza que dañe más de lo debido.

Y volvió la espalda al capitán, que se quedó riendo como un muchacho a quien acaban de reprenderle por una travesura.

IX

Guatemala

Obra de diez leguas era la distancia que mediaba de Uatlán a la ciudad de Guatemala. Los españoles la recorrieron en dos días. Facilitaban la marcha la actitud propicia de las tribus y la circunstancia de contarse con guías muy conocedores del país, escogidos entre los cuatro mil guerreros que los caciques guatemaltecos enviaron al llamado *Hijo del Sol*.

Un tercio o más de dichas fuerzas indígenas las dejó Alvarado para guarnecer Uatlán, aunque la actitud de los naturales no hacía recelar un nuevo alzamiento. En cierto modo, o sea hasta donde podía, el jefe de la legión castellana procuraba tener defendida la espalda. Según iba internándose en aquellas regiones desconocidas, debía pensar en la posibilidad de un revés que le obligara a retroceder precipitadamente. Por otro lado, él consideraba aquellos territorios ya ganados para la Corona de España, de tal modo que una resistencia por parte de los indios le hubiera parecido una rebelión.

El paisaje, por lo montañoso y bravío, era imponente. Los expedicionarios admiraban las elevadas cumbres de los volcanes, que allí son frecuentes y entre los cuales los hay de una altura de cuatro mil metros. Los indios daban a los españoles detallados informes referentes a las *bocas del infierno* abiertas en lo alto de las ingentes montañas que tropezaban con las nubes y ostentaban todo el año el albo sobrepelliz de la nieve. Los indios hacían intervenir su fantasía y superstición en sus explicaciones, por lo cual no podían los forasteros enterarse a fondo de la realidad de las cosas que más les impresionaban. Ellos mismos eran también lo bastante supersticiosos y fantásticos para dar crédito a las maravillas que oían contar.

Llamó la atención de los exploradores la abundancia de fuentes y corrientes de agua que hallaban al paso. Se comprendía que fuera aquella tierra tan fértil, estando pródigamente regada. No es que llevaran los ríos mucho caudal, pero las aguas corrían impetuosas por doquiera y había manantiales y riachuelos hasta el exceso.

Dijeron los indios que no siempre podían felicitarse de aquella riqueza de aguas, porque había épocas del año en que se precipitaban por la vertiente tan furiosas avenidas que la tierra quedaba inundada en grandes trechos, y entonces el país tomaba un aspecto desolado y pavoroso.

— A mi entender — dijo fray Bartolomé, comentando el caso con los capitanes de la expedición —, es que, por este lado del mar del Sur, la vertiente es corta y no da lugar a que se formen grandes ríos. Por esto vemos el agua tan repartida. Observad, sin embargo, que por haber escaso trecho hasta el mar, la sierra es más agra, y así se forman esos impetuosos rabiones y cascadas que embellecen el paisaje, aunque serían de escasa utilidad para el regadío de los campos labrados, por hallarse siempre estas tierras bajo la amenaza de una inundación. Dios les ha dado a los guatemaltecos el agua en abundancia; mas, por no saber ellos aprovecharla, este regalo del cielo se convierte en un peligro. Del mismo modo os digo que la inmensa fortuna que representan para España nuestros descubrimientos y conquistas, serán fatales algún día a nuestra patria si no sabemos servirnos con mesura del bien que ha puesto el Todopoderoso en nuestras manos. Sed cautos, hijos míos; poned freno a vuestra ambición y vivid siempre con el temor de Dios, que observa nuestras obras desde lo alto y prueba todos los días, lo mismo en las contrariedades que en el bienestar, el temple de nuestros corazones cristianos.

Los capitanes, un poco impresionados por las palabras del fraile, marchaban silenciosos y contemplaban casi con arrobamiento el bello paisaje acogedor, donde cantaba el

agua a veces con acentos de pájaro halagüeño y a veces con rugidos de león irritado. Se detenían un momento los expedicionarios ante una cascada fragorosa, que les arrojaba al rostro el agua pulverizada y fría como lluvia invernal. Retrocedían entonces un paso diciendo:

— ¡Válganos el Señor!

Y continuaban la marcha.

Un poco rezagados y confundidos entre los indios *tamenés*, o de carga, marchaban los buenos camaradas Usagre y Treviño, aquél silencioso y ensimismado, como de costumbre; el otro parlanchín y risueño, según era su carácter.

— ¡Pelos de Barrabás! — decía el carpintero de naos, pasándose la mano por el matorral de su barba exuberante —. Te repito que no fueron menos de doscientos salvajes los que envié al otro mundo con mi martillo, en las batallas de Utatlán. Si me dieran diez pesos de oro por cada indio por mí despachado, bien cubierto tendría ya el riñón para retirarme a la buena vida.

Pero luego, viendo que estas palabras impresionaban poco a su compañero, cambió de tema y refirióse al paisaje.

— No he visto país más húmedo que este de Guatemala. ¡Por los bigotes de mi abuela, que los tenía de a palmo! Esto es demasiado. Un río aquí, una cascada allá,

luego un charco, en seguida otro río y dos mil y tantos regatos que se te meten entre las piernas. Me temo que nos va a dar un dolor. Malos son los países secos, pero tampoco los quiero tan regados. Si toda el agua que aquí nos sobra fuera vino, esto sería el paraíso de Mahoma. ¡Ay, dos cuartillos de vino, qué bien le sentarían a mi cuerpo salado!

Suspiró, mirando de soslayo al artillero. Este se había conmovido tanto con la alusión al rico zumo de las uvas, que pronunció once palabras seguidas.

— ¡Quiera Dios que vuelva a correr algún día por mi gaznate! — dijo.

— ¡Vaya! — exclamó Treviño, un poco espantado del esfuerzo de su compañero —. Has derrochado en un instante las palabras que tenías para el gasto del día. ¡Mal hayan las barbas de un chivo! Ahora te estarás callado hasta mañana.

Lo accidentado del terreno obligaba a los expedicionarios a marchar formando una larga fila, que se retorcía en zig-zag; pero dos grupos de indios tlaxcaltecas y mexicanos, apoyados ambos por los escopeteros y ballesteros españoles, cubrían los flancos, en previsión de una sorpresa, siempre posible. Iban delante, formando la vanguardia, los guerreros guatemaltecos, que se distinguían de los otros indios de la legión por sus penachos llamean-

tes de plumas rojas, amarillas y azules. Seguían los caballos, con sus jinetes todos cubiertos de hierro y con las lanzas atravesadas en la silla. A continuación, marchaban algunos oficiales, junto con el capitán y fray Bartolomé de Olmedo, y, por último, el fardaje con una fuerte escolta.

Había soldados que iban cantando coplas para distraerse y hacer menos monótono el camino; otros charlaban y reían, burlándose unos de otros con el mejor humor, como si estuvieran de fiesta o volvieran de una romería; no faltaban tampoco los que hacían la marcha dándole dentelladas a un mendrugo de pan seco o a una gran patata, la jícama, que puede comerse cruda.

Detrás de los caballos y casi confundidas con los esclavos que llevaban los fardales, marchaban asimismo un centenar de mujeres, hijas del país, que habían tomado los españoles para su servicio. La mayoría iban desnudas de medio cuerpo para arriba y las otras se cubrían con un zarape o manta que tenía una abertura en el centro para meter por ella la cabeza. No abundaban las bellezas entre aquella representación del sexo femenino. Varias veces metió su caballo entre el grupo de mujeres don Pedro de Portocarrero, deseoso siempre de encontrar una dama en quien poner sus pensamientos. Las pobres indias se asustaban por la proximidad de la bestia y no ponían aten-

ción en el caballero, que las miraba y volvía a mirar, sin mostrarse del todo satisfecho.

Aquellas mujeres tenían todas el color cobrizo y habían echado a perder sus encantos naturales con estúpidos tatuajes que las desfiguraban. Muchas llevaban horadadas las narices, de donde les colgaban, en otro tiempo, aretes y dijes de oro que ya les habían quitado los españoles, no tanto por ser enemigos de esta coquetería salvaje como por su afición al rico metal.

* * *

La llegada de los expedicionarios a la ciudad de Guatemala constituyó para éstos una sorpresa de las que dejan grata y duradera impresión. Sabían ya que iban a ser bien acogidos, pero les quedaba el natural recelo en hombres que habían experimentado ya muchas veces los dolorosos efectos de la emboscada. Con frecuencia se les mostraban los indios amables, para luego hacerles caer en un mal paso.

Ahora, sin embargo, la actitud de los guatemaltecos era tan abierta y cordial, que los españoles, especialmente Alvarado y fray Bartolomé de Olmedo, desecharon todo temor.

— Estos no tienen trazas de mentirosos amistad — hubo de advertir el fraile —. He venido observando a los guías durante todo el camino, y en ninguno pude descubrir la sombra de una intención aviesa. Mira ahora cómo vienen a recibirnos los de la ciudad: la alegría no se puede fingir hasta este punto.

— Están contentos — dijo a su vez Alvarado — porque vencimos a los de Utlán, sus enemigos implacables. Es posible que existan otros pueblos contra los cuales deseen los guatemaltecos hacer la guerra, contando con nuestra ayuda. Por nuestras caras no será que nos tienen tanto amor; por nuestras espadas podría ser. Cuando me dan algo, me pongo a pensar en seguida en lo que pueden pedirme.

Caminaban por una vasta llanura y vieron venir a su encuentro a una multitud de indios que llevaban en alto banderolas, grandes parasoles y abanicos de pluma, andas y palios, ramas de hobo y figuras de animales grotescos que debían ser de oro, porque relucían al sol. Los indios no iban empenachados, señal segura de que su intención no era hostil a los forasteros, y antes de juntarse con éstos se prosternaron, permaneciendo así, inclinados sobre el suelo, hasta que, al aproximarse los caballos, se asustaron, levantándose para retroceder.

El espectáculo conmovió a los soldados, que recorda-

ban quizás su entrada triunfal en México, en vida del emperador Moctezuma. No era tan grande ni esplendente el fausto de los señores de Guatemala como el de los príncipes aztecas; pero en el recibimiento preparado por los guatemaltecos había más cordialidad y mayor sencillez.

Pedro de Alvarado permaneció a caballo, rodeado de sus oficiales, también montados. El resto de los jinetes formaron dos alas y maniobraron para dejar ancho espacio donde debían juntarse con el capitán castellano los nobles de la ciudad, llamados *ajause*s en la lengua del país. La gente del pueblo, *nazahuales*, que se distinguía perfectamente por su pobre indumentaria y aún por su desnudez, fué apartada por los caballos y por las guardias indias, originándose con ello unos momentos de confusión.

Avanzó un grupo de músicos guatemaltecos que tocaban la marimba, la chirimía, el tum y otros instrumentos de viento. Hacían una música desacordada y áspera; pero aquel ruido, aunque ingrato, daba cierta solemnidad al encuentro de los hombres blancos con los señores indios. Después desfilaron algunos escuadrones de flecheros estafalariamente vestidos y pintados, y a continuación acercáronse los caciques, llevados en palanquines muy aparatosos, pero seguramente incómodos.

Alvarado echó pie a tierra y los oficiales desmontaron también en seguida. Los indios que llevaban los pa-

lanquines dejaron éstos en el suelo, y los señores que venían dentro se acercaron al grupo formado por los capitanes españoles.

Y uno de los principales dijo en su idioma estas palabras, que después fueron traducidas por un intérprete:

— Bien venido seas, *Hijo del Sol*, el de las barbas de oro, invencible guerrero amigo de los dioses. Bien venidos sean también tus valientes compañeros. Yo te saludo y saludo a los tuyos, en nombre de los nobles de Guatemala, y os ofrezco cobijo en la ciudad, que es vuestra por amor. Aquí tienes una prueba material de nuestra amistad; acógela bien, pues con buena intención te la ofrecemos.

Unos esclavos depositaron a los pies de Alvarado un rico montón de vasijas y armas de oro, telas de colores muy vivos, collares de perlas y esmeraldas, abanicos de pluma, cestas de fruta, grandes ramos de rosas y otros objetos raros, pero todos ricos, que deslumbraron a los soldados españoles, atraídos sobre todo por el brillo del oro y la plata.

Mientras estuvo hablando el noble guatemalteco, Pedro de Alvarado paseó su mirada de águila por la hermosa y fértil llanura, regada por un ancho y caudaloso río, que, andando el tiempo, llamarían los españoles el de las Vacas. Los árboles abundaban, predominando

los finos y esbeltos, y en el fondo, se recortaban las siluetas gigantescas de los volcanes del Agua, del Fuego y del Pacaya, con sus formas de embudo invertido y sus cumbres nevadas.

Vió también el caudillo español que toda la población de Guatemala había salido a recibirle y que una multitud enorme de indios, muchos ataviados con sus mejores galas, agitaba al aire sus pendones multicolores, sus palmas de victoria, sus armas pintorescas, sus escudos y sus ídolos, demostrándole amor y confianza.

El sol poniente doraba las casas de la ciudad, de recios muros de piedra, como si fueran castillos. Su estilo de construcción era semejante al de México, o sea el de las grandes masas rectangulares: las mismas líneas de ángulos violentos, idéntica pesadez de los grandes bloques de piedra; igual grandiosidad fría y desprovista de un sentimiento artístico en templos y palacios. Y en torno de los edificios grandiosos, las cabañas humildes de adobes para la gente plebeya.

Alvarado dió las gracias a los señores de la ciudad y les dijo que todos los honores debían dedicarlos al emperador Carlos V y a España, de quienes era él un simple representante. Desde luego se consideró (como tal representante del gran poder de España y de su príncipe) dueño y señor de aquellas tierras y ciudad, y pidió aloja-

miento para él y sus soldados en las mejores casas de Guatemala.

Los indios nobles se mostraron gustosos en complacerle, porque le admiraban y le temían.

Volvieron a montar los jinetes en sus caballos y se formó un cortejo de honor que les acompañó triunfalmente a la ciudad. Los caciques iban, llevados en sus andas, delante de los caballeros, a los cuales seguían los soldados españoles de a pie y la recua de indios *tamenes*. La plebe lanzaba estridentes gritos de entusiasmo y hacían sonar los guerreros del país sus trompas, que eran grandes caracoles de mar.

No necesitó Alvarado dictar providencias para su seguridad personal y la de sus hombres, porque pronto pudo cerciorarse de que no se quería hacerle ningún mal. Todo lo contrario: los nobles guatemaltecos esperaban un bien de su amistad y compañía.

— Ya me lo esperaba yo — dijo Alvarado al fraile, su consejero, cuando supo lo que los indios querían —. Estos nos harán pagar el hospedaje y los regalos que nos

han hecho con la sangre de sus enemigos. No importa, si se someten al servicio de su majestad y aprenden a ser fieles del que murió en la cruz.

En efecto, no se había equivocado don Pedro. El mismo día de haber llegado a Guatemala los expedicionarios ya le dijeron los nobles de la ciudad que necesitaban su ayuda para librarse de otros pueblos vecinos que les daban guerra. Ellos, los guatemaltecos, se tenían por gente pacífica y no deseaban otra cosa sino que se les dejara vivir tranquilamente de su trabajo. En cambio, sus enemigos, aficionados a la aventura y al despojo, les atacaban continuamente. Si los españoles eran invencibles, como lo habían demostrado destruyendo el poder formidable de los aztecas, debían ayudar a sus amigos de Guatemala y hacer un escarmiento como el de Uatlán, que pusiera término a los desmanes de las tribus belicosas.

— Resultará a la postre — decía el caudillo castellano a fray Bartolomé de Olmedo, después que los caciques le hubieron comunicado su pretensión —, que hacemos a esa gente el mejor bien, sometiéndola y señoreando en sus tierras. ¡Vive Dios que todos los días me afirmo más en este parecer, que es también el vuestro! Sacamos a los indios de la idolatría y les enseñamos a ser cristianos; les apartamos de las creencias necias y de sus costumbres bárbaras, para enseñarles a ser verdaderos hombres y a

prepararse en esta vida para la otra. Les encontramos enredados en guerras que vienen durando desde hace siglos y les devolvemos la paz a nuestra costa. Bien se puede decir, por lo tanto, que nos lo deben todo, y bien podemos nosotros cobrarnos el servicio, aunque no tiene precio. Para España han de ser todos estos reinos, ya que los españoles los estamos sacando de la obscuridad y de su estado salvaje.

Los indios de Guatemala eran los llamados cakchiqueles. Menos guerreros que los quichés, igualaban a éstos en el desarrollo de las artes y les superaban en amor al trabajo. El fraile Bartolomé de Olmedo tuvo mucho que elogiar en Guatemala, aunque, naturalmente, juzgando todo adelanto dentro de la relatividad que hace suponer el estado primitivo del país en relación con las costumbres del Viejo Mundo.

Los guatemaltecos impresionaron menos a los españoles que los aztecas, pero desde luego eran muy superiores a los indios de Cuba, de Boriquen, de Yucatán, de la Española y del Darién. Labraban muy bien la tierra, cultivando el plátano, el cacao, el maíz y el algodón. Tejían con arte hermosas telas, que sabían teñir con colores que resistían al agua y a la luz. Sus casas no eran cómodas ni bellas, pero estaban tan bien construídas que podían durar centurias. Tenían una excelente cerámica, no-

table por su finura y decoración, y trabajaban también algunos metales, como el oro, la plata y el cobre.

Una escritura propiamente dicha no la conocieron, pues aunque sabían fijar gráficamente su pensamiento en lienzos de algodón y en una especie de papel que sacaban de la corteza de un árbol, era por medio de jeroglíficos de limitado alcance expresivo.

Los señores que gobernaban eran dos, Belehé-Qat y Cahi-Imox; mas éstos no señoreaban como tiranos, sino que se sometían a un consejo de nobles, los *ajause*s, y nada hubieran intentado contra la voluntad o la opinión de estos consejeros. Tanto era así, que la sugestión del supremo jefe a esta suerte de poder consultivo, impresionó a los españoles, que disputaron por muy sabia y prudente aquella forma de gobernar a medias con los personajes del país. En cambio, el plebeyo era tratado despectivamente, sometido a humillante servidumbre y privado de todo derecho. Se le obligaba a trabajar para el noble y a dar su vida en las guerras contra los quichés y los zutuhiles, sin esperanza ninguna de recompensa aun cuando se obtenía la victoria.

Adoraban los guatemaltecos a sus ídolos grotescos de piedra, pero causó en su ánimo profunda impresión la fe de los cristianos, y muy pronto empezaron entre ellos las conversiones. Ya desde los primeros días de la estan-

cia de los españoles en Guatemala, con motivo de una solemne función religiosa que celebró fray Bartolomé para dar gracias a la Virgen por las victorias de Uatlán, algunos indios de la clase humilde pidieron ser bautizados.

Fray Bartolomé y su ayudante el clérigo que había sido de la legión de Garay estaban entusiasmados cristianizando a los naturales del país. Sobre todo la gente del pueblo se había conmovido con la revelación de un Dios infinitamente justo, que no distinguía al noble del plebeyo al juzgar los pecados de los hombres. También fueron bautizados algunos personajes, después de haberles edificado el fraile mercedario con sus sermones, y puede decirse que la fe de los conquistadores colaboró con la espada en la conquista.

Los indios, que admiraban sinceramente a los extranjeros venidos de tan remotas tierras, querían imitarles en cuanto les fuera posible. Convirtiéndose a su religión, se imaginaban adquirir una cierta inmunidad y una mayor fortaleza espiritual y física. Se comprende que los españoles se guardarían de argumentarles en contra de esta creencia, que, al fin y al cabo, les acercaba al Todopoderoso.

De este modo, se encontraron Pedro de Alvarado y sus compañeros, en los dominios guatemaltecos, mejor que habrían estado en su propia patria, bien tratados,

bien servidos y considerados poco menos que como dioses. Ni los mismos reyezuelos Belehé-Qat y Cahi-Imox fueron jamás tan queridos y respetados.

¿Cómo no iba a corresponder el caudillo español a tanto agasajo y buena disposición combatiendo a los zutuhiles, enemigos de Guatemala?

— ¡Pardiez que lo haré con gusto! — solía contestar Alvarado cuando se le interrogaba sobre este punto—. Lo merecen ellos y lo quiero yo. Se ha de someter a todos los indios alzados, y mientras esto no se consiga no puede estar ociosa mi espada.

Y como lo decía lo hizo.

X

La ciudad del lago

Un caballero joven, apuesto y bien parecido que, en una noche de luna, guste de estarse al fresco sin otra compañía que la de sus pensamientos, parecerá un galán enamorado que siente la añoranza de su amor distante. Había motivos para creer que Pedro de Alvarado, muy dado a los paseos de noche por la llanura guatemalteca, fantásticamente hermosa bajo la pálida luz del luminar nocturno, podía pensar en su amada. ¿Sería, en efecto, Cecilia Vázquez, la causa de aquella aparente melancolía que le empujaba a vagar solitario, durante la velada, por las afueras del poblado, mientras sus hombres jugaban a los dados o hacían bailar a las indias en la plaza, al son de las vihuelas?

Seguramente no era Cecilia Vázquez, la enamorada dama española que suspiraba por él en México, el objeto de sus meditaciones. Don Pedro no temía a los flechazos del

amor más que a los dardos envenenados de los indios, que jamás llegaron a inquietarle lo más mínimo. Iba simplemente a estirar las piernas y a pensar en sus futuras victorias, cuando rondaba por las afueras de la ciudad. Si alguna cosa le preocupaba era el temor de que no llegaran a España y a conocimiento del soberano español noticias exactas de sus proezas. Alvarado volvía a recordar que le llamaron el *Comendador* y que todavía era tan sólo un capitán a las órdenes de Hernán Cortés.

¿Amores? No estaba ahora para amores, al menos para amores serios que pudieran encaminarle al matrimonio. Los españoles tenían amores con las indias, pero raras veces se casaban con ellas. En cambio, el noviazgo con una compatriota significaba un compromiso moral inexcusable. Por esto Alvarado, que tenía una gran ambición, no se comprometió demasiado con la prima de Hernán Cortés. ¿Y si más adelante podía casarse con una dama de más alto rango?

Lo más importante, por el momento, era pacificar las tierras que iba conquistando y hacer méritos a los ojos del emperador, en espera de recompensa. Cuando se viera rico, famoso y elevado por las mercedes de la Corona, pensaría en casarse con una mujer que le igualara en fortuna y le superara en timbres de nobleza: Cecilia Vázquez u otra mejor. Entretanto, no tenía más novia que la guerra.

Pensaba, pues, en la guerra preferentemente.

Entre los pueblos indios más levantiscos y cuya vecindad era más molesta para los habitantes de Guatemala, destacaban los zutuhiles, dominadores del lago de Atitlán y su comarca.

No era empresa fácil batir a ese feroz enemigo, refugiado en su peñol del lago, que abandonaba el campo, en los trances de peligro, para meterse en su nido de águilas, colgado a más de 1.500 metros de altura.

Ningún guatemalteco hubiera osado aventurarse a cruzar el lago de Atitlán, largo de 39 kilómetros y ancho de 16, sin haberle sido permitido previamente por los caciques zutuhiles. Lugar agreste, de belleza que intimidaba al hombre más aguerrido, el encanto de las aguas azules desaparecía ante las ásperas y quebradas riberas, donde se levantaban los enormes macizos de los volcanes, todos ellos colocados al Sur y alcanzando la cima de alguno hasta 3.500 metros. Por el Norte, también era la costa inaccesible, acantilada en diferentes puntos y cubiertas las depresiones del terreno por una vegetación espesa y pavorosa.

Gente que hubiese nacido en aquellos parajes había de ser por fuerza aficionada a la guerra. Lo abrupto del paisaje predisponía el ánimo para la lucha. Además, el sitio era una defensa natural inexpugnable.

Cuando los nobles guatemaltecos explicaron a Pedro de Alvarado todo esto, el capitán español preguntó con naturalidad y sencillez:

— ¿Y hay truchas en el lago?

Dijeron los indios que había abundante y excelente pesca.

— Pues uno de estos días iremos yo y los míos a pescar en las aguas de Atitlán — aseguró el caudillo.

Los nobles guatemaltecos se miraron unos a otros sin saber cómo interpretar aquellas palabras del *Hijo del Sol*. Y el caballero de la barba rubia añadió, para sacar de dudas a los indios:

— Los peces que yo voy a pescar no tienen escamas ni están dentro del agua, sino en los peñoles de la costa. Los pescaré, estad seguros; pero, ¡pardiez! no esperéis que me los coma.

No dejó don Pedro pasar mucho tiempo sin llevar a la práctica su propósito. Sus tropas no estaban fatigadas, pues ya en Uatlán les había permitido un largo descanso, y él se encontraba mejor montado a caballo y repartiendo mandobles que solazándose en su palacio de Guatemala, entregado a la vida muelle y perezosa.

— Lo lamento por vos — decía la víspera de la partida a Portocarrero —, que ya estaréis enredado en amores con alguna princesa india, como si lo viera.

El semblante del oficial se arreboló con el carmín de las auroras.

— Sois muy severo conmigo — protestó, bajando la cabeza, esta vez un poco avergonzado —. Verdad es que me gustan las mujeres; mas si estuviera casado con una española, creo que sería un fiel esposo.

— Mi parecer es otro del todo contrario al vuestro. Conozco vuestro flaco y me sospecho el mal de que vais a morir.

— Pues si es de amor — dijo Portocarrero, animándose —, ¡no me ha de pesar, vive Cristo! De más dulce enfermedad nadie muere. Pero observad que no estoy solo en esta amable ocupación de cortejar a las buenas mozas, sean rubias o morenas, indias o cristianas. Todos los españoles que nos acompañan cojean del mismo pie y vos mismo no creo que guardéis fidelidad a vuestra novia de México.

Alvarado sonrió.

— Yo no tengo dada palabra de casamiento a ninguna mujer — hubo de advertir —. Puede haberse dicho otra cosa, pero no debe darse crédito a todo lo que se dice. Lenguas largas no faltan en ninguna parte. Acaso he pensado alguna vez... ¿Mas qué vale el pensamiento amoroso de un soldado que se lanza a las aventuras del Nuevo Mundo? Sí, tenéis razón; no podemos ser fieles a

nuestros pensamientos de amor. Hoy estamos aquí, mañana allá, siempre corriendo tierra y armando guerra, sin saber si viviremos mañana. Nuestros amores no pueden durar mucho; son amores también de aventura, que duran una primavera o un verano. Con todo, habremos de dar cuenta a Dios, cuando nos llame a juicio, por haber sido en nuestros amores como son o me supongo que han de ser los bandoleros.

Y el capitán suspiró, acaso por primera vez en su vida.

* * *

Antes de emprender la marcha sobre Atitlán, se enviaron a los caciques zutuhiles dos mensajeros de paz. Pero éstos no volvieron, porque los fieros señores del lago les condenaron a horrible muerte.

Entonces, sin querer aventurarse en una segunda prueba, que podía dar los mismos funestos resultados de la anterior, Alvarado escogió a sus mejores jinetes y peones, marchando con sesenta de a caballo y ciento cincuenta infantes al encuentro de los rebeldes. Algunos indios notables de Guatemala, entre ellos los príncipes Belehé-Qat y

Cahi-Imox, con un fuerte ejército de cakchiqueles, acompañaron a los españoles.

La marcha se emprendió al amanecer. Antes de ponerse el sol, ya estaba Alvarado con su tropa a la orilla del lago. Ningún indio zutuhil salió a recibirle, clara señal de hostilidad y resistencia. Las aguas del lago parecían como incendiadas por el sol, que tendía al ocaso. Desde la margen adonde habían llegado los españoles, vieron varios islotes de bastante altura, que parecían verdaderos castillos, por estar coronados de guerreros. El primer islote se comunicaba con la orilla por medio de un estrecho viaducto y varios puentes, con soportes clavados en el limo del fondo.

Los guerreros de Belehé-Qat y Cahi-Imox, conocedores del lugar donde se iba a combatir, habían tenido la precaución de traerse trescientas canoas, para echarlas al agua en el momento oportuno, si los zutuhiles cortaban los viaductos y puentes. Pero Alvarado se mostraba siempre impaciente en los combates. Le pareció que embarcar sus soldados en las canoas era perder el tiempo y quiso llegar al primer islote por la angosta calzada que lo comunicaba con la orilla.

Los caballos no hubieran pasado por el viaducto sin peligro de caerse al agua, de modo que los caballeros tuvieron que desmontarse y atacar a pie firme.

— ¡Viva el emperador Carlos V! — gritó el capitán, lanzándose el primero por el viaducto y sin dar tiempo a los indios enemigos a que pudiesen romper los puentes.

Los señores y guerreros guatemaltecos vieron con ojos atónitos cómo un puñado de españoles corrían por el viaducto tras de Alvarado, en alto las espadas llameantes por los reflejos del sol poniente. Como demonios cayeron los castellanos sobre los indios de la isla, los cuales ni osaron defenderse, pues se arrojaron al lago de cabeza.

Se presentaba propicio el momento de tomar venganza, para los indios de Guatemala. Embarcáronse a toda prisa en las canoas que habían traído y lanzáronse en persecución de los fugitivos, que, a nado, intentaban ganar el peñol próximo. Los nadadores, sin embargo, fueron más ligeros que sus enemigos embarcados; éstos llegaron al segundo islote, pero con retraso. Desde allí podía pasarse por un brazo de tierra a la montaña donde tenían los zutuhiles su ciudad. Subir al caserío no eran capaces de hacerlo los guerreros de Belhé-Qat y Cahimox.

— Mañana subiremos nosotros con la ayuda de Dios — dijo Alvarado cuando los cakchiqueles volvieron a la orilla sin haber podido cazar ni un solo zutuhil.

En aquella extremidad del lago, el terreno era llano.

Tenían allí los indios sembrados sus maizales. Al capitán castellano le pareció la orilla más segura que el islote, contra una probable sorpresa. Ya la noche se echaba encima, y había que pensar en reposarse de la jornada.

Asentado el campamento a una distancia prudente del enemigo, los españoles y sus aliados encendieron hogueras y dispusieron a reparar sus fuerzas con una buena cena.

Es de creer que los indios de Atitlán no durmieron aquella noche. Aun creyéndose al abrigo de un asalto, en su elevado refugio, los españoles se habían apoderado tan rápidamente de los islotes avanzados, que por fuerza el resultado del primer choque debió impresionar profundamente a los dominadores del lago. Desde su nido de águilas, podían contemplar el campamento cristiano, con sus tiendas de lona; los pendones; los haces de lanzas; las hogueras, que no dejaron de arder hasta que rompió el día; los centinelas que daban sus voces de alerta, repetidas como por el eco una y otra vez, hasta apagarse y convertirse en un gemido.

Y apenas clareó el alba, rasgaron el aire los sonos estridentes de los clarines, redoblaron los tambores y se produjo en el campamento una gran agitación precursora del segundo y definitivo asalto a las formidables defensas de Atitlán.

Tendrían los españoles que subir a la ciudad saltando de peña en peña como cabras. De nada les servían los caballos y eran un estorbo las armaduras, porque necesitaba el soldado moverse con el mayor desembarazo y agilidad. Algunos se quedaron con el coselete, pero la mayoría optaron por defenderse sólo con la rodela.

Alvarado había pedido informes a los indios amigos para estudiar la topografía de aquellos montes y despeñaderos. Dividió sus fuerzas en dos cuerpos: uno, formado por ballesteros y arcabuceros, contando además con los falconetes, tomaría el camino más difícil, hasta escalar una altura desde donde se pudiera tirar sobre el poblado; otro atacaría de frente, yendo los soldados muy espaciados y procurando resguardarse tras las peñas. A este segundo grupo le estaba reservada la labor más ardua y peligrosa, y por esto quiso mandarlo personalmente el propio capitán.

A retaguardia irían los indios cakchiqueles para dar el golpe decisivo.

Portocarrero y Vázquez, que tenían bajo su mando a los tiradores, fueron los primeros en salir. Alvarado simuló una maniobra con las canoas para distraer la atención de los defensores de Atitlán. Durante algunas horas estuvo repitiendo las intenciones de ataque, sólo aparentes

y sin ponerse al alcance de las grandes piedras que le arrojaban desde lo alto.

— Hay que hacerles creer a los de arriba que no podemos subir — decía el caudillo a sus hombres —. Cuanto más se confíen, mayor sorpresa tendrán cuando ataquemos de veras.

Por fin, sonó una fuerte detonación y se coronó de humo una saliente no muy distante del caserío, colocada aproximadamente a la misma altura. Era el primer cañonazo del grupo que llevaba las armas de fuego, el cual había podido hacerse fuerte en un lugar estratégico.

El efecto fué maravilloso: se espantaron hasta los indios amigos.

¿Qué iban a hacer los de Atitlán para contestar eficazmente a los escopeteros y artilleros de Portocarrero y Vázquez? Se les vió vacilar largo tiempo y responder después con una lluvia de flechas. Pero ya don Pedro de Alvarado y sus bravos peones trepaban peñas arriba, ahora con ánimo de llegar a la fortaleza o rodar muertos por un talud.

Los falconetes seguían disparando de tiempo en tiempo, destacando su horrisono estampido de la descarga de los arcabuces. Los indios no conocían las armas de fuego. Atribuyeron a los españoles un poder sobrenatural, pues les mataban lanzándoles rayos con máquinas infernales.

A cada disparo caía fulminado un zutuhil, y en vano se dirigían los arcos contra el peñasco desde donde los tiradores castellanos iban arrojando plomo sobre Atitlán: los tiros eran cada vez más frecuentes y certeros.

Entretanto iban subiendo los hombres de Alvarado bajo su caparazón de acero, como gigantescas tortugas. Las piedras y flechas de los indios rebotaban sobre los recios escudos, si por acaso lograban tocarles. Porque los asaltantes iban muy separados y abrigándose en los accidentes del terreno, tras de las rocas, y se recogían, formando un ovillo, al estar en descubierto.

Comenzaron los indios vacilando y acabaron siendo presa del pánico. Era ya el mediodía y caía de plano un sol abrasador. El cielo, limpio como el cristal, parecía complacerse inundando de luz el paraje bravío donde dos razas probaban sus dotes y sus recursos para señorear la una sobre la otra. Las monstruosas tortugas de hierro continuaban subiendo lentamente, pero sin retroceder ni un solo paso. Era la raza blanca, al parecer, la más fuerte, porque tenía el arma sutil e insuperable de una superior inteligencia.

Aunque a los defensores de Atitlán les aterraran los cañones y los arcabuces, con su ruido, su humareda y las muertes que causaban, otro terror todavía más profundo les producía la ascensión tarda, pero segura y fatal, de



...se irguieron y lanzaron sobre la entrada de Atitlán.

Alvarado y su gente. ¿Qué intentar contra aquellos hombres insensibles a las pedradas y a las flechas? ¿Qué sucedería cuando llegaran al poblado y saltaran las murallas? Ya se tenía a los más adelantados a treinta pasos, y abajo, en el lago, los indios guatemaltecos habían saltado de las canoas y comenzaban también a subir.

Llegó, por fin, el momento trágico. Repentinamente enmudecieron los cañones y las escopetas, pero se vió venir un enjambre de guerreros del mismo lugar de donde antes venían los tiros. Al mismo tiempo las tortugas trepadoras, que habían ido recogiendo y agrupándose según se acercaban al poblado, se irguieron y lanzaron, dando saltos maravillosos, sobre la entrada de Atitlán. Aunque esperaban y temían el encuentro, aún se vieron los indios sorprendidos por la rapidez con que éste se produjo.

— ¡A ellos! — gritó Alvarado, que fué el primero en abrirse paso entre una muralla de carne.

Su espada empezó a moverse y a herir con la celeridad del rayo.

— ¡Nuestros son! — gritaban los hermanos del caudillo, que entraron tras él y se batían como fieras.

Muy pronto se encontraron reunidos dentro de los muros de Atitlán todos los asaltantes. Era el momento supremo en que iba a decidirse el éxito del combate. Los

indios se cogían de las espadas, mas las soltaban luego, lanzando un alarido de dolor y mirándose las manos ensangrentadas. Y entonces la aguda punta se iba contra el pecho y se les clavaba en el corazón.

Empujando, empujando siempre a la turba, los españoles fueron limpiando de indios la ciudad, pero tras sí dejaban el suelo sembrado de cadáveres. Llegó un instante en que estaban todos los supervivientes acorralados en un extremo del caserío. Le pareció al capitán español que sería ensañamiento prolongar la matanza.

— Dejadles que huyan o que se rindan, si quieren — ordenó a sus oficiales —. Basta ya de sangre. ¡A ver! ¿No se han cogido prisioneros?

Le trajeron unos cuantos indios que daban diente con diente, en el paroxismo del terror. Alvarado les dijo:

— Id a decirles a los vuestros que se sometan al rey de España, de quien son, desde este instante, la ciudad de Atitlán y las tierras que la rodean. Si no se rinden, les perseguiré a dondequiera vayan, aunque fuera al infierno; si aceptan el señorío de España y vuelven a la paz, se respetarán sus vidas.

Tres prisioneros a quienes pudo hacerse entender las palabras del capitán fuéronse corriendo a cumplir la orden. Entraban en aquel momento en la ciudad conquistada los guerreros de Belehé-Qat y Cahi-Imox.

* * *

Aunque los hijos de Atitlán no podían conocer aquel refrán español con el cual da a entender el pueblo que la resignación es indispensable cuando no hay remedio — *a la fuerza ahorcan* —, hubieran penetrado fácilmente su sentido. Se rindieron todos los zutuhiles al conquistador de la barba rubia. Resistir podían aún, internándose en la montaña o subiendo hasta cerca de la cumbre. Pero ¿qué harían allí, sitiados entre la nieve y sin alimento que llevarse a la boca? Entretanto los españoles y guatemaltecos destruirían sus casas, sus campos de maíz, sus cacahuatales, toda su riqueza.

El jefe de la tribu comprendió en seguida la necesidad de la capitulación. Nunca aquella tierra había sido tomada por las armas; jamás, hasta ahora, la holló con su planta el enemigo. Pero los españoles tenían un poder superior, contra el cual los guerreros indios habían de reconocer su impotencia. Rindiéronse, pues, los zutuhiles a discreción, y regalaron a Pedro de Alvarado todo el oro y todas las piedras que poseían.

La entrevista del caudillo castellano y los notables de Atitlán, fué más cordial de lo que podía esperarse después de tan rudas batallas. También Alvarado obsequió

a los cabecillas indios con presentes, que si bien no eran ricos, tenían para los naturales del país el valor de su rareza y el de serles entregados por hombres a los cuales admiraban casi con fervor.

Cakchiqueles y zutuhiles hicieron las paces, comprometiéndose a vivir en adelante como amigos y a respetarse mutuamente sus propiedades. Reconociéronse como súbditos del rey de España y juraron obediencia a su representante el *Tonatiuh* o Hijo del Sol. Este, en cambio, se ofreció a pacificar otras tribus que, como la de Izcuintepéc, hacían la guerra a los de Atitlán. La pacificación era una cadena interminable, de la cual formaban los eslabones los pueblos alzados. Se conquistaba una comarca y había que acudir en seguida a otra para asegurar su frontera. Sin duda las diferentes tribus se acostumbraron a vivir siempre guerreando unas con otras, y Alvarado no podía saber hasta dónde le llevarían los compromisos que iba contrayendo con los jefes de los pueblos sometidos. Eran éstos como señoríos feudales, que vivían continuamente con las armas en la mano.

Vueltos a Guatemala, para prepararse para una tercera embestida más al interior, los españoles dedicaron este nuevo período de descanso a la labor catequística.

Fray Bartolomé de Olmedo decía misa todos los días en un altar improvisado, donde una imagen de la Virgen,

pequeña y bella escultura que Francisco de Garay regaló, al morir, al fraile mercedario, emergía de un montón de flores.

Los españoles tenían mucha devoción a la pequeña imagen y los indios la adoraban. Ante su hermosura, comprendieron la fealdad horrible de sus ídolos grotescos. La religión cristiana les entraba al despertarse en ellos el sentimiento de la belleza, y, poco a poco, fray Bartolomé iba disipando las tinieblas de la idolatría, iluminando el alma de los salvajes con nociones de la justicia y de la virtud. Tuvo que enseñarles a rendir culto a la Virgen, Madre del Salvador del mundo, explicándoles la distancia inconmensurable que la separaba de las demás mujeres. El frailecico hablaba a los indios el lenguaje que mejor podían comprender y su ardiente fe le hacía realizar verdaderos milagros. Tal era su elocuencia que no sólo lograba la conversión de los indios: iba en esto más lejos, pues fijaba en su alma con impresión imborrable las nociones cristianas; hacía amar a Dios por haberle comprendido y encontrado en sus corazones.



Batallas, descubrimientos, sueños de gloria

Ganadas las ciudades de Quezaltenango, Utatlán, Guatemala y Atitlán con sus tierras comarcales, el jefe de la hueste castellana pensó que quien hace el más mejor puede hacer el menos; es decir: se propuso añadir a sus ya vastos dominios otros territorios de la que había de llamarse con el tiempo América Central. No se limitarían sus andanzas de exploración y conquista a la que es hoy República de Guatemala: se internaría en El Salvador, llegando hasta donde quedara su ambición satisfecha, a ser esto posible.

La obra realizada en seis meses era formidable, y, sin embargo, Alvarado no tenía bastante. Pudo quedarse en Guatemala a disfrutar de los honores que le tributaban los pueblos sometidos o volverse a México con su botín. Un ambicioso vulgar lo habría hecho así; pero la casta de héroes a la cual pertenecían los capitanes castellanos del siglo XVI estaba a la altura de su glorioso destino. Alvarado, como Cortés, como Balboa, como Ponce de

León, codiciaba el oro de las Indias; pero estimaba en mucho más el cumplimiento total de su misión histórica. No eran aquellos capitanes unos simples aventureros sin otro ideal que el muy bajo y plebeyo de enriquecerse. Si no hubiesen sentido nada más que la sed de oro, calmada esa sed, conseguido el premio material que recompensaba su esfuerzo, habrían regresado a España sin meterse en nuevas aventuras.

Querían hacerse ricos, es cierto; pero también querían servir a Dios, a su patria y a la aspiración universal de progreso. No se retiraban a disfrutar de sus ganancias cuantiosas, sino que arriesgaban sus caudales en nuevas empresas y generalmente venía a sorprenderles la muerte cuando estaban todavía batallando y abriendo nuevos senderos al conocimiento del mundo. Catequizaban los indios, exploraban sin descanso, fundaban ciudades y establecimientos agrícolas, daban forma de gobierno civilizado a los pueblos que se rendían al poder de su espada y era, en fin, su mayor afán introducir en las tierras vírgenes las normas, las costumbres y las leyes sabias de la vieja Europa.

Es posible que todo ello lo hicieran pensando que les recompensaría el emperador otorgándoles títulos de nobleza y la investidura de adelantados y gobernadores. Esta ambición es legítima en hombres de mérito excepcional;

tan caros pagaban los honores aquellos valientes capitanes, que no se les puede confundir, sin notable injusticia, con los logreros de nuestros días.

El lector ha de perdonarnos este pequeño discurso y que apresuremos ahora la narración de las hazañas de Alvarado sin entrar en detalles. Estos serían casi siempre los mismos, porque las batallas se parecen todas. No puede este libro alargarse mucho sin caer en la monotonía, y el lector preferirá seguir el camino recto para llegar más pronto al desenlace.

Alvarado cumplió la palabra dada a los nobles de Atitlán y fué con su ejército a pacificar el reino de Panatacatl que tenía por capital el poblado de Escuintla. Era tierra difícil por sus espesos bosques y frecuentes ciénagas. Los españoles durmieron tres noches a campo raso, mas al cuarto día entraron en Escuintla después de rudo combate. Hubo gran matanza de indios y murió también el reyezuelo de Panatacatl, atravesado el cuello de una estocada.

Rendidos los de Panatacatl, otras tribus comarcanas fueron a ofrecerse como vasallos de los conquistadores blancos, que estuvieron en Escuintla una semana completa.

El propósito de Alvarado era penetrar cien leguas adelante, por manera que continuó su marcha, pasando

por varios pueblos que halló desiertos. Los indios preferían huir a probar suerte, resistiendo al invasor.

Observaron los españoles, según iban calando el país, que los indios hablaban otra lengua distinta a la de los habitantes de Guatemala. Esta fué una seria dificultad para entenderse con los indígenas. No tenían ahora, los exploradores, intérpretes. De haberlos tenido, tal vez se hubieran evitado algunos choques sangrientos. Cuando los hombres no se entienden es cuando riñen.

Un tropiezo serio tuvo Alvarado a poco de haber entrado en Nacendelán, pueblo muy grande y rico. Ello fué que entró receloso, porque había visto muchos indios en los alrededores, armados de punta en blanco. Por si acaso no se pudiera sostener en el pueblo y le obligara el enemigo a retirarse, dejóse atrás la impedimenta, esto es, todo el bagaje que llevaban los indios de carga, con sólo la escolta de diez caballistas.

Nunca lo hiciera, porque le costó la pérdida casi total de cuanto llevaban los *tamenés*, más la vida de muchos indios amigos.

Los de Nacendelán cayeron por sorpresa sobre la retaguardia, y los diez jinetes, aunque no dejaron de batirse como bravos, poco pudieron hacer por impedir que el enemigo se llevara los fardes y matara a un buen número de cargadores. La lucha fué muy desigual, pues se hallaban

los españoles en una proporción de uno por cien, separados del grueso de la fuerza, que se había adelantado con el capitán.

Tan pronto tuvo noticia de lo sucedido, envió Alvarado a su hermano Jorge, con cincuenta de a caballo, a socorrer a los rezagados. Pero el socorro llegó tarde. Nada de lo perdido pudo ser recobrado. Aparte los indios amigos que hallaron la muerte en aquel trance, era muy sensible la pérdida del herraje para los caballos, del que siempre sufrían escasez los exploradores, hallándose por ello en muy duros aprietos. Además, se llevaron los de Nacendelán toda la ropa, que se repartieron haciéndola pedazos, y el hilado de las ballestas.

Jorge de Alvarado castigó a los indios duramente en un sangriento combate; pero tuvo que volverse al caserío, porque el enemigo se había refugiado en la sierra, tan agra que no permitía subirla con los caballos. Fué luego Portocarrero con gente de a pie, a ver si podía reducir a los alzados; mas también éste fracasó en su difícil misión.

La situación de los españoles comenzó a ser con esto muy comprometida. Los indios, envalentonados por su victoria, rechazaban los mensajes de paz que porfiadamente, pero siempre sin resultado satisfactorio, les enviaba el capitán castellano.

En casos semejantes, todos los grandes generales han procurado salir del mal paso avanzando más en sus conquistas, no retrocediendo, porque una retirada es siempre ocasionada a complicaciones graves. Alvarado, pensando así, siguió adelante, dispuesto a abrirse camino a punta de lanza. Tuvo un durísimo combate en Pazaco, del que salió victorioso, y continuó la marcha hasta Mopicalco, donde también le resistieron los indios bravamente, aunque les desbarató y venció tras de heroicos esfuerzos. Llegado luego al caserío de Acatepec, lo halló desierto, por lo cual no quiso detenerse allí, y se corrió a la costa, para ir a otro pueblo cuya playa bate el mar del Sur, llamado Acajual.

Aquí tuvo el *Tonatiuh*, como llamaban los indios a don Pedro, una de sus más grandes y sonadas victorias; pero también le dejó este glorioso hecho de armas un recuerdo amargo para toda la vida, pues quedóse lisiado de una pierna y ya nunca más pudo andar con aquella gallardía suya tan española.

* * *

La playa era despejada y hermosa. Se prolongaba con una vasta llanura, rematada en un extremo por los acantilados de la montaña, que venía a juntarse con el

mar. La llanura, larga más de una legua, la ocupaba el ejército indio más numeroso y mejor uniformado que habían visto los españoles desde que salieron de México.

No bajarían de treinta mil guerreros los que esperaban la llegada de los hombres blancos en la playa de Acajual. Iban todos fantásticamente empenachados con plumas rojas y azules, que parecían llamas. Sus lanzas eran muy largas y recias, y sus arcos, poderosos. Pero lo más curioso de su equipo había que verlo no en sus armas ofensivas, sino en las defensivas. Iban todos cubiertos por una especie de armadura hecha de un tejido de algodón y semejante al sistema de cáñamo trenzado que se emplea como suela de las alpargatas. El espesor de sus corazas y perneras no sería menor de tres dedos. Se hubiera necesitado la fuerza de un gigante para atravesarlas con la espada. En cambio, tenían un punto débil, y era que aquellas armas resultaban más embarazosas, para el que las llevaba puestas, que los vestidos de hierro de los españoles.

Alvarado contaba escasamente con doscientos cincuenta castellanos, entre ellos cien de a caballo; pero los indios adictos que le acompañaban eran más de cinco mil, todos aguerridos y bien armados.

No quiso el capitán precipitar el ataque, porque los de Acajual encontrábanse en situación muy favorable

para correrse a la montaña, que tenían detrás, y entonces vencerlos habría sido imposible. Convenía apartarles de aquel refugio, llevándoles más al centro de la llanura.

Dejó el caudillo el grueso de su fuerza a una media legua de distancia del lugar donde esperaban los de Acajual y se adelantó él con todos los hombres montados. Iban a jugar con el enemigo como hacen los rejoneadores con el toro, al cual se llevan casi pegado a la grupa, dando la sensación de la cogida inminente, y, de pronto, esquivan el caballo, le obligan a revolverse rápidamente y clavan el agudo rejón en el lomo de la fiera.

Los cien jinetes de Alvarado, con su capitán a la cabeza, acercáronse a los guerreros de Acajual como si fueran decididos a romper sus filas. Pero luego, fingiéndose asustados de aquella multitud que les recibía en medio de la chillería más espantosa, volvieron grupas y echaron a correr llanura adelante. Los indios se fueron tras ellos con la rabia ciega de la res brava que persigue al caballero lidiador. Era lo que quería Alvarado. Este y sus jinetes procuraron no extremar la velocidad de la carrera, al efecto de que los indios no se quedaran muy atrás. Procuraban tenerlos casi pegados a la cola de los caballos. De este modo el enemigo creía más segura la caza de los cien caballeros y no le preocupaba el hecho de distanciarse de la montaña. Disparaban sus flechas, que iban a rebotar

en el hierro de las armaduras o herían a los caballos en las ancas. También algunos jinetes resultaron heridos; no obstante, continuaban, imperturbables, su juego y cada vez parecían más próximos a caer en las garras de sus perseguidores.

Así estuvieron corriendo hasta cerca del lugar donde esperaban los infantes españoles y los indios aliados. Era el momento previsto para lanzarse al ataque. Ya los de Acajual no podrían buscar el refugio de los peñascos, muy distantes de allí, y si volvían la espalda podrían los españoles causar en ellos un terrible destrozo.

Así aconteció. A una voz de su capitán, los caballeros castellanos picaron espuelas y se separaron de la turba obra de un tiro de ballesta. En seguida dieron la vuelta y cayeron sobre los indios como una tromba.

Entonces se vió cuán poco eficaces y cuán estorbosos eran los petos, espaldares y perneras de algodón que llevaban los soldados de Acajual. Lo que había de servirles para defender la vida les ocasionó la muerte. Les embrazaba el vestido, restándoles libertad para los movimientos, y al ser atropellados por los caballos, se les caían o torcían las corazas, se les enredaban los brazos y las piernas con las defensas, y los españoles podían herir a placer y aprovechar todos los golpes.

Cuando llegaron los infantes con sus picas y espadas

y los indios de reserva con sus hachas y cuchillos, la matanza fué horrible. Los caballos derribaban a los contrarios, quienes ya no volvían a levantarse, porque la gente de a pie acudía a rematarlos sin perder segundo. ¡Bien se vengaron los indios amigos de España del revés sufrido en Nacendelán! Nada quedó del brillante ejército que horas antes esperaba en la playa la llegada de los españoles. Es decir: quedó la llanura sembrada de muertos, ofreciéndose a las aves de rapiña un festín que duraría largos días.

Entre los heridos españoles, pues los hubo en crecido número, se contaba su jefe, que recibió un flechazo en una pierna, muy profundo y doloroso. La flecha entró por la silla de la montura y llegó hasta el hueso del caballero, que se quedó cojo para toda la vida.

No se dolió mucho, sin embargo, de este desgraciado accidente. Lances son de la guerra que no pueden impresionar a un soldado de raza. Alvarado se metió en el caserío de Acajual, donde estuvo curándose durante cinco días. Le quedaría una pierna cuatro dedos más corta que la otra; pero, en cambio, había ganado a los indios una gran batalla. Se tendría noticia de su victoria en todos los pueblos comarcanos, y era ahora, por tanto, más fácil llegar a la completa pacificación del país. Las tierras conquistadas bien valían cuatro dedos de pierna.

* * *

Los españoles se las prometían felices después de la batalla de Acajual y la matanza de indios que en ella se hizo. No obstante, hubiera sido necia porfía pretender que los indios se acabaran. ¿Quién acabaría el agua del mar o las arenas de la playa? Los indios brotaban por doquiera, cada vez formando ejércitos más numerosos y compactos.

Si Alvarado no se estuvo más de cuatro días en Acajual fué porque tuvo noticia de que se le venía encima otra nube de salvajes. Montó a caballo como pudo, pues su herida era grave y le daba mucha fiebre. Los demás españoles maltrechos siguieron su ejemplo, y es que no tenían sino dos conductas entre las cuales escoger: o dejarse morir, abandonados en el pueblo por sus compañeros, o seguir adelante. Llegaron a otro caserío, desde donde envió el capitán una avanzada a explorar el terreno, y como el resultado de la exploración fuese para poner el corazón en un puño, marchó don Pedro decidido a jugarse el todo por el todo.

Los indios esperaban al enemigo invasor una legua más adelante del pueblo de Tacuxcalco, en un paraje boscoso y difícil para los caballos. Sumaban muchos miles

los defensores de aquella tierra y aparecían armados con terribles lanzas de más de treinta palmos. "Era para espantar verlos de lejos", escribió, más tarde, el propio Alvarado al hacer la relación de aquel sangriento choque.

El capitán dividió la fuerza en tres cuerpos, puestos bajo el mando de sus hermanos Gómez, Gonzalo y Jorge, mientras él, que no estaba en condiciones para afrontar la lucha, se subió a un carro, con una guardia de indios adictos, y desde allí observó las peripecias del combate. Nunca había sufrido tanto combatiendo como sufrió viendo combatir. Se impacientaba de tal modo, que, a no detenerlo sus escuderos, habríase lanzado contra las filas enemigas, olvidando que ni fuerzas tenía para sostenerse a caballo. Verdad es que se pasó algún tiempo antes que los españoles acometieran a los salvajes, y aquellos momentos de vacilación hicieron sospechar al capitán que los suyos tenían miedo. ¿Miedo los soldados de España? Menos le hubiera asombrado ver desmoronarse la bóveda celeste.

Al fin, los españoles atacaron. No lo habían hecho antes por temer que fuese muy blando el terreno de un prado que les separaba de los indios. Cuando se cercioraron de la firmeza de la tierra, seguros de que allí no había ningún barrizal donde pudieran hundirse caballos y caballeros, lanzáronse al ataque con ejemplar arrojo.

También de esta nueva y amarga prueba salieron con éxito las armas españolas y murieron en la batalla casi tantos indios como en Acajual. Avanzaron después los exploradores hasta pasar de las cien leguas que se había propuesto calar el capitán; pero la tierra no se acababa ni los indios tampoco tenían fin. Llegó un momento, después de haber pasado por nuevos pueblos y de haber vencido la resistencia de los tenaces, en que los españoles halláronse exhaustos, casi todos heridos y ofreciéndoseles por delante un porvenir tan intrincado como al comenzar su marcha. Ya era locura continuar avanzando. Alvarado buscaba el cabo de aquella tierra, y a cuatrocientas leguas distantes de México (más de dos mil kilómetros), todavía no tenía el menor indicio de un término fijado por el mar. Y el país aparecía, según iban calando leguas, más montañoso y duro, más poblado de bosques impenetrables, más agro y hostil, más abundante de fieros moradores.

Se había echado encima el invierno. Los exploradores, nunca suficientemente alimentados, carecían asimismo de buenos abrigos. Llovía con frecuencia y la temperatura era glacial. Por otra parte, eran ya tan numerosos los indios que cerraban el paso a los hombres de Alvarado, que llegó a ser humanamente imposible romper sus filas y dispersarlos.

Dióse cuenta el caudillo español de su impotencia estando en la ciudad de Cuxcaclán, cuyos habitantes habían huído todos a la sierra. En vano les estuvo enviando mensajeros de paz un día y otro; en vano les amenazaba con hacerles esclavos, grabando en su carne una marca de fuego; en vano procesó y condenó a los cabecillas rebeldes; en vano fué a buscarles entre los breñales y se batió con ellos muchas veces. Los indios resistían siempre, y las montañas se veían cada vez más pobladas de guerreros según iba pasando el tiempo. Diez y siete días de esfuerzos desesperados dieron por resultado que se formaran verdaderas nubes de salvajes. Si éstos se hubieran dejado caer sobre Cuxcaclán, ningún cristiano habría vuelto a Guatemala.

Alvarado comprendió que las energías del hombre más esforzado tienen un límite y que es insensato abusar por tiempo indefinido de la protección del cielo. Y decidió volverse a Guatemala, dejando para el próximo verano la gigantesca empresa de seguir penetrando lo desconocido.

Aunque le contrariase grandemente el hecho de no haber podido encontrar el fin de los territorios donde se hallaba metido, en cambio debía satisfacerle haberlos descubierto tan vastos, pues mayores serían así los dominios de España en Indias. Ya los comparaba con las tierras

conquistadas por Hernán Cortés, y le parecían más ricos y extensos. Además, los informes adquiridos durante la marcha abrían el pensamiento a la fantasía. Los hijos del país hablaban de ciudades maravillosas, levantadas más allá de Cuxaclán; de campos fértiles; de yacimientos preciosos; de reinos sabiamente gobernados; de minas de oro de abundante filón.

Se prometió Alvarado ser él mismo quien descubriera tanta maravilla, ya que nadie con más derecho podría hacerlo, y se vió elevado por el rey de España a los más altos sitios, distinguido con los más grandes honores.

No fué, pues, muy triste el regreso a Guatemala, aunque volvían los expedicionarios con hartos quebrantos, casi todos enfermos y no sobrados de botín. No volvían, sin embargo, con las ilusiones perdidas; por el contrario, sólo esperaban curar de sus achaques, reponer sus fuerzas y empezar de nuevo la marcha, siempre bajo las órdenes de su intrépido caudillo.

Dijeron los prisioneros hechos en Cuxaclán que se podía ir del Pacífico al Atlántico, aunque no había menos entre ambos mares de un invierno y un verano de andadura. Ello, que tomó Alvarado al pie de la letra, hubo de excitar todavía más la imaginación de los españoles, ya naturalmente inclinados a exagerar estas cosas.

Se hizo el camino de vuelta sin tropiezo. Al llegar a

la llanura de Tecpán, fundó Alvarado la ciudad de Santiago de los Caballeros, la primera española que nacía en aquellas latitudes ⁽¹⁾. Nombró alcalde, regidores, escribano del Cabildo, alguacil mayor y cura de la incipiente colonia, y allí se quedó, con su gente, a descansar del largo y duro ajeteo.

Estaba en relación estrecha y cordial con los señores de Guatemala y los caciques de las tribus comarcales; tenía cuanto podía apetecer para su regalo y el bienestar de los suyos; se carteaba con Hernán Cortés, a quien recomendó ahora con más insistencia y energía pidiera al emperador un premio para los que con tanta fe, buena voluntad y enormes sacrificios le habían servido en tierras guatemaltecas.

Era su obsesión. En carta escrita el 28 de julio de 1524, es decir, al poco tiempo de haber regresado de su exploración agotadora, decía al conquistador de México: "...Suplico a vuestra merced haga relación a su majestad de quién soy yo y de cuánto le he servido en estas tierras, así como de los lugares por donde ando, y lo que llevo conquistado, y la voluntad que tengo en servirle en lo fu-

⁽¹⁾ La ciudad de Santiago de los Caballeros hubo de ser trasladada, años después, por el mismo Alvarado a las márgenes del río Pensativo y al pie del volcán del Agua; pues su primitiva situación ofrecía inconvenientes serios a los colonizadores.

turo, y cómo en su servicio me han lisiado de una pierna y cuán poco sueldo hasta ahora hemos ganado yo y los bravos hidalgos que están en mi compañía, por manera que ningún provecho sacamos de los esfuerzos llevados a cabo”.

Hernán Cortés escribió al emperador Carlos V como se lo pedía don Pedro de Alvarado y envió a éste un refuerzo de doscientos españoles bien equipados y con excelente armamento.

XII

Alvarado en España

Corriendo pasan los años lo mismo para los que llevan una vida agitada y aventurera que para las gentes apacibles y modestas que emplean la mayor parte de su tiempo en trabajos vulgares, sin transcendencia en la historia. Tal vez los hombres más humildes, los de existencia obscura, los contemplativos, aquellos para quienes la vida es un tranquilo aguardar la muerte, son los que mejor saben ver la cabalgata de los días, al transcurrir éstos veloces, uno tras otro, hacia el abismo donde fatalmente se precipita lo caducado. Los elegidos entre el inmenso rebaño humano para cumplir una misión transcendental; los que viven intensamente por una capacidad de acción o de pensamiento que sobresale de lo común; los héroes del esfuerzo físico, de la virtud y de la inteligencia, suelen ser los más sorprendidos cuando el peso de la edad debilita las energías del cuerpo y del alma. Se les ha pasado el tiempo sin sentirlo. Estaban tan ocupados en sus grandes empresas, que no pudieron advertir cómo envejecían. La

vida es breve hasta para aquellos que llamamos inmortales.

Esto lo escribe el autor de este libro porque, no habiendo sido su propósito seguir paso a paso toda la vida de don Pedro de Alvarado, sino recordar sus proezas con un cierto lujo de pormenores que hagan más amena la narración de las mismas, se ve ahora obligado a dar un salto en el tiempo, dejando una laguna de silencio que abarca varios años de la vida del héroe. Es que también la vida de un gran hombre tiene sus períodos de vulgaridad o de esfuerzos menores, cuyo relativo interés no es el que puede destacar en una lectura novelesca. Acaso lo mejor de la obra de Alvarado, seguramente lo más útil para su patria, es lo que se deja descrito en los capítulos anteriores. Lo que falta por decir es también interesante; pero se trata de lances dramáticos en empresas heroicas que no coronó el éxito. Y esos lances no se produjeron con rápida sucesión, como se suceden los días, sino en momentos solemnes, que son como las imponentes cascadas de un río que tiene largos trechos de curso sosegado.

Pasaron algunos años después del regreso a Guatemala de los exploradores que calaron la tierra del nuevo continente en su parte central. Don Pedro de Alvarado, decidido a quedarse en el país por él descubierto y sometido al imperio de España, se preocupó por poblarlo de

españoles que enseñaran a los indios los oficios y labores que hacen la prosperidad de los pueblos. No todo había de ser despearse por las montañas en prolongadas exploraciones y andar a cintarazos con las tribus rebeldes. La tierra que se gana entrando en ella violentamente y con efusión de sangre, no puede dar fruto si a los ímpetus arrolladores de la guerra no siguen los trabajos de la paz.

Aquello en que más se interesó el caudillo castellano, después de su regreso de Cuxcaclán, fué en la edificación y desarrollo de Santiago de Guatemala, la naciente villa española. Con la llegada de los doscientos compatriotas que envió Hernán Cortés desde México, la colonia recibió un considerable empuje; se aceleró la construcción de casas y aumentaron los repartimientos de tierras para el cultivo. Ya se hacían ensayos con semillas traídas del Viejo Mundo y se implantaba la cría de animales domésticos, aclimatados al país. Los indios aprendían a curtir las pieles, a trabajar la madera, a servirse de la argamasa para las obras de fábrica, a labrar la tierra por un sistema más racional y práctico que el suyo primitivo. Se levantó un templo cristiano y se decía misa todos los días. Llegaron de México misioneros que enseñaban a los guatemaltecos el Catecismo y la lengua castellana. Se estableció el comercio a base de la moneda o peso de oro y había nombrado un cabildo para la administración de los bienes

públicos. Se casaba a los indios como manda Dios y con la solemnidad que tiene por tradición la Iglesia católica. En fin, la vieja Europa entraba en Guatemala, por vía española, con sus costumbres, sus leyes, su organización, sus creencias religiosas, sus tradiciones, sus vestidos, sus labores útiles, su administración de justicia, sus ideas y sentimientos.

Alvarado intentó varias veces ensanchar los dominios que tenía conquistados para España; pero no contaba con los elementos necesarios, y siempre tuvo que aplazar la realización de su propósito antes de tener completamente preparada la expedición. Fray Bartolomé de Olmedo le hacía comprender que era mucho más conveniente consolidar su poder en los territorios sometidos y dejar para más tarde las aventuras. Por otra parte, los españoles, que tenían ahora en Guatemala su casa y sus campos, no se mostraban propicios a meterse en nuevos lances de guerra, en los que lo seguro era exponer la vida, pasar grandes trabajos y sufrir hambres. Preferían cuidar su hacienda, que les prometía un rendimiento cierto.

Pero como el capitán no sabía estarse mano sobre mano ni era hombre para gobernar en la paz, pensó emplear su tiempo ocioso haciendo un viaje a España para gestionar personalmente las mercedes del emperador, que se tenía bien merecidas.

Clavada en el corazón, como una espina, sentía una duda. ¿Era Hernán Cortés constante en la amistad que de antiguo le había profesado? La recompensa a sus esfuerzos tardaba en llegar, y don Pedro, espíritu sencillo, receló una traición del gobernador de México. Acaso Hernán Cortés pretendiera echar toda el agua a su molino; quizás nada escribió al emperador que realizara a los ojos de su majestad las proezas de los españoles de Guatemala.

En vano fray Bartolomé esforzóse por hacerle entender que las cosas de palacio suelen ir despacio y que el mismo Cortés debía tener enemigos en la corte, donde seguramente abundaban los envidiosos intrigantes. El fraile, con su buen sentido y larga experiencia en el trato de los hombres, se puso en lo justo. Hernán Cortés había gestionado para don Pedro y sus hermanos, así como para todos los españoles que se distinguieron en la conquista de Guatemala, los honores y nombramientos debidos. Pero Alvarado, hombre leal, rectilíneo y claro en todas sus cosas, no entendía que se pudiera dejar sin premio una labor heroica y fecunda, como era la suya. Por otra parte, ya en la conquista de México había hecho méritos sobrados para merecer una recompensa del emperador.

Viéndole fray Bartolomé siempre mohino y desapacible, porque la ociosidad contribuía a excitar su impacien-

cia, acabó por aconsejarle él mismo que hiciera un viaje a España. Y al despedirle, le dijo, temiendo alguna imprudencia propia de su carácter súbito y fácil a los arrebatos:

— Andate siempre en la corte con mucho tiento, que aquellos personajes cortesanos no son indios a quienes se pueda dominar con un alarde de valor. Si hubiera de haber un indio verdadero en torno de su majestad, ese serías tú, que no tienes malicia ni experiencia ninguna del mundo. ¡Quiera Dios iluminarte y guiar tus pasos!

* * *

Debían florecer los cerezos en España cuando don Pedro de Alvarado, en el año 1527, tomó el camino de México, decidido a embarcarse en Veracruz con rumbo a la madre patria. Era ya un hombre maduro, cuarentón, y había perdido buena parte de aquella gracia y simpatía juveniles que le valieron el sobrenombre de *Tonatiuh*, con el cual pretendían emparentarle los indios con el astro rey. Curtida la piel de su cara, ya revuelto con un poco de plata el oro de su barba y su cabello, cargado de hombros y corto de una pierna, debió desvanecerse la ilusión

de amor de Cecilia Vázquez, si acaso le vió al pasar por México. No era el mismo gallardo oficial que, cuatro años antes, encendiera una tan gran pasión en la prima de Hernán Cortés.

Y sin embargo, fué entonces cuando el amor llamó en las puertas de su corazón, que, al menos aparentemente, se abrieron sin resistencia. Cuando Alvarado se presentó en la corte de Carlos V, había contraído matrimonio con doña Francisca de la Cueva, sobrina de un hombre influyente, el secretario de su majestad. Si el enlace no lo motivó el amor, tuvo por causa la conveniencia. El tío de su mujer había de prestar a don Pedro inestimables servicios. Y don Pedro de Alvarado, que no había tenido en cuenta la pasión de Cecilia Vázquez ni la fidelidad que debía a una india, madre de su hija natural, Leonor Alvarado Xicotencalt, puede creerse que se casó más con el secretario del emperador que con la sobrina. Es decir: probablemente no fueron los encantos de doña Francisca, sino la influencia del tío cortesano, la verdadera razón de su matrimonio.

Vió Alvarado al emperador Carlos V, por primera vez, en Valladolid, cuando el hijo de Felipe *el Hermoso* y de doña Juana *la Loca* acababa de cumplir los 27 años. Hacía diez justamente desde que hizo el monarca su solemne entrada en la misma ciudad, coincidiendo con la

muerte del cardenal Cisneros, bajo cuya regencia había estado el gobierno de España.

Alvarado, forastero en la corte, sentíase tan cohibido que, a no ser por Francisco de Cobos, es posible que se hubiese embarcado de nuevo sin ver al rey. Este, recién casado con doña Isabel de Portugal, se había desprendido muy pronto de los dulces brazos de su joven esposa para concentrar toda su atención en la defensa contra la *Liga Santa*, formada por el papa Clemente VII, la República de Venecia y el duque de Milán, aliados con Francisco I, el rival de Carlos V.

Llegó Alvarado a España en un buen momento, pues el rey habíase aligerado de preocupaciones y podía emplear su tiempo oyendo la pintoresca narración que de sus propias hazañas le hiciera un oscuro hidalgo regresado de Indias. Un año antes, aparte la amenaza de la *Liga Santa*, inquietaba profundamente al soberano el hecho de haberse sublevado sus tropas, por falta de pago, estando en guerra con los franceses. Pero ya el papa habíase separado de la Liga, después del golpe de mano dado en Roma por el duque de Sessa, el general don Hugo de Moncada y los Colonna, que determinó la rendición del ejército pontificio. Siguieron a este acontecimiento los tristes sucesos de Roma, los actos de vandalismo a que se entregaron los soldados alemanes y españoles en la ciudad santa,

sucesos por los cuales vistieron el rey y la corte de luto y se hicieron rogativas de desagravio.

Aunque Francisco I seguía sumando elementos contra su rival y continuaban en Italia los combates entre españoles y afiliados a la Liga, la derrota del papa significaba para Carlos V un paréntesis de descanso, ciertamente muy corto, porque el emperador había extendido demasiado su poder para vivir tranquilo siquiera unos cuantos meses. Con todo, la oportunidad de la llegada de Alvarado era evidente: estaba el emperador en uno de sus mejores momentos, halagado asimismo por el nacimiento de su hijo Felipe.

Francisco de Cobos preparó el ánimo del monarca para inclinarlo a favor de Alvarado. No era difícil hacerle comprender las causas justas cuando tenían éstas buenos abogados. Aunque los españoles no llegaron a quererle nunca entrañablemente, a pesar de sentirse deslumbrados muchas veces por el esplendor de su gloria, Carlos V merecía la adhesión fervorosa del pueblo. Era joven, apuesto, arrojado, inteligente, soñador, ambicioso insaciable de poder, astuto y hábil político. Su figura hubiera impresionado profundamente a los españoles si no molestara a éstos verle siempre rodeado de extranjeros, sus compatriotas, a quienes confió los cargos más importantes de la nación. Pero no era puro favoritismo esta preferencia:

conocía muy bien a los hombres y sabía escoger a los mejores para su servicio. Así aconteció siempre que halló dispuestos al sacrificio a cuantos vivían a su alrededor y podían darse cuenta de las cualidades eminentes del soberano.

Francisco de Cobos le halló predispuesto en contra de Alvarado, por ser éste íntimo amigo de Hernán Cortés. Por aquel tiempo se había formado en la corte una atmósfera hostil al conquistador de México, sujeto a proceso por supuestos excesos cometidos en sus andanzas por tierras mexicanas. Pero el emperador, que sabía lo que era la guerra — tantas emprendió que hubo de arruinar con ellas a España —, sentíase propicio a disculpar a los heroicos conquistadores del Nuevo Mundo, cuyo valor y tenacidad insuperables armonizaban perfectamente con el carácter y con las ilusiones del nieto de los Reyes Católicos.

Carlos V estaba labrando la grandeza de España, admirada y temida en todo el mundo, y los conquistadores de Indias luchaban denodadamente por ensanchar los dominios de Carlos V, el príncipe más poderoso de la tierra. ¿Cómo no iban a simpatizar y entenderse? Al principio, le pareció a Pedro de Alvarado que el monarca, con su aire concentrado y melancólico, no podría conmovirse oyendo contar sus proezas a un tosco oficial con trazas de

aventurero. Pero el claro talento del emperador, ayudado por la intervención tenaz y efusiva de su secretario, facilitaron extraordinariamente el camino al conquistador de Guatemala, quien, al fin, alcanzó la cordial acogida que necesitaba.

* * *

No fué, sin embargo, cosa fácil salir con bien del enredo que le habían armado algunos envidiosos que le conocieron y trataron durante la campaña de México. Se encontraba intrigando en la corte un mortal enemigo de Hernán Cortés, Pánfilo de Narváez, a quien se debían en mucha parte los cargos que se hicieron pesar sobre la cabeza del gran conquistador. Un tal Gonzalo Mejía, a la sazón también en España, acusó a Pedro de Alvarado por actos reprobables más o menos supuestos o reales, y éste tuvo que andar en tratos con la justicia bien a pesar suyo.

También le aconteció — y esto fué más grave — que se puso enferma su mujer, a poco de haberse casado, y en plena luna de miel hubo de vestir el color sombrío de la viudez, pues la enfermedad de doña Francisca de la Cueva tuvo un funesto desenlace.

Por fortuna, el secretario Cobos tenía otras sobrinas casaderas. De lo contrario, podía haber terminado allí el parentesco del triste don Pedro con un privado del emperador, y probablemente hubieran tomado un giro poco halagüeño los negocios de Alvarado, falto de protección y guía cerca de Carlos V.

Cobos deseaba casar a todas las mujeres de su familia que estaban en estado de merecer, y no dió tiempo al viudo ni para llorar su desventura. Doña Beatriz de Cobos se había enamorado perdidamente de don Pedro, a pesar de su cojera y de estar tan fresco todavía el recuerdo de la primera esposa. A don Pedro le agradó doña Beatriz tanto o más que le había agradado doña Francisca. Era mujer de muy buena presencia, agraciada, merecedora por sus encantos y virtudes del amor que había de consagrarle Alvarado, esta vez sinceramente conmovido hasta lo más profundo de su corazón.

El secretario del emperador había arreglado un segundo matrimonio de conveniencia, pero quiso el destino que la conveniencia y el amor estuvieran de acuerdo. Don Pedro y doña Beatriz se amaban con ternura y fueron felices. No se sabe ni de una sola nube que turbara aquella felicidad, la cual ofrecía el más despejado y sereno horizonte.

Pedro de Alvarado estuvo rodando por España va-

rios meses, yendo de Sevilla a Toledo y de Toledo a Valladolid, siempre en acecho de los encuentros con el rey, preparados por su valedor y pariente. Repetidas veces hubo de comparecer ante el Tribunal y declarar en el proceso seguido contra el gobernador de las tierras de Anahuac. También estuvo en Extremadura, su patria.

En estas correrías le acompañaba su cuñado Francisco de la Cueva, que fué en adelante su mejor amigo. Tenían aproximadamente la misma edad. De la Cueva, hombre acostumbrado al trato social y entendido en los negocios públicos, fué de gran utilidad al rudo soldado de Indias, a quien aquél admiraba profundamente, tal vez porque su temperamento y sus aficiones no correspondían a la vida sedentaria y muelle que había llevado hasta entonces.

Alvarado supo poner freno a los ímpetus de su carácter y someterse a la forzada paciencia que requerían las circunstancias. Sin la ayuda y consejo de su mujer, su cuñado y Francisco de Cobos, no habría podido esperar con calma que terminara el proceso contra Hernán Cortés y que se decidiera el emperador a otorgarle el nombramiento de capitán general de Guatemala y Soconusco.

Habíase acostumbrado a vestir con lujo y elegancia, sin duda por influencia de su familia. Como quiera que

vino rico de América, podía permitirse el necesario derroche para producir impresión en la corte. Las llaves de oro abren muchas puertas y el buen parecer es condición esencial para atraerse la simpatía de las gentes. Por manera que Alvarado gastó en brocado de Florencia, en raso, en terciopelo y en encajes flamencos buena parte de su fortuna. Tenía una magnífica colección de jubones y tabardos, camisones randados, gorgueras primorosas, escarcelas bordadas, espadas de empuñadura de oro, collares y espuelas del mismo rico metal, y regalaba a su esposa fastuosos briales guarnecidos de alforzas, crispinas de oro y seda, zarcillos, brazaletes, sortijas y otras alhajas de fino trabajo de orfebrería y elevado precio.

Quería don Pedro deslumbrar a los cortesanos con una exhibición de riquezas que hablaran por sí solas de sus brillantes conquistas en el Nuevo Mundo. No siempre, sin embargo, obtenía de los palaciegos y funcionarios la consideración que debían granjearle su talante bizarro, su prestancia, sus lujos y su aureola de caudillo victorioso. En más de una ocasión, estuvo en un tris de echarlo todo a rodar, abriéndose paso a estocadas, como era su costumbre en las Indias, entre la turba de señorones encopetados que pretendían hacerle sentir una superioridad imaginaria. Sobre todo los alemanes, de los cuales estaba llena la corte, le irritaban hasta ponerle fuera de sí. Alva-

rado era ingenuo hasta el punto de creer que sólo en España podían darse los hombres superiores.

Afortunadamente, se aplazó el proceso y le fueron reconocidos al capitán extremeño sus méritos extraordinarios. Francisco de Cobos había trabajado con tenacidad y tacto admirables y su labor daba al fin el esperado fruto. Carlos V hizo justicia a don Pedro.

Nombrado éste capitán general de Guatemala, no quiso permanecer en España un momento más. Embarcó en Sevilla con su mujer, su cuñado y su servidumbre para volver a las tierras propicias cuyo camino descubrió Colón a los aventureros y soñadores.

* * *

Dos años estuvo Pedro de Alvarado en México, olvidado de su mando en Guatemala, porque los negocios de México estaban muy revueltos con motivo de haber mandado el emperador que se tomara residencia a Hernán Cortés. Fué por intrigas de sus rivales, que ya habían provocado un alzamiento durante una ausencia del Gobernador, obligado a marchar contra Cristóbal de Olid, su-blevado en Honduras.

Como a Pedro de Alvarado le había protegido Francisco de Cobos, en la corte, al conquistador de México le defendió el duque de Béjar, cuya sobrina, doña Juana de Zúñiga, se había casado con Hernán Cortés. Con todo, el emperador mandó a México, para que se informaran sobre el terreno, al licenciado Luis Ponce de León y al bachiller Marcos de Aguilar, que poco pudieron hacer a causa de haberles sido adverso el destino.

Por haber estado en España y visto el proceso, Alvarado, que seguía fiel a su antiguo capitán, pudo prestar a éste, en aquella ocasión, inestimables servicios. Los españoles andaban en México muy divididos, y muchos, queriendo vengar agravios, se querellaban contra Hernán Cortés. Murió el licenciado Luis Ponce de León a consecuencia de unas calenturas y al poco tiempo pasó también a mejor vida el bachiller Marcos de Aguilar. Inmediatamente los enemigos de Cortés acusaron a éste de haber envenenado a los enviados del rey. La cizaña sembrada por los rencorosos daba sus frutos.

Así se explica que Alvarado tardara en volver a su gobierno de Guatemala. Era necesaria en México su presencia.

El bachiller Marcos de Aguilar había nombrado gobernador de México a don Alonso de Estrada, quitando el mando a Cortés, sujeto a residencia. Muerto Aguilar,

vinieron órdenes de España confirmando el nombramiento de Estrada, que, llevado de su vanidad y de su ambición, cometió mil tropelías y trató a Cortés con dureza injustificada, sólo por ganarse la confianza de sus enemigos. La inmensa mayoría de los españoles estaban de parte del conquistador, y muchos, Alvarado entre ellos, habrían cortado por lo sano, prescindiendo de los mandatos del rey y del Consejo de Indias, que, por no estar bien informados, dieron origen a tan gran desconcierto y desmoralización de la colonia.

Pero Cortés era hombre de un gran dominio sobre sí mismo, y puso freno con su templada y serena conducta a la indignación impetuosa de sus partidarios. Desterrado por Estrada, aceptó y cumplió el castigo, no obstante sentirse limpio de culpa. Quería estar siempre dentro de la ley, y cuantas veces le fueron a buscar sus amigos para invitarle a tomar venganza, aconsejaba a todos la serenidad y la prudencia. Palabras suyas que repetía mucho eran estas: "El rey sea mi gallo" y "Por tu ley y por tu rey morirás".

La oportuna llegada del fraile dominico fray Julián Garcés, nombrado obispo de Tlaxcala, puso término a la tirante situación creada por las temeridades y abusos de Estrada. Este y Cortés volvieron a ser amigos, por intervención conciliadora del obispo, y se evitó de este modo

que se encendiera en México una guerra entre hermanos de raza.

De haber hecho explosión el conflicto, don Pedro de Alvarado hubiera sido quizás una de sus primeras víctimas.



XIII

El oro del Perú

Ante dos botellas de vino añejo y sendos vasos para despachar su contenido, dos hombres enredados en amable charla y aficionados por inclinación irresistible a la gloria de las viñas españolas, se encuentran tan a su gusto que ni en la antesala del cielo estarían mejor.

Esos dos hombres, en la escena que se va a describir, son viejos camaradas que hicieron juntos las campañas de México y Guatemala. Uno es corto de talla y rechoncho, escandalosamente barbado, con pelos tan abundantes y revueltos que apenas le dejan libres la nariz, los ojos y los pómulos tostados y salientes. El otro es flaco y estirado como un mástil de navío y tiene un aire grave y meditabundo que le permite pasarse horas enteras sin despegar los labios... si no es para engullir el vinillo rancio de su botella correspondiente.

El lector habrá adivinado que se trata del calafate

Treviño y del artillero Usagre, hombres de condición humilde, pero justamente mencionados repetidas veces en el curso de esta historia.

Estos dos veteranos, que conservaron durante toda su vida entrañable amistad, se habían reunido aquella tarde, como muchas tardes, en el rancho del artillero, ahora convertido en labrador acomodado. ¡Cuántos años habían pasado ya desde aquella noche que, en México, visitaron los dos camaradas la choza de la bruja Coualt, para que ésta les descubriera el porvenir! Ahora lo mismo Usagre que Treviño, cumplidos los cincuenta, eran enemigos de aventuras y padres de familia. Treviño tenía un taller de carpintería en Santiago de Guatemala, colonia hecha ya una ciudad importante. Había estado en España, donde casóse con una garrida moza de su pueblo, y, vuelto a Guatemala, estableció su taller, y camino llevaba de hacerse rico. Regentaba al mismo tiempo un astillero en el puerto de Acaxatla y dos de sus vástagos manejaban ya el serrucho y el martillo, mientras los pequeñuelos iba haciendo cuerpo comiendo harina de maíz y revolcándose sobre montones de virutas.

Usagre, casado con una india y padre de dos niñas y un mocete ya talludito, tenía su hacienda muy cerca de Santiago y se interesaba muy especialmente en el cultivo de la caña de azúcar. Pasaba por ser uno de los hombres

más ricos de la colonia y era envidiado sobre todo por el vino de su bodega, único lujo que se permitía el veterano artillero. Con frecuencia hacía traer, pagándolas a peso de oro, las mejores barricas de vino que llegaban al puerto de Veracruz.

Vivía Usagre en su rancho, donde mandó construir una casa de campo, con porches en cuyos pilares se enroscaba una parra española. Y era frecuente, los días de fiesta, a la hora del fresco, cuando el sol tiende a su ocaso, ver a Usagre y Treviño, bajo los porches, hablando de negocios, haciendo cuentas y bebiendo vino. Usagre, que sabía leer y escribir, era el que llevaba las cuentas de su camarada y quien le aconsejaba en sus empresas comerciales, algunas de mucho aliento, como era la construcción de barcos en Acaxatla.

Caía la tarde. El campo se había enrojecido por los rayos postreros del sol, y Treviño y Usagre tenían casi vacías sus respectivas botellas. El antiguo artillero no había pronunciado, no obstante, más de veinte palabras; por manera que era su amigo y convidado quien hacía todo el gasto de la conversación. Ello cuando no acertaban a salir de la casa la esposa o las hijas del dueño del rancho; pues, en este caso, las que más hablaban eran las mujeres. El tierno retoño varón se divertía aprendiendo a montar a caballo junto con varios amiguitos, en un des-

bravadero próximo, cercado por un seto de arbustos espinosos.

— ¡Que se me vuelvan de piedra los bigotes si estoy equivocado! — porfiaba Treviño, dando golpecitos con el vaso vacío sobre la mesa —. Ese empeño del gobernador en dejar la empresa de la Especiería por la marcha al Perú, le dará que sentir. Mis noticias son que en el Perú andan querellados muchos caballeros. Unos son bando con Francisco Pizarro; otros forman partido por Diego de Almagro. Don Pedro de Alvarado, nuestro capitán, será el tercero en discordia. Más pelos veo en el negocio que tengo yo en la cara. La gente está ciega y se marcha con el capitán pensando coger el oro con redes.

Usagre habló esta vez, no sin que le costara un esfuerzo.

— Más confianza tengo en el Perú que en la Especiería — dijo —. Poco afortunados fueron los que se aventuraron por el mar del Sur y se metieron muy adentro.

— ¡Pelos de un asno, esto no es discurrir! — protestó Treviño, dando fuertemente con el vaso en la mesa —. Siempre se ha perdido la empresa por acometerla sin valor y con escasos medios. Pero nuestro capitán tiene la escuadra más lucida y poderosa que jamás se haya visto en este mar. Dígame que yo hubiera preferido la Especiería, por

estar sin dueño, a las tierras del Perú, que ya se disputan dos hidalgos.

Quedóse el carpintero un rato pensativo, escanció vino en su vaso, bebióselo después, relamiéndose como un chiquillo que acaba de consumir una golosina, y preguntó a continuación:

— ¿Le has prestado al gobernador mucho dinero para su expedición al Perú?

Usagre afirmó con un movimiento de cabeza.

— ¡Que me rapen las barbas si vuelves a verlo! — hubo de pronosticar el calafate, casi exasperado —. Ya sé que todos los caballeros de Guatemala le han prestado sus caudales. ¡Como se ha dicho que en el Perú son de oro las montañas!... No soy yo tan necio que lo crea. Y se van todos con el capitán a buscar el oro peruano. ¡Allá ellos y tú, que les confías tu fortuna bien ganada, bien sudada y bien tenida en el arcaz que te hice con estas manos amigas! ¡Mala peste! De hierro debía haberte hecho el arca, para que no volvieras a abrirla, guardando yo la llave. Será tu ruina, hermano. ¡Pelos de Lucifer!...

Treviño se tiraba de los suyos como si ya se hubiese consumado el desastre que preveía. Usagre sonrió. Reflejábase en aquella sonrisa una confianza absoluta en el destino. Hizo otro esfuerzo y volvió a pronunciar unas palabras; el vino le ayudaba a salir de su mutismo habitual.

— Pobre vine a las Indias — dijo —, y cuanto soy a don Pedro lo debo. Lo que él haga bien hecho está por mí, aunque me cueste la plata y el oro de mis arcas. Este país es rico, Treviño, y tiempo nos queda para ganar lo que haga falta. Entretanto sirvo a mi capitán.

* * *

La empresa a la cual se referían, en su conversación, los dos viejos camaradas, era sin duda la de mayores alientos de cuantas había emprendido hasta entonces don Pedro de Alvarado. Se dará cuenta de ello quien siga leyendo, pues a continuación van a darse algunos antecedentes necesarios para el buen conocimiento del asunto.

Fernando Magallanes, navegante portugués alistado bajo la bandera de España, emprendió su más famosa exploración en 1519. Después que hubo descubierto el Cabo de Hornos y el estrecho que lleva su nombre, internóse en el Pacífico y fué a dar en una isla de las Molucas, donde halló la muerte, descuartizado por los salvajes. La misma triste suerte corrieron siete españoles y algunos franceses que le acompañaban en la expedición. Los supervivientes, bajo el mando de Juan Sebastián del Cano, continuaron explorando el mar y dieron la primera vuelta al mundo.

Magallanes descubrió en el Pacífico varias islas, unas

que denominó *Las Desventuradas*, por haberlas hallado desiertas e inhóspitas; otras a las que puso por nombre *Los Ladrones*, y en fin, *Las Filipinas*.

El empeño del intrépido navegante portugués había sido hallar un camino más corto, para llegar a las que llamaban islas de la Especiería, o sea las Molucas, que el seguido por los portugueses, con escala en la costa de China. Las islas de la Especiería, aunque desconocidas o ligeramente exploradas, eran muy famosas. Contábase que abundaban allí las perlas y piedras preciosas, las minas de oro y plata, el sándalo, el alcanfor, el ámbar, la canela, el almizcle, la pimienta, los clavos, la nuez moscada y otras ricas especias. El Consejo de Indias, residente en España, se había puesto a fantasear pensando en los tesoros de las islas Molucas, y no cesó de interesarse por su completa exploración después que Magallanes hubo descubierto el estrecho que acortaba el camino para llegar a ellas. El Consejo veía un brillante negocio en la venta de las especias y ricas maderas traídas de las Molucas a los pueblos septentrionales de Europa, muy especialmente a los mercaderes flamencos y alemanes. Por esto, aunque la expedición de Magallanes se señaló por las hambres y enormes trabajos pasados por los navegantes, el Consejo de Indias insistía en su propósito de enviar nuevos barcos a la Especiería.

Por cuenta del emperador se enviaron otras dos escuadras, al propio tiempo que se confiaba a Esteban Gómez, capitán de una carabela, la misión de buscar otro estrecho por donde pasar del Atlántico al Pacífico. Una flota compuesta de siete navíos, que mandaba fray Garcijofre de Loaisa, de la orden de San Juan, no tuvo suerte: Loaisa murió en un naufragio. Desgraciada fué asimismo una expedición preparada por Hernán Cortés, desde México, que capitaneaba don Alvaro de Saavedra. A pesar de ser frecuentes los fracasos, el emperador y el Consejo de Indias continuaban demostrando el mayor interés por las Molucas.

En Guatemala hablábase también de las tan ponderadas islas, y don Pedro de Alvarado, ascendido a capitán general y Gobernador, pensó ganarse la estimación y confianza de la corte, empleándose con hacienda y vida en aquella empresa nunca llevada a feliz término. Era rico; su colonia hallábase en estado floreciente; se habían establecido en Santiago de Guatemala muchos hidalgos llegados de España, que anhelaban encontrar una ocasión para probar fortuna; contaba con algunos excelentes navíos y podía aumentar su número intensificando el trabajo en los astilleros de Acaxatla, y él mismo, aunque dichoso con doña Beatriz, su enamorada esposa, se consumía en el tedio de la ociosidad.

Pero se tuvo noticia de los maravillosos descubrimientos de Pizarro en el Perú, y ello hizo cambiar de orientación los pensamientos de don Pedro y de todos los caballeros residentes en Guatemala. Ir al Perú era más fácil, pues bastaba con seguir la costa del Pacífico hacia el Sur. Tales cosas se decían a propósito de los tesoros hallados por Pizarro, en la tierra de los Incas, que todos los amigos del Gobernador invitáronle a tomar este rumbo y aun le ofrecieron su dinero para cubrir los gastos de la expedición. Don Pedro se dejó convencer fácilmente y abandonó la idea de ir a las Molucas para cuando regresara del Perú con sus carabelas cargadas de oro.

Creía don Pedro que metiéndose en la región nórdica del territorio peruano, en donde Pizarro no había puesto el pie, no invadiría la jurisdicción de este otro capitán, y que podría tratar con él amistosamente de la partición de dominios. Su proyecto era dejar a Pizarro que dominara el Perú propiamente dicho, quedándose él con el reino de Quito, antigua residencia del príncipe indio Atahualpa. El plan no pudo discutirlo con fray Bartolomé de Olmedo, por haber éste regresado a México. De hallarse a su lado el fraile mercedario, le hubiera hecho ver que no se podía trazar planes a voluntad de una sola parte y que la opinión del conquistador del Perú era, en este caso, la única importante.

Pero Alvarado siempre hizo las cosas sin pensarlas, y antes de que llegara la primavera, tuvo dispuesto, en el año de 1534, todo lo necesario para su traslado a Quito. Se llevaría una fuerza de 500 soldados españoles, de los cuales 230 serían de a caballo. Contaba con buen número de arcabuces y cañones, y casi todos los hombres alistados eran guerreros frescos, no gastados en anteriores campañas. Algunos hidalgos decidieron llevarse con ellos a sus esposas, porque les pareció la expedición poco más peligrosa que un paseo.

* * *

Treviño, ya consumido todo el vino de su botella, continuaba augurando terribles reveses de fortuna para los expedicionarios y para los incautos que habían prestado al Gobernador sus caudales.

— Verás cómo tropezarán Alvarado y Pizarro y se armará la guerra entre españoles — decía a su viejo compañero —. Pizarro tiene concedido el territorio del Perú por cédula real. Te apuesto veinte pesos de oro a que vuelven los nuestros sin traerse ni un maravedí, y tú tendrás que ir a cobrarle al diablo tu préstamo. ¡Pelos de mi abuelo, si esto está bien claro! No me gusta el negocio, no me gusta...

Se levantó, moviendo la cabeza de un lado a otro, al propio tiempo que se rascaba el robusto cogote. En aquel momento salieron de la casa las hijas de Usagre. La mayor no tendría arriba de seis años y la otra no aparentaba más de cuatro. Ambas se cogieron de las piernas del calafate y no le dejaban dar un paso.

— ¡Hola! ¿Vais a tirarme al suelo? — decía Treviño, fingiendo enojo —. ¡Brrr!... ¡Mala peste! ¡Soldad!... ¿Que no queréis? Por la barba de un fraile francisco, soltadme o morís degolladas ahora mismo. ¿Dónde llevo el puñal?

Las niñas no parecieron impresionarse ante la terrible amenaza de su inmediato degüello y continuaron cogidas cada una de una pierna del calafate. Nadie dijera viendo jugar al recio y velludo hombrachón con los tiernos retoños de su viejo amigo, que era el mismo formidable soldado de las batallas de Utatlán y Acajual, que rompía los cráneos de los salvajes a martillazos.

Acercóse en esto a la casa un caballero, montado en un hermoso alazán. Detuvo el caballo a pocos pasos del grupo formado por Treviño y las niñas y gritó al artillero:

— ¡Eh, buen amigo! ¿No puedes darme un trago de ese vino tuyo tan nombrado que sueñan con él todos los buenos catadores de las Indias? ¡A la paz de Dios!

— Siempre hay aquí una buena botella para don Pe-

dro de Portocarrero — contestó Treviño, temiendo que su camarada tardara en contestar —. ¿No quiere apearse el capitán?

— Muy de prisa voy, que mañana es la marcha al país del oro, y he de poner antes en orden mis asuntos.

— Hay gran revuelo y alegría en la ciudad. La empresa ha hecho nacer muchas esperanzas. Me han dicho que no quedará en Guatemala un solo caballero.

— Necio sería el que se quedara: el Perú es el país más rico del mundo.

Usagre, que había entrado en la casa, volvió a salir acompañado de su esposa, que era una india de muy buena presencia, vestida a la española y no desprovista de encantos. El corpiño ponía de manifiesto la esbeltez de su talle, y en su rostro, iluminado por la más graciosa de las sonrisas, brillaba el bello contraste de sus ojos negros y sus dientes blancos.

Se acercó al caballero, y llenando un vaso de vino, que tenía el color del ámbar, lo levantó a la altura del visitante, que estaba mirando a la real moza con verdadera devoción.

— Nunca me sirvió dama más hechicera — dijo el oficial, aceptando el vaso y vaciándolo de un trago —. ¡Bien supiste escoger, Usagre de mis culpas! No hay hidalgo en Guatemala que no envidie tu suerte.

La india, que sabía hablar muy bien el español y gustaba de los requiebros como una española, se puso muy colorada y dió las gracias. Luego, para disimular su turbación, fué a buscar a sus hijas, que, al fin, dejaron a Treviño en libertad.

— Vaya — dijo Usagre, creyendo que no debía permanecer callado por más tiempo —. ¿Qué tal el vinagrillo?

— Si me das otro vaso, pido para ti una encomienda — respondió el caballero —. ¿Vinagrillo dices? No beben mejor vino ni el emperador ni el papa.

— Pues déle el capitán otro tiento a la botella — terció el calafate, llenando por sí mismo el vaso —. Esto no podrá encontrarlo en el Perú. ¡Agua fresca tengan para cuando apriete la sed!

— Parece que a ti no te agrada el viaje, Treviño. ¿Recelas que no tendremos suerte? No me gustan los hombres agoreros, por lo que se parecen a los brujos. ¡Ea! Ahí va el vaso vacío y quedad con Dios, que ya obscurece.

— Vaya con Él don Pedro de Portocarrero.

— La Virgen le acompañe y le dé fortuna en sus empresas.

— ¡Salud y suerte!

El caballero picó espuelas y partió al galope por la llanura gris, envuelta en la melancolía del crepúsculo.

* * *

Media hora más tarde, seguía el carpintero el mismo camino, ya cerrada la noche, pero aliviadas sus sombras por la luz pálida de la luna. Treviño, gran andarín, tenía la costumbre de recorrer a pie la distancia que mediaba entre el rancho de su camarada y la ciudad.

Iba esta vez muy preocupado y, sin advertirlo siquiera, estaba hablando solo.

— Yo no soy tonto — decía con la más profunda convicción —; tú no eres tonto, Treviño, y lo has demostrado siempre que te has visto en trances de grande apuro. Tu padre no era tonto, aunque villano, y tampoco lo fué tu abuelo. ¿Por qué ibas a serlo tú, condenado Treviño? No tienes derecho a serlo. ¡El honor de la familia está por encima de todo! Tus hijos no serán tontos...

Una rana cortó el soliloquio con su croar importuno y desagradable. La llanura tenía frecuentes charcos, en cuyo espejo sombrío se miraba el gran luminar de la noche. El calafate, sin dar importancia al batracio, continuó hablando con su sombra.

— No descienes de una casta de necios, Treviño, y ves claro, por esto, lo que va a suceder a esos caballeros tan sobrados de galanía como faltos de precaución que

marchan a buscar su fortuna al país de los Incas. ¡Barbas de Barrabás, la empresa es peligrosa! ¡Que se estén don Pedro de Alvarado en Guatemala y Francisco Pizarro en el Perú, y todos contentos! ¿Qué les pasó a los hidalgos que fueron a disputarle a Hernán Cortés los frutos de su conquista de México? Ninguno se salió adelante con su necia ambición; muchos perdieron su hacienda y alguno la vida. ¿Qué pasaría si Pizarro o Almagro invadieran la jurisdicción de Alvarado? Como si lo viera: a cintarazos andaríamos ellos y nosotros. Cada uno en su casa y Dios en la de todos, este es el modo de vivir en paz con todo el mundo. ¡Que te rapen, precavido Treviño, si no piensas lo cuerdo y discreto! ¡Malos pelos!...

— ¡Rac!... ¡Rac!... ¡Rac!...

Las ranas, imitando al nocturno caminante, monologaban a su modo. A trechos se percibía un *¡chaf!* que indicaba la repentina zambullida de los moradores de las charcas, asustados por la presencia del calafate. Al fin, puso éste alguna atención a las ríspidas voces de aquellos bichos que interrumpían el curso de su pensamiento.

— Creo que hasta las ranas te dan la razón, amigo Treviño. La rana es un estúpido animal que no tiene pelos y se pasa la vida en remojo. ¡Así quisiera yo ver a los caballeros que no saben gobernarse! ¡En remojo, vive Dios, como las ranas y los cangrejos! Ir a las islas Molucas

era ganarse la estimación del emperador y su Consejo; ir al Perú es desafiar las iras de sus legítimos dueños. Un villano lo entiende y un caballero lo yerra. De caballeros desorientados me libre el Padre Santo como de la peste, porque una peste son al fin y al cabo. ¡Por mis barbas lo digo y lo repito!

— ¡Rac!... ¡Rac!... ¡Rac!...

Las ranas acompañaron con su croar insistente, en todo el largo del camino, al preocupado carpintero, que se acordó de su amigo Usagre cuando ya estaba en las puertas de la ciudad.

— La ambición le ha empujado al pobre Usagre; la ambición va a perderle — hubo de reflexionar el peludo calafate, cuando se le vino al pensamiento el recuerdo de su más firme y leal amistad —. ¡Bien me pesa, como si fuera mío el oro arriesgado en la torpe aventura! Cada cual hace de su capa un sayo, y si ese bendito pierde la capa, allá él, pues habrá perdido lo suyo. Pero es de sentir que se pierda el oro rico como tirado al mar. ¡Hay para arrancarle los pelos al tonto que así deja peligrar su fortuna! ¡Tú no eres tonto, Treviño! ¡A ti no te cogen!

Entró en la ciudad, que aparecía muy revuelta, como en vísperas de un esperado acontecimiento. En las bodegas, invadidas por los soldados, se cantaba y se bebía en medio del mayor entusiasmo. Por doquiera, veíanse indios

cargados con lanzas y armaduras y pasaban carros rebozantes del fardaje que había de embarcarse en la playa más próxima al amanecer del nuevo día. Las puertas y ventanas de la casa del capitán general estaban abiertas de par en par, dejando ver el interior muy iluminado. Iban rondas de soldados por las calles tocando la vihuela y la chirimía. Los caballeros cruzaban la plaza con paso rápido, como personas a quienes acucian negocios urgentes.

— Más locos están que los mismos locos — se dijo Treviño, observando aquella actividad inusitada en la pequeña y ordinariamente tranquila villa —. ¡Andad al diablo, pues es vuestro gusto! ¡Ya me lo diréis a la vuelta!

XIV

Los Puertos Nevados

El brillante ejército de Pedro de Alvarado desembarcó en la costa del Perú después de una navegación no muy penosa, en marzo de 1534. Para el traslado de los 500 españoles que se contaban en la expedición, más los indios agregados a la misma, caballos y armamentos, se necesitaron doce navíos, algunos de gran porte. El lugar donde desembarcaron las fuerzas procedentes de Guatemala fué una hermosa bahía.

Para los naturales del país, la inesperada aparición de tan hermosa hueste fué una sorpresa y un deslumbramiento. En aquellas latitudes no se habían visto nunca españoles, aunque los indios sabían por referencias que unos hombres pálidos y barbudos, venidos de tierras muy distantes, iban apoderándose, con ímpetu irresistible, de todos los reinos del continente.

Al principio los acontecimientos se produjeron de acuerdo con el plan que previamente había sido trazado el

capitán general de los invasores. Los indígenas no opusieron resistencia de ninguna clase. No pertenecían a una casta selecta; no eran tan inteligentes como los habitantes de Cuzco, sede de los Incas; no estaban organizados para la guerra; no habían visto nunca caballos. Tenían oro, sin embargo, y diéronlo todo a los castellanos, que lo deseaban con avidez. Sin combates, repartiendo baratijas a cambio del rico metal amarillo, pudo Alvarado internarse en el país y recoger un rico botín, que animó a su gente, porque la empresa se presentaba fácil y en extremo provechosa. Pensaban todos los expedicionarios que no había mentido la fama de las riquezas del Perú. No habían hecho sino aproximarse, y ya les ofrecían los indios gentilmente el oro a manos llenas.

Si Alvarado no hubiese tenido mucha prisa por llegar a Quito, al efecto de adelantarse a una posible maniobra de Pizarro, el botín recogido en los poblados próximos a la costa habría sido aún mucho más cuantioso. Don Pedro esperaba saciarse de riquezas en la antigua residencia del príncipe Atahualpa.

— No perdamos el tiempo recogiendo las joyuelas de las tribus pobres — dijo a los suyos —. En Quito encontraremos los tesoros que guardaron sus reyes.

Su primer cuidado fué, por consiguiente, procurarse guías que le llevaran a Quito. Le pareció que bastarían

unos pocos días de marcha acelerada y en seguida sería dueño de las riquezas de todo el país.

Lo imprevisto, con lo cual no cuentan los audaces, suele acarrear, no obstante, terribles consecuencias. Alvarado encontró los guías que buscaba y se metió, tras ellos, en la sierra. Sus barcos esperarían en la bahía para cargar en ellos el rico lastre del oro.

Pero los indios que prometieron conducirlo a Quito, cambiaron de parecer al llegar al río Dable, y desaparecieron repentinamente como si se les hubiese tragado la tierra. En aquel mismo instante comenzó a ser embarazosa la situación del capitán y sus acompañantes, que dudaron entre seguir adelante o volver sobre sus pasos.

En trances parecidos, la resolución que adoptaba don Pedro de Alvarado era siempre la más heroica. El temple de acero de su alma rechazaba enérgicamente las vacilaciones; no hubo jamás embate ni revés de fortuna que doblegara su voluntad, fuerte y resistente como un castillo.

— Iremos a Quito sin guías — resolvió —. Tal vez nos resultará de este modo más largo el camino, pero llegaremos tarde o temprano.

Los oficiales no podían discutir esta resolución ni la habrían discutido aunque pudieran. ¿Iban ellos a mostrarse recelosos y pusilánimes ante la energía de tan bravo capitán? ¡Nunca!

Y el brillante ejército, con sus 230 caballos, con sus escopeteros y ballesteros, con sus indios de guerra y de carga y con algunas damas intrépidas, llevadas en la grupa por sus caballeros, se lanzaron a través de la intrincada sierra, cubierta de espesos bosques y cortada bruscamente por espantosos abismos.

Fatigosa era la subida por aquellas agras montañas, a trechos gredosas, cuando no cubiertas de una maleza enmarañada y hostil. Y a medida que los españoles iban subiendo, notaban un cambio de temperatura que les hacía estremecer y dar diente con diente.

Anduvieron sin rumbo tres días. Habían fiado excesivamente en su instinto de exploradores y llegó un momento crítico en el cual no les fué difícil comprender que el regreso era tan problemático como seguir avanzando. Alvarado se acordó de la situación creada, en Veracruz, por Hernán Cortés, cuando hundió sus naves.

Pero el corazón de don Pedro no cedía en fortaleza al de su antiguo capitán.

El frío se hizo más y más intenso cuanto más se elevaban los caminantes en aquellas soledades andinas. El valor de las señoras que formaban parte de la expedición empezó a desfallecer. Se envolvían las damas con los recios capotes de los caballeros, pero su naturaleza delicada no podría resistir por mucho tiempo a pruebas tan crue-

les. Algunas eran llevadas en andas por haberles abandonado completamente las fuerzas y serles imposible sostenerse a caballo.

Todos los expedicionarios, excepto el jefe de todos, se habían puesto sombríos: se les traslucía en el semblante la duda que les mordía el corazón. Se reprobaba la imprudencia de aquellos que se hicieron acompañar por sus esposas.

— Esas pobres mujeres — decían quienes no las llevaban — van a morir de frío y de hambre. Mejor estarían en sus casas de Guatemala, aunque allí tuvieran que esperar durante largos meses, con la angustia en el alma, noticias sobre la suerte de sus maridos.

De noche, durante el descanso, encendían los españoles grandes hogueras, y, por unas horas, podían reconfortarse, reponer fuerzas y renovar su valor. Las espadas, tan temidas de los indios, invencibles en los choques sangrientos de dos razas, hubieran permanecido ahora ociosas de no emplearse en un trabajo pacífico, como era cortar la maleza de la sierra virgen para quemarla y desentumecer los cuerpos ateridos al calor de las llamas. Pero no siempre se encontró leña a mano. Al llegar a los Puertos Nevados, los españoles no vieron nada más que una inmensa capa blanca extendida hasta la línea del horizonte, y cuando llegó la noche, fué preciso tenderse sobre la nie-

ve y descansar así, sin más calor que el hallado en la fe por las almas cristianas.

Los primeros en sucumbir a los rigores del frío fueron los indios. Procedían todos ellos de las regiones bajas y cálidas; su equipo no era abundante en ropas de abrigo, y aunque lo fuera, por su débil constitución física y por no estar acostumbrados a tantas penalidades, tampoco habrían podido resistir. Comenzó a suceder en los amaneceres, cuando se despertaba a los remisos a continuar marchando, que algunos cuerpos permanecían tendidos sobre la nieve blanca para no levantarse ya más. Si alentaba en ellos todavía un soplo de vida, hacíase lo posible por reanimarlos; si estaban rígidos, se rezaba ante ellos una oración y se les enterraba en la nieve, bajo una cruz. Pero como quiera que cada día eran más numerosos los caídos, no hubo más remedio que abandonarles aun antes de haber muerto.

* * *

¡Qué lentas y tristes transcurrían las noches, en medio de aquella callada y vasta soledad, tan blanca, tan yerta, bajo el baño luminoso y melancólico de la luna! Se acostaban hombres y mujeres muy apretados contra los caballos, para ampararse en el calor de las nobles bestias, que

también pagaban su tributo al desierto. Los caballos no eran menos sensibles al frío que sus dueños y sucumbían igualmente. Mas ellos, puestos al servicio del hombre hasta después de muertos, eran aprovechados por los tristes caminantes, que devoraban sus despojos para resistir a otro terrible enemigo: el hambre.

Iba marchando la caravana taciturna, antes brillante ejército, ya sin esperanza de salvación, dejándose atrás un reguero de cadáveres, sobre los que se cernían los condores, prometiéndose opíparo festín. Los españoles miraban con terror aquellas aves siniestras, de vuelo más poderoso que el del águila, que tal vez mañana desgarrarían sus entrañas con la misma voracidad de los tigres carnívoros. ¡Qué impacientes eran! ¡Cómo se arrojaban sobre los expedicionarios caídos antes de que terminara su agonía!

Los indios dejados atrás para pasto de los condores, que a bandadas iban siguiendo a los caminantes, en acecho de los que se dejaban caer agotados, llegaron a sumar algunos centenares. Y al desfallecimiento de los indios sucedió el de las mujeres; una tras otra fueron cayendo casi todas. Cuando su agonía era rápida, se esperaba piadosamente a que cerraran los ojos para siempre; si tardaban en exhalar el último aliento, se hacía forzoso abandonarlas. Es decir: ninguna se quedó sola para entregar el alma

a Dios; sus esposos, sus padres o sus hermanos se quedaban con ellas y morían con ellas.

Abnegación sublime, que no se acompañaba nunca de ademanes ni gestos patéticos. Los exploradores españoles sabían morir resignados junto a los seres queridos. "¡Cúmplase la voluntad del Señor!" — decían arrodillándose sobre la nieve, ante el cuerpo exánime de la esposa o la hija moribundas. Y con una oración en los labios, veían alejarse a sus compañeros, después de recomendarles que no volvieran la cabeza para no perder la escasa fuerza moral que aún podía salvarles.

Aconteció alguna vez que fué un varón el caído; entonces correspondía a la mujer sacrificarse y esperar la muerte a su lado. Otras veces dábase el mismo ejemplo edificante y trágico entre amigos. Nunca la amistad entre viejos camaradas ofreció pruebas de consistencia más conmovedoras; eran casos semejantes a los de la fidelidad del perro que se deja morir de hambre sobre la sepultura de su amo.

Alvarado, en quien la emoción producía el extraño efecto de redoblar su energía, probó de alejar los pensamientos negros del alma de sus soldados: quiso distraerles repartiendo el oro recogido en las tierras bajas. Pero los soldados despreciaban ahora el rico metal, que de nada podía servirles. Ni lo tocaron siquiera.

— ¡Apiádese Dios de nosotros — decían — y llévase el oro el diablo!

Quienes lo pasaban peor eran los jinetes, que se quedaban helados sobre el caballo. Muchos prefirieron caminar por su pie, llevando el animal por la brida. Esto les permitía reaccionar un poco y calentarse las manos con el aliento que lanzaba la noble bestia por las narices.

Entre tantos y tan grandes tormentos, ninguno superaba al de andar, andar siempre, y no ver nunca ni el más leve indicio de un camino que pudiera conducirles al término que buscaban. ¿Dónde estaba Quito?

— Pronto saldremos de los Puertos Nevados — aseguraba el capitán, para animar a los que desfallecían —. Por Dios y por mi alma, os juro que la llanura está cerca.

¿Pero acaso sabía él mismo si estaba cerca o lejos la salvación?

Llevaban ya algunas semanas andando y muriendo, sin esperanza de salvarse, cuando se sumó a las enormes penalidades sufridas otra mayor. El aire se había ido oscureciendo rápidamente y los desesperados caminantes se vieron envueltos en una densa y negra nube. Era una nube de tierra y de ceniza.

— ¡Estamos en las puertas del infierno! — empezaron a gritar los supersticiosos.

— ¡Más felices que nosotros fueron los que dejamos en el camino!

— ¿Para qué seguir? ¡Esperemos aquí la muerte y quiera Dios enviárnosla pronto!

La nube de tierra y ceniza procedía de un volcán en erupción, seguramente el Cotopaxi, distante doce leguas de Quito, por el Sudeste. Los españoles, sin embargo, no tenían noticia de la existencia del Cotopaxi ni de sus terribles conmociones. Más les habría espantado verle lanzar gigantescas llamas que enrojecían el cielo y formidables torrentes de lava, capaces de devorar ciudades grandes, como Valladolid, Sevilla y Toledo de aquellos tiempos prósperos para España. Pero no vieron el volcán ni supieron a qué atribuir la lluvia de ceniza, que duró muchos días. Donde había árboles y arbustos, quedaron éstos completamente llenos de polvo. El blanco de la nieve se volvió gris y los hombres y caballos estaban casi ciegos. Apenas se podía respirar. Hubo desesperados que se arrojaron al suelo, pidiendo la muerte como un supremo bien. A no pocos les fué satisfecho este deseo.

* * *

No podía durar eternamente aquel arrastrarse por los Puertos Nevados, en lucha con el hambre, con el frío,

con la tolvanera de cenizas y con la propia desesperación. Instintivamente, había comprendido Alvarado que la llanura estaba cerca. Hubieran bastado dos o tres días más de andadura desfalleciente para acabar con las pocas fuerzas que restaban a los castellanos.

La vasta planicie que buscaban se presentó, al fin, ante sus ojos, a una altura de 2.500 metros sobre el nivel del mar. Al pronto no se dieron cuenta del hallazgo que haría cambiar repentinamente sus presentimientos tenebrosos por la dorada y radiante ilusión del enfermo desahuciado que vuelve a la vida. Tenían los ojos irritados por el polvo de los volcanes y no podían ver. Cuando, después de avanzar un largo trecho por el llano, pudieron cerciorarse de que estaban en camino seguro, su alegría se tradujo en oraciones de gracias al Todopoderoso.

Pero estaban agotados, enfermos, muertos de hambre, de frío y de cansancio. Ciento cincuenta españoles habían sido abandonados sobre la nieve; los indios auxiliares extenuados que se quedaron asimismo al largo del camino para pasto de las aves de rapiña, pasaban de dos mil; caballos habían sucumbido también más de la mitad.

Derecho tenía Alvarado a esperar un premio, después de su heroica y desgraciada marcha por la sierra; pero aún le esperaba otro desengaño. Aquella llanura encon-

trada como término feliz de su exploración desastrosa, había sido ya descubierta por españoles. Sobre la tierra vieron Alvarado y sus acompañantes, en las inmediaciones de Riobamba, impresas las huellas de las herraduras. Sin duda los hombres de Pizarro o Almagro les habían precedido, pero siguiendo un camino más corto.

En efecto, la ciudad de Quito había sido ya ganada por Sebastián Benalcázar, oficial de Francisco Pizarro, y en Quito estaban su conquistador y Diego de Almagro, socio de Pizarro este último en la empresa de conquistar el Perú. Antes de que Alvarado llegase a Quito, Almagro salió a su encuentro con un fuerte ejército, dispuesto a cerrarle el paso si venía con ánimos de forzar aquella jurisdicción.

Resultaba, pues, que los enormes sacrificios hechos no podían servir de nada práctico. ¿Para qué haber estado tantos días entre la nieve y haber visto perecer un tercio de su hermosa legión, si lo que pretendía hacerse suyo don Pedro de Alvarado tenía ya su dueño?

Esto lo supo al llegar a Riobamba y encontrarse allí con las fuerzas de Almagro y Benalcázar. La primera intención del impetuoso conquistador de Guatemala fué la de reñir batalla con sus compatriotas, para que se quedara de amo el vencedor. Su espíritu simplista y su impetuosidad inveterada le llevaban siempre a las soluciones más radi-

cales. Además, Almagro no le gustó. Era un inferior suyo, soldado rudo y con todas las trazas de aventurero, hombre de nacimiento humilde y poca instrucción, sin credenciales de la Corona, sin maneras de señor y malcarado: le faltaba un ojo, que perdió en un combate.

Alvarado hubo de hablarle con altanería. El era un hidalgo, poseía un nombramiento de capitán general, estaba en relación con el emperador y contaba con un ejército, aunque abatido por la marcha a través de la sierra, más brillante y numeroso que el de su rival.

Afortunadamente, las circunstancias no se presentaban propicias a un choque sangriento. Los caballeros y soldados de Guatemala, después de tanto como llevaban sufrido, no tenían ganas de pelea. Fraternalizaron en seguida con las tropas de Almagro, y comprendió su capitán que le sería más provechoso un arreglo cordial que llevar las negociaciones por vías de la intransigencia. Por otra parte, pudo comprobar que los tesoros del Perú no estaban en Quito, sino en el Cuzco. En Quito, antigua residencia de Atahualpa, no habían encontrado Benalcázar y Almagro ni una pepita de oro. Si lo hubo en otro tiempo, debieron esconderlo los indios en lugar tan recóndito que era imposible hallarlo.

— Me gustaría conocer a ese tan valiente y afortunado capitán que llaman Francisco Pizarro — dijo el de

Guatemala a Diego de Almagro, cuando se decidió a negociar.

— No es difícil hallarle, y seguramente habrá de complacerle vuestra visita — contestó el intrépido veterano.

— Pues a verle habré de ir si nos ponemos de acuerdo vos y yo en el asunto de las compensaciones que se me deben, y aún puedo cederos mis barcos y tropas si las pagáis a conciencia.

— Pedid vos, que sabéis su precio.

* * *

Pensó Alvarado que, pues lo había perdido todo o casi todo, conveníale ser prudente y sacar el mejor partido posible de las circunstancias adversas. La mayoría de sus hombres no deseaban volver a Guatemala. Al mezclarse con las tropas de Benalcázar y Almagro y entrar con ellas en franca camaradería, oyeron contar tales maravillas de las riquezas del Cuzco que era su anhelo más vehemente quedarse en tierras del Perú, pasándose al servicio de Francisco Pizarro. ¿Para qué volver a Guatemala si en el imperio de los Incas se ofrecía más segura la fortuna? Al menos, quedándose en el Perú, no habrían hecho

el viaje en vano y alguna recompensa tendrían por los grandes sufrimientos pasados al cruzar los Andes.

— En el Cuzco hay oro de sobra para todos — dijeron los soldados de Almagro —. Ved aquí las muestras.

Y todos enseñaban ricas preseas del precioso metal, que encandilaron los ojos de los más ávidos de riqueza.

Alvarado vió que sólo los muy adictos, los veteranos de las campañas de México y Utlán, regresarían a Santiago de los Caballeros. Otros pocos, por tener sus deudos en Guatemala, optaban también por su primera residencia; pero los más, que eran gente joven y recién llegada al Nuevo Mundo, no vacilaron en preferir el Perú, país, al parecer, el más rico de las Indias.

— Vuestros serán mis barcos y el armamento que os convenga, si os ponéis en razón al ofrecer — manifestó don Pedro al socio de Pizarro, viendo ya del todo perdida la partida.

— Espero todavía que señaléis vos mismo la cantidad — hubo de insistir Almagro, viejo astuto, que deseaba, sin embargo, dar una solución amistosa al conflicto.

Regatearon, discutieron, se enfadó Alvarado, aflojó el otro, intervinieron los amigos de ambos, y después de muchos discursos y amagos de rompimientos catastróficos, se convino una cantidad respetable, aunque no lo bastante compensadora para que se quedara Alvarado satisfecho.

Se pagarían a éste cien mil pesos de oro. Lo que daba, en cambio, el gobernador de Guatemala valía más del doble; pero aún podía felicitarse don Pedro de haber salido tan bien de su comprometida y desairada situación.

Ultimado el arreglo, Alvarado se hizo acompañar por Almagro al lugar donde, a la sazón, esperaba Francisco Pizarro. El conquistador del Perú habíase enterado, estando en el Cuzco, de la llegada de un brillante ejército español procedente de la gobernación guatemalteca, con el Gobernador al frente. Por lo que pudiera ocurrir, confió el mando de la guarnición del Cuzco a un hermano suyo y marchó a Jauja con tropas suficientes para defender su derecho de primacía sobre el territorio de Quito. En Jauja se encontraba recibiendo honores de los hijos del país, cuando le notificaron que Alvarado y Almagro, después de laboriosas negociaciones, se habían entendido, y que el Gobernador de Guatemala deseaba conocerle personalmente.

Le esperó en Pachacamac, adonde llegaron Alvarado y Almagro algunos días después.

Y la desdichada expedición a Quito, que había costado miles de vidas, terminó con grandes fiestas a la usanza caballeresca de España. Pizarro, el humilde porquerizo de Trujillo, elevado por azares de la fortuna y también por sus méritos excepcionales de guerrero a la eleva-

da categoría de los grandes conquistadores, quiso honrar a otro ilustre compatriota suyo, igualmente conquistador afortunado, con justas y torneos moriscos, mostrándole con esto cortesía y buena voluntad.

No se llevó Alvarado a Guatemala una mala impresión de Pizarro, con todo y tener éste un tan humilde origen. Era un viejo soldado arrogante y enérgico, que se imponía con sólo su presencia. No tenía ninguna instrucción, pues jamás aprendió a leer y escribir; pero su larga experiencia en las campañas del Nuevo Mundo, su talento natural, su genio militar, su valor insuperable y la dignidad con que llevaba sobre su cabeza el peso moral de su misión histórica, cautivaron a don Pedro de Alvarado, que creyó encontrarse ante un segundo Hernán Cortés.

— Hubiera sido una locura ponerse en guerra con este hombre — pensó Alvarado, al abrazarle —, porque merece la suerte que ha tenido.

Y consolado con ello de sus desgracias en tierras del Perú, se volvió a Guatemala con sus cien mil pesos de oro y un grupo de oficiales adictos, que antes hubieran preferido morir que abandonarle.

XV

Cómo murió don Pedro de Alvarado

Pasaron algunos años. Don Pedro de Alvarado, vuelto a su primitivo propósito de explorar las islas de la Especiería, ocupábase en organizar una nueva y poderosa escuadra, que se estaba armando en Acaxatla.

Contaba a la sazón el capitán general de Guatemala y Soconusco 55 años; mas ni la madurez de la edad ni el cansancio de muy largas y penosas campañas, habían menguado sus bríos. Lo mismo que en plena juventud, cuando guerreaba bajo las órdenes de Hernán Cortés, era la ilusión de añadir nuevos florones a la Corona de España lo que originaba el impulso de todas sus actividades. No sabía estarse quieto en su gobernación, donde, además de la ternura de su esposa doña Beatriz, debían bastar a retenerle los negocios públicos, la admiración y acendrado amor que le consagraban los colonos, el cuidado de su propia hacienda y la educación de sus hijos, dos varones y una hembra.

Justificado estaba el reposo del valiente capitán, des-

pués de su fracasada empresa del Perú; pues tenía ya conquistados muy vastos dominios y le interesaba hacerlos prosperar y producir en provecho propio y de su patria. Pero a don Pedro de Alvarado podía aplicársele el adagio español que reza así: "Genio y figura, hasta la sepultura". Estaba en su temperamento y en su destino que debía llegar al término de su vida con las armas en la mano.

Al regresar del Perú, liquidó los créditos que contra él tenían algunos colonos ricos, para lo cual apenas pudieron alcanzar los cien mil pesos de oro cobrados a Francisco Pizarro. Pocos años le bastaron, no obstante, para rehacer su fortuna, que en seguida volvió a comprometer con la preparación de una nueva escuadra. Con haberse limitado a explotar los aluviones auríficos del Río Grande y del Motagua, tenía bastante para hacerse inmensamente rico. Pero gastaba sin medida lo que había ganado con doloroso esfuerzo: la escuadra armada por segunda vez en Acaxatla le obligó a contraer nuevas deudas más cuantiosas que las antiguas.

Es que se recreaba en la contemplación de su grandeza, y su grandeza debía apoyarse en su poder naval y militar. Ningún valor habría dado al oro si no pudiera servirle para organizar armadas y ejércitos y ensanchar la geografía del mundo.

Esta vez hizo quizás el esfuerzo máximo de su vida, por lo que atañe al oro gastado en la preparación de sus hermosos barcos. Ello era excederse en el cumplimiento de las capitulaciones firmadas con el emperador Carlos V. Nunca Hernán Cortés, el más grande de los conquistadores del Nuevo Mundo, tuvo una armada igual.

Había mandado construir don Pedro, en los astilleros de Acaxatla, de la ribera del Pacífico, trece navíos de buen porte, en su mayor parte carabelas. El hierro para la clavazón, anclas y otros pesados materiales hubo que traerlos de Veracruz, o sea de la costa del Atlántico, que estaba a una distancia de doscientas leguas. Se procuró para los barcos una magnífica artillería, poderosa como nunca se había visto en Indias, y buscó cosmógrafos, pilotos y marineros diestros, por manera que pudiera asegurarse el éxito de la navegación. Después nombró capitanes, alférez y maeses de campo, escogiéndolos entre sus mejores hombres. Abasteció las trece naves para un viaje de varios meses y compró muchos caballos al precio de trescientos pesos de oro cada uno. Sólo esta última partida de los gastos de la escuadra, representaba ya un capital de cincuenta o sesenta mil pesos.

Dos años largos se habían empleado en este extraordinario esfuerzo; pero, al fin, estaba todo dispuesto para que pudieran zarpar las naos, a bordo de las cuales habían

embarcado seiscientos cincuenta soldados españoles, además de las tripulaciones correspondientes. Iban armados la mayor parte con arcabuces y llevaban buena provisión de pólvora.

Pero tampoco esta armada, la más brillante y temible de cuantas hasta entonces habían surcado las aguas del Pacífico, tuvo el destino para el cual había sido creada. Alvarado, orgulloso de su obra, señaló día para la partida y mandó que se celebraran grandes oficios religiosos, como era costumbre en vísperas de toda empresa de exploración o conquista. Cumplido este deber cristiano, casi toda la población de Santiago de los Caballeros se trasladó a Acaxatla, para ver partir, hinchadas las velas por el viento propicio, la armada guatemalteca.

Era ya en aquel tiempo virrey de México don Antonio de Mendoza, gobernante de no escasas luces y caballero cuya conducta llevaba el sello español de la hidalguía. Hernán Cortés, a quien el rey había hecho marqués del Valle de Oaxaca, pasó por sucesivos cambios de fortuna y estaba entonces en España en situación precaria. Antonio de Mendoza tuvo noticia de que Alvarado se preparaba para una exploración de las Molucas y otras islas ricas del Pacífico, y gestionó que se le admitiera como socio en empresa de tanto empuje y riesgo.

Los encargados de verse y tratar con Alvarado fueron

dos caballeros de la confianza del virrey, don Luis de Castilla y don Agustín Guerrero, este último mayordomo mayor de Mendoza; y puestos al habla con el Gobernador de Guatemala en el puerto de la Purificación, adonde había recalado la armada para tomar allí más soldados y bastimentos, se convino que Alvarado y el virrey tendrían una entrevista y acordarían lo que fuera más conveniente para el éxito de la expedición.

Alvarado no quería tratar con representantes, sino con el virrey en persona. Se consideraba un igual de Mendoza, con la diferencia a su favor de tener una escuadra formidable. Por otra parte, él podía realizar la exploración de la Especiería por sus propias fuerzas; si el virrey de México deseaba tener parte en la empresa, debía venir a buscarle, y verían de entenderse.

Cuando don Antonio de Mendoza supo la respuesta que había dado Alvarado a sus representantes, comprendió que no era ocasión de ponerse a discutir jerarquías, y se hizo conducir en posta al punto donde le esperaba el de Guatemala. La entrevista fué cordial, porque el virrey

llevaba muy rectas intenciones y Alvarado era hombre a quien se desarmaba demostrándole buena voluntad. Se vieron en Michoacán y juntos se trasladaron al puerto donde esperaba la armada, para que Mendoza la viera.

— Es un esfuerzo que corona vuestras grandes hazañas — dijo el de México, sinceramente admirado al ver el porte de los navíos y las fuerzas embarcadas en ellos—. Ochenta carabelas que se labraran en Sevilla no costarían más oro del que vos habéis gastado en construir y dotar estas trece naos, a las que auguro un destino glorioso.

Alvarado sonrió satisfecho.

— ¿Pensáis ir vos mismo, como adelantado, a explorar las Molucas y el poniente de la China? — preguntó Mendoza.

— Este es mi propósito — declaró Alvarado.

— Pues yo creo, respetando siempre vuestro mejor parecer, que el emperador estimaría más que os quedarais en vuestra gobernación, donde siempre será necesaria vuestra presencia, y nombrarais para la escuadra otro capitán, pues no faltan caballeros entre nosotros que pueden cumplir con fortuna la misión que os reservabais para vos, sin duda exagerando las obligaciones que tenéis con la Corona.

Esto dijo el virrey, y viendo que sus palabras producían cierto buen efecto, añadió:

— ¿Es acaso que no habéis demostrado con pruebas

suficientes vuestra devoción a su majestad, que Dios guarde muchos años? Nadie ha hecho más que vos por el emperador y por España en estas tierras de Indias, y aún os queda mucho por hacer gobernando en Guatemala, pero ya apartado de las empresas inciertas y peligrosas, en las cuales empleasteis más de media vida. Ganar centenares de leguas de tierra, batirse en mil combates, ser herido veinte o treinta veces, someter pueblos y ciudades, enviar a España montones de oro y gastar la fortuna propia en una grande armada puesta también al servicio de la Corona, es cumplir como el mejor caballero español. ¿Por qué alejaros nuevamente del amor de vuestra dulce esposa doña Beatriz y de vuestros hijos? Permitid que os diga, don Pedro, que extremáis vuestra conducta leal y vuestros sacrificios, sobradamente dignos de premio.

Alvarado, que había escuchado las palabras del virrey con evidente complacencia, rodeado de sus oficiales y amigos, comprendió que don Antonio de Mendoza era un hombre de buen sentido.

— Me placen las alabanzas porque vienen de vuestros labios — dijo —; mas si yo exagero el servicio al emperador, vos exageráis mis méritos. Quiero creer que lleváis razón al desear que nombre adelantado para mi escuadra y me quede yo en Guatemala a gobernar con todo el acierto que quiera Dios concederme. Por mi fe de ca-

ballero os digo que no me habéis hablado en balde y que me siento con el ánimo inclinado a complaceros.

Como quiera que siguieran hablando sobre lo mismo y terciaran en la conversación los amigos de Alvarado, que apoyaban resueltamente la opinión del virrey, don Pedro se dejó convencer, no sin que le pesara renunciar a una nueva aventura en la cual había puesto tantas esperanzas y entera su fortuna. Don Antonio de Mendoza le invitó entonces a que se fuese con él a México. Allí estudiarían cómo podría el virrey participar en la empresa.

Alvarado aceptó, y juntos se trasladaron a la capital azteca con una guardia de oficiales.

Pero estas negociaciones, iniciadas bajo los mejores auspicios, no llegaron a tener un acuerdo feliz. Ello fué debido a que el virrey quería que el capitán de la escuadra fuese un pariente suyo, mientras don Pedro se pronunciaba por otro candidato. No llegaron a reñir, pero tampoco pudieron concertar una inteligencia. Durante días y días se les vió discutir este punto que ambos consideraban capital, y aunque Mendoza, más fácil a la transigencia, hubo de proponer que se nombraran dos capitanes, para que así no hubiese un preferido, Alvarado no dió su brazo a torcer. Le había vuelto desconfiado la terquedad del virrey y prefirió quedarse sin socio.

— Nada se ha perdido con vuestro viaje al puerto de

la Purificación y con el mío a México — dijo a Mendoza —. Amigos quedamos y yo me huelgo de vuestro trato y amistad, que estimo como un grande honor. Mas cada cual vuelve a sus negocios, y así quedamos los dos contentos.

Ciertamente Alvarado podía pasarse sin la ayuda del virrey de México, pues tenía ya dispuesta su armada y cubiertos los gastos de la expedición. En circunstancias más apremiantes, tal vez hubiera transigido; no le forzaba la necesidad, sin embargo, y pudo prescindir de un apoyo con el cual nunca había contado.

— Sea yo el único dueño de lo mío para que pueda manejarlo a mi gusto — le oyeron murmurar sus amigos.

Pero no olvidó el consejo del virrey en lo tocante a su participación personal en la empresa. Estaba decidido a nombrar otro capitán y a volver él a Guatemala para seguir atendiendo a los negocios de su gobernación.

* * *

Preocupado andaba don Pedro, sin decidirse a escoger el hombre a quien debía confiar el mando supremo de su armada, cuando sobrevino un acontecimiento que, siendo de escasa importancia aparentemente, tuvo consecuencias funestas.

Estaban sublevados los indios de Nueva Galicia, territorio situado en la región noroeste de México, donde gobernaba don Cristóbal de Oñate, uno de los capitanes que más se distinguieron en su conquista. Los indios rebeldes eran los llamados chichimecas, que fueron los últimos en someterse. Tenían por caudillo al cacique Tenamaxtle, temido de los españoles por su tenacidad, su astucia y su valor a toda prueba.

El que podría llamarse cuartel general de Tenamaxtle era Mixtón, perteneciente hoy al estado mexicano de Zacatecas, y la acción e influencia del cabecilla chichimeca extendíase por toda la serranía del país, propicio, por lo accidentado, a una defensa prolongada de los indios.

La guerra era allí continua y duraba desde hacía algunos años. Tenamaxtle se sometió una vez a los españoles y hasta se bautizó. Se le puso el nombre de Diego y se le hizo objeto de un trato especial; pero, pasado algún tiempo de su conversión al cristianismo, levantóse de nuevo en armas contra los invasores y dió a éstos muchísimo que hacer.

Por tener Alvarado su escuadra detenida en un puerto próximo al foco de la rebelión chichimeca, se enteró del trance apurado en que estaban los españoles de Guadalajara, y no vaciló en acudir en su auxilio. La rebelión

habíase corrido a Jalisco, de donde es Guadalajara la capital.

Dejó, pues, Alvarado sus barcos en la costa de Nueva Galicia y marchó hacia el interior con algunas fuerzas de las que había embarcado en Acaxatla.

Aquellas fuerzas eran insuficientes para dominar la insurrección extendida en un vasto territorio donde se habían declarado en rebeldía todas las tribus. Cuando Cristóbal de Oñate las vió, dijo a don Pedro:

— Mucho agradezco vuestro socorro, que es el primero que me llega y el que menos esperaba. Pero nada puede hacerse mientras no envíe tropas el virrey de México. No sabéis, don Pedro, que son cientos de miles de enemigos los que tenemos enfrente.

Oñate había adquirido la prudencia que proporcionan los sucesivos descabros; pero Alvarado era el más audaz y temerario de los capitanes. La prudencia de Oñate le pareció cobardía.

— De vergüenza se me enciende la cara viendo que cuatro gatillos encaramados en los cerros estén dando tanto tronido que dos reinos andan alborotados — declaró con su habitual jactancia —. Ya veremos si son tantos como vos decís o tan pocos como opino yo. Voy a buscarlos.

Cristóbal de Oñate insistió en que debía esperarse a

que llegaran los refuerzos pedidos al virrey, mas Alvarado no le hizo ningún caso. Cuando el gobernador de Nueva Galicia le vió partir con su pequeño ejército, dijo a los oficiales que le rodeaban:

— Preparémonos para auxiliar a esos que han venido a socorrernos.

Esto acontecía entrado ya el verano; el calor era terrible. Alvarado atacó varias veces a los indios con resultado incierto. Lograba desalojar una altura; pero, al acudir a otra, volvía el enemigo a coronar la primera, y así se pasaron muchos días en un constante batallar estéril. Alvarado y los suyos hacían alardes de valor jamás superados; pero los indios iban perdiendo y recobrando alternativamente sus posiciones fuertes, mientras el pequeño ejército de don Pedro se gastaba a causa de los hombres que iba perdiendo y por la fatiga de una actividad agotadora.

Don Pedro insistió, sin embargo, con obstinación insensata. El día 24 de junio de 1541, se encontraba intentando el asalto del cerro de Nochistlán. Los indios habían aprendido mucho del arte de hacer la guerra que practicaban los españoles, y cuando vieron a éstos subir por el cerro, descendieron ellos por los lados con el propósito de envolver a los asaltantes. La maniobra no pasó inadvertida para Alvarado, aunque le sorprendiera ver

que los *cuatro gatillos* se convertían en muchos miles de guerreros. Retrocedió en seguida con sus jinetes, para burlar a su vez a los que pretendían encerrarle en un estrecho círculo; pero al bajar precipitadamente del monte, se encontraron Alvarado y los suyos en un terreno pantanoso donde los caballos se hundían, con riesgo inminente de perecer junto con los caballeros.

La situación era en extremo grave. No pudiendo pasar la ciénaga, los jinetes españoles iban rodando, desesperados, al pie del cerro, en busca de un paso practicable. Una nube de indios se descolgaba de lo alto del peñol. No había momento que perder: hundirse en el fango significaba una muerte espantosa, pero caer en manos de los indios no era un destino menos horrible.

Estaba Alvarado tratando de poner orden en su descompuesto escuadrón y recomendaba la serenidad a sus soldados, cuando sobrevino el accidente que había de costarle la vida. Don Pedro y algunos oficiales lograron pasar la ciénaga por un lugar donde el suelo ofrecía alguna resistencia, y, ya en terreno firme, daban voces a sus compañeros para que siguieran el mismo camino. En esto cruzó el barrizal, veloz como una flecha, un jinete que venía loco de terror porque había visto a su caballo hundirse hasta los corvejones. La noble bestia, cruelmente herida en los ijares por el espilonazo, se desbocó y partió

como un rayo, cogiendo de través al caballo de Alvarado y derribándole junto con el caballero. Cayeron revueltos caballos y jinetes, pero don Pedro tuvo la desgracia de quedar debajo de todos. No pudo levantarse.

— Debo tener quebrado todo el cuerpo — dijo el capitán a los que acudieron a socorrerle —. No me puedo valer.

Le quitaron la armadura, que tenía rota por distintas partes, y le llevaron en andas al campamento. Allí hicieron sus amigos lo que supieron para curarle. No sabían mucho. Al herido se le declaró una fiebre muy alta; comenzó a delirar.

Dos días después, viendo que la fiebre no cedía, decidieron los oficiales, llena el alma de inquietud, trasladarle a Guadalajara. El caballero cayó en mayor prostración. En un momento de lucidez, dijo a los amigos que le rodeaban:

— Aquí se acabaron mis proezas; la vida se me escapa. ¡Si al menos me hubiese permitido Dios tener a mi lado, en este trance, a doña Beatriz y a mis hijos!

Después pidió confesarse. Hubiera sido para él un consuelo que le confesara y diera el Viático fray Bartolomé de Olmedo, su mejor amigo, a quien llamó repetidas veces durante su delirio. Pero todo sacerdote es bueno para preparar el alma en la hora suprema,



La confesión de don Pedro fué larga y minuciosa.

La confesión de don Pedro fué larga y minuciosa, como correspondía a un ferviente cristiano que llevaba muy cargada la conciencia. Tal vez se acordó el moribundo de que había sido cruel con los indios, dejándose llevar siempre de su carácter arrebatado, de sus ímpetus demasiado fogosos. De todos modos, se le veía contrito, sinceramente arrepentido de sus pecados. El confesado conmovió al confesor.

Y el día 4 de julio, a los once de haber sido atropellado por uno de sus soldados al pie del cerro de Nochistlán, don Pedro de Alvarado libró su alma a Dios, después de haber hecho testamento.

No le salió la muerte al paso cuando la ambición de gloria y fortuna le llevaba a despearse por las tierras vírgenes, marchando a través de las selvas del Trópico y de las nieves andinas; fué a buscarle en un momento en que el Gobernador y adelantado abandonaba sus negocios para correr generosamente en auxilio de unos compatriotas puestos en trance de perder la vida. Estuvo siempre al servicio de su rey y de su patria y murió en un lance de guerra que fué, indudablemente, el más desinteresado de su larga vida de guerrero.

Sus oficiales le enterraron en la iglesia parroquial de Guadalajara, haciéndolo con la pompa que requería su rango y su historia militar. Se enviaron correos a Guate-

mala para dar la triste noticia a la familia del muerto y a México para enterar de la desgracia al virrey.

España acababa de perder uno de los héroes que más contribuyeron a ensanchar sus dominios en el Nuevo Mundo, tal vez el más intrépido entre todos.

EPÍLOGO

Cuando se recibió en Guatemala la noticia de la muerte del Gobernador, el duelo fué general y profundo. Los colonos de Santiago y veteranos de la conquista amaban sinceramente a don Pedro de Alvarado, que fué siempre generoso con los suyos y tenía, además, ese don imponderable de la simpatía, merced al cual es tan fácil a los que lo poseen cautivar voluntades.

Su esposa doña Beatriz y sus hijos don Pedro, don Diego y doña Leonor quedaron consternados. La desesperación de la viuda, que pareció iba a volverse loca, hubo de conmover a cuantos fueron testigos de su inmenso dolor. Este la llevó a llamarse en adelante "la sin ventura".

Se celebraron solemnes honras a la memoria del gran capitán desaparecido, poniendo en ello todo su fervor amistoso el obispo don Francisco Marroquín y el cuñado y yerno de Alvarado don Francisco de la Cueva, que había contraído matrimonio con doña Leonor y fué luego quien substituyó a su jefe y pariente en la gobernación del país.

La muerte de Alvarado vino a ser el principio de una larga serie de calamidades que alcanzaron a todos sus deudos y amigos y tuvieron para muchos un desenlace funesto. Como primera consecuencia, la escuadra detenida en la costa de Nueva Galicia no partió a su destino. Sus capitanes y soldados se desbandaron, marchando unos a México, otros a Guatemala, algunos al Perú y los restantes adonde el azar quiso llevarles. Del valor de los barcos y armas embarcadas, no alcanzó a la familia de Alvarado ni un maravedí, porque el testamento de don Pedro no apareció en parte alguna y los acreedores y amigos de lo ajeno se echaron sobre aquellos despojos como aves de rapiña.

Con todo, aún tenían que venir mayores infortunios para los herederos del conquistador. Poco tiempo después de haberse sabido la noticia de su muerte en Santiago de Guatemala, muchas de cuyas casas mostraban aún pintadas de negro sus fachadas, en señal de luto, sobrevino una catástrofe que destruyó la ciudad. El volcán del Agua inundó toda la comarca lanzando torrentes de agua y cenizas. No se salvaron ni casas, ni sementeras ni rebaños, sino únicamente muy pocas personas. La viuda de Alvarado hallábase rezando en su cámara con sus damas y doncellas, cuando se hundió el palacio del Gobernador, y perecieron todos los que estaban dentro.

Otras desgracias continuaron sucediéndose hasta extinguir toda la familia del héroe, como si el destino se ensañara en cuantos seres aún podían guardar como timbre de gloria el apellido de Alvarado. De los hijos del conquistador, el mayor, don Pedro, se perdió en un naufragio, y don Diego halló la muerte peleando contra los indios del Perú. Fué trágico igualmente el fin de casi todos sus hermanos y parientes.

Y aun los mismos huesos del valiente conquistador no tuvieron reposo; pues de la capital de Jalisco fueron trasladados primero a Tiripitio, después al convento de Santo Domingo, de México, y por último a Guatemala. Ni en el sepulcro pudo descansar en paz quien tuvo una vida tan agitada y aventurera.



INDICE

	<u>Págs.</u>
I.— Un caballero que espera ser Comendador	5
II.— Dos viejos camaradas	22
III.— La huerta de Hernán Cortés	36
IV.— La partida	50
V.— Oaxaca y Tehuantepec	66
VI.— Los primeros choques	83
VII.— Camino de sangre	100
VIII.— La mano de hierro	117
IX.— Guatemala	134
X.— La ciudad del lago	151
XI.— Batallas, descubrimientos, sueños de gloria	168
XII.— Alvarado en España	185
XIII.— El oro del Perú	203
XIV.— Los Puertos Nevados	220
XV.— Cómo murió don Pedro de Alvarado	237
Epílogo	253

INDICE DEL CATALOGO

Libros de enseñanza

CARTILLA. — E. HOMS

Método moderno de lectura; un tomo encuadernado con profusión de ilustraciones.

ESCRITURA PRACTICA NORTEAMERICANA. — E. HOMS

Colección de diez cuadernos ilustrados.

CALIGRAFIA INGLESA

Colección de ocho cuadernos ilustrados.

DIBUJO ELEMENTAL. — C. B. NUALART

Colección de nueve cuadernos. Muy a propósito para iniciar en el dibujo a los niños.

GEOGRAFIA FISICA Y ASTRONOMICA. — PABLO VILA

Libro I. Un tomo ilustrado.

GEOGRAFIA UNIVERSAL. — J. PALAU VERA

Libro II. Un tomo ilustrado.

GEOGRAFIA DE ESPAÑA Y PORTUGAL. — J. PALAU VERA

Libro III. Un tomo con magníficas ilustraciones.

GEOGRAFIA HUMANA. — A. J. Y F. D. HERBERTSON

Tomo con magníficas ilustraciones. Exposición clara de las relaciones que existen entre la actividad humana y la Geografía física.

GRAFICAS DE GEOGRAFIA

Tres cuadernos. Cada página está dispuesta para trazar gráficas comparativas.

CUADERNOS GEOGRAFICOS

Con mapas mudos destinados a trabajos gráficos y estadísticos.

GRAMATICA CASTELLANA. — M. DE MONTOLIU

Tres tomos graduados, compuestos a base de la estructura del lenguaje.

SINONIMOS

Un tomo. Repertorio de palabras usuales castellanas de sentido análogo, semejante o aproximado.

ARITMETICA. — J. PALAU VERA

Tres tomos graduados, ilustrados, compuestos según la más moderna técnica de la enseñanza de esta materia.

ARITMETICA MERCANTIL. — J. PALAU VERA

Un tomo. Contiene todos los problemas que se presentan en la vida de los negocios.

GEOMETRIA. (Estudio de las formas). — J. PALAU VERA

Un tomo. Magníficas ilustraciones. Las formas vivas, el cálculo aritmético, el dibujo, etc., están asociados en esta obra.

URBANIDAD. — CONDESA DEL CASTELLÁ

Un tomo. El trato social se estudia en esta obra de un modo atractivo.

ECONOMIA DOMESTICA. — ADELINA B. ESTRADA

Un tomo profusamente ilustrado con láminas en color. En él se hallan todos los conocimientos que en este ramo debe poseer la mujer para el mejor desempeño de su elevada misión en el hogar.

EL RESTORAN EN CASA (Manual de cocina práctica). — F. SEFAYA

El presente manual es la tan esperada obra definitiva en su género.

LA EDUCACION DEL CIUDADANO. — J. PALAU VERA

Un tomo. Magníficas ilustraciones. Contiene un gran número de ejercicios prácticos y la parte teórica está desarrollada con un amplio criterio moderno.

Libros de lectura y de vulgarización científica

PRIMER LIBRO DE LECTURA
Un tomo ilustrado.

SEGUNDO LIBRO DE LECTURA
Un tomo ilustrado.

TERCER LIBRO DE LECTURA
Un tomo ilustrado. Serie graduada, de verdaderos documentos culturales.

LECCIONES DE COSAS
Tres tomos con magníficos grabados.

ESTUDIO EXPERIMENTAL de algunos animales que se encuentran en la casa, en el jardín o en el campo y en la granja. — J. PALAU VERA
Un tomo ilustrado. Esta obra debe considerarse como una introducción a la Zoología.

ESTUDIO EXPERIMENTAL de la vida de las plantas. — G. F. ATKINSON
Un tomo profusamente ilustrado. Esta pequeña obra maestra constituye una introducción a la Botánica.

EL ACUARIO DE AGUA DULCE. — S. MALUQUER NICOLAU
Un tomo magníficamente encuadernado, con numerosas ilustraciones y láminas en color.

LAS MARAVILLAS DEL CUERPO HUMANO. — OCTAVIO BÉLIARD
Un tomo con magníficas ilustraciones.

NUESTRO ORGANISMO. — J. VÁZQUEZ

Un tomo. Manual de conocimientos anatómicos y psicológicos; magnífica ilustración.

EL MAR. — CAPITÁN ARGÜELLO
I. *El Mar en la Naturaleza.* —
II. *Las Conquistas del Hombre.* —
III. *La Vida Submarina.* Tres tomos en 8.º magníficamente ilustrados.

LECTURAS GEOGRAFICAS. — DIEGO PASTOR
I. *Asia y África.* — II. *América y Oceanía.* — III. *Europa (excepto la Península Ibérica).* — IV. *España y Portugal.* Cuatro tomos con numerosas ilustraciones.

Literatura amena y estimulante

CUENTOS VIVOS. — APELES MESTRES
Serie primera; un tomo. Serie segunda; un tomo.

ROMANCERO CASTELLANO
Al alcance de los jóvenes. Un tomo con ilustraciones en color.

VIDAS DE GRANDES HOM-BRES
Con magníficas ilustraciones. Tomos publicados: *Alejandro Magno, Julio César, Cervantes, Napoleón, Jaime I el Conquistador, Gonzalo de Córdoba (El Gran Capitán), Cristóbal Colón, Stephenson, Franklin, Dante, El Cid Campeador y Livingstone.*

FLOS SOPHORUM. — E. D'ORS
Ejemplario de la vida de los grandes sabios. Un tomo ilustrado.

LOS GRANDES EXPLORADORES ESPAÑOLES. — JOSÉ ESCOFET

Narraciones novelescas, con magníficas ilustraciones. Tomos publicados: *El Descubrimiento del Pacífico (Vasco Núñez de Balboa), La Fuente Encantada (Juan Ponce de León) y La Conquista de Méjico (Hernán Cortés).*

LIBROS DE AVENTURAS

Con numerosas ilustraciones y láminas en color. Tomos publicados: *Las Minas de Salomón, El Ojo de Guatama, La Golondrina, La Conquista del Fuego, La Isla del Tesoro y Aventuras de Robinson.*

Trabajos manuales

TRABAJOS MANUALES Y JUEGOS INFANTILES. — F. BLANCH

Un libro de utilidad indiscutible para los profesores y también para los padres que deseen educar eficazmente a sus hijos. Magníficas ilustraciones.

EJERCICIOS DE GEOGRAFIA

Colección de mapas dispuestos para recortar y pegar.

EL SECRETO DE LOS COLORES

Trabajo manual e instructivo al mismo tiempo.

LA TEJEDORA

Colección de modelos para tejer tiras de papel que están dispuestas para ello.

EL BORDADO DE BEBE

Colección de cartulinas perforadas, muy útiles para iniciarse en el bordado.

ENCUADERNACION

Un cuaderno dedicado a este oficio, que sugiere modos prácticos y sencillos de introducir tal ocupación en las escuelas.

FIGURAS GEOMETRICAS

Colección de 22 figuras geométricas recortadas y hendidas, dispuestas para montar y pegar.

Material escolar y Cartografía

MAPA DE ESPAÑA EN RELIEVE

De mucha utilidad para dar una idea clara del relieve geográfico de nuestra Patria.

PLANISFERIO MUDO (trazado sobre una proyección Mollweide, equivalente)

Con este Planisferio pueden los profesores de Geografía preparar un abundante material demostrativo para sus clases.

COLECCION CARTOGRAFICA MURAL DE MAPAS ESCOLARES MODERNOS. — P. VILA

Mapas publicados:
Europa (política)
España (política)
España (física)
América del Sur (política y física)

Biblioteca de cultura moderna

LA LOCURA ROJA. — SERGIO DE CRESSIN
Admirable "historia periodística" del bolcheviquismo.

EL INFIERNO BOLCHEVIQUE. — ROBERTO VAUCHER
Sigue cronológicamente a la anterior.

LA REVOLUCION ALEMANA. — GUSTAVO NOSKE
Admirable obra escrita por el famoso ex ministro de la Defensa Nacional.

LA TRAGEDIA DE IRLANDA. — DARREL FIGGIS Y ERSKINE CHILDERS
Que por su interés extraordinario ha adquirido resonancia mundial.

1104
LA NOVELA DE UNA EMPERATRIZ.—A. FILÓN

La vida romántica de aquella gran dama española que llegó a ser Emperatriz de Francia, está contada por uno de los más fieles, sagaces y amenos testigos que la presenciaron.

EN TORNO A LOS TRONOS QUE HE VISTO CAER.—PRINCESA LUISA DE BÉLGICA

Personajes imperiales y reales que figuraron en el espantoso drama vivido por la humanidad desde 1914 a 1918.

EL ENSUEÑO DE EUROPA.—GAZIEL

Figuras y escenas capitales de la política mundial contemporánea.

LA GUERRA NAVAL RUSO-JAPONESA.—W. SEMENOFF

Consta de cuatro tomos: I. La agonía de un acorazado.—II. La expiación.—III. Camino del sacrificio.—IV. El precio de la sangre.

LA GRAN FLOTA BRITANICA.—SIR JOHN R. JELLCOE, Almirante inglés

El más completo de los libros aparecidos hasta la fecha sobre la fase naval de la Gran Guerra (1914-1918).

MIS RECUERDOS DE LA GUERRA.—E. LUDENDORFF

Traducción hecha directamente de la cuarta edición alemana.

HISTORIA COMICA DEL AUTOMOVIL (Wül, Trimm y C.º) por E. KISTEMAECKERS

Una novela donde revive el automovilismo desde su origen.

1104 JUGUETES

EL TEATRO DE LOS NIÑOS.—C. B. NUALART

Juguete instructivo. Varios modelos para todas las fortunas. Obras completas para representar. Se han publicado diez y ocho obras.

MONTURA UNIVERSAL para personajes teatrales

Consiste en una tira de cartón con una planchita de hojalata en uno de sus extremos, que permite sujetar sólidamente los personajes.

TEATRO DE SILUETAS

Los personajes, por medio de su articulación, pueden cambiar de actitud.

MI PUEBLO.—C. B. NUALART

Juguete interesantísimo que deleita e instruye. Un pueblo que se organiza a voluntad. Consta de más de 200 piezas diferentes.

ARCHITEKTON.—Patentado. C. B. NUALART

Bellísimo juguete compuesto de piezas de cartón especial, que se montan por medio de un ingenioso ensamblaje.

SCENION.—C. B. NUALART

Magnífica colección de figuras en color. Permite formar vistosos desfiles de tropas y reconstituir imaginativamente épocas históricas.

CONSTRUCTOR

Hojas de cartulina para construir juguetes.

LAS TROPAS A TRAVES DE LOS TIEMPOS

Colección de figuras recortadas para componer formaciones.

1104



Pídase nuestro Catálogo General

1066

1104

986



S. A. INDUSTRIAS GRÁFICAS



SEIX & BARRAL HERMS.

1104
24

